

**ZONA
LIBRE**

Cuando despierte el viento

María Fernanda Heredia

Norma

www.edicionesnorma.com/argentina

Bogotá, Buenos Aires, Guatemala, Lima,
México, San Juan, Santiago de Chile

Cuando despierte el viento

© María Fernanda Heredia, 2018

© 2018, Editorial Norma

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAR)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Edición: Jéssica Rodríguez

Revisión de estilo: David Abanto

Diseño de portada y diagramación: Sandra Trujillo

Fotografía de portada: Getty Image

Gerencia de producción: Gregorio Branca

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición en la Argentina: noviembre de 2018

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
"N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

CC 61086248

ISBN: 978-612-02-1186-1

CAPÍTULO I

A Hinde

Aquella mañana, las palabras que con frecuencia servían para definirla: rara, solitaria, obstinada... parecieron diluirse en la memoria de los demás como si nunca hubiesen existido. En cuestión de minutos, fueron reemplazadas por cuatro palabras lo suficientemente rotundas como para no dejar espacio a ninguna más: Josefina es una salvaje.

—Era la hora de la salida y todos caminaban hacia los autobuses para volver a casa. En un pequeño patio junto a la portería estaba Oso, el cachorro que tres meses atrás había sido abandonado en la puerta del colegio y que,

por fuerza y entusiasmo natural, se había convertido en el consentido de todos. Hacía frío, lloviznaba y quizá por eso al hijo de la portera se le había ocurrido vestir a su mascota con una camiseta, la de su equipo favorito, el que estaba disputando el primer lugar en la liga nacional. Al pasar por ahí, Josefina vio a un grupo de chicos que rodeaba a Oso y escuchó una discusión. Se acercó justo en el momento en que uno de ellos le daba un puntapié al cachorro mientras el hijo de la portera sollozaba y le pedía que no le hiciera daño. «¡Entonces no vuelvas a ponerle la camiseta de ese equipo de porquería!», le respondió el grandulón con actitud déspota.

Josefina corrió, se enfrentó al agresor y le gritó que no volviera a acercarse ni al niño ni al cachorro.

—¡No te metas en donde no te han llamado si no quieres que...!

—¡Que qué! ¿A mí también me vas a golpear? ¡No me asustas! —le contestó Josefina tratando de disimular que estaba asustada.

—¡No me provoques, puedo olvidarme que eres una chica estúpida y darte tu merecido!

—¡Atrévete, cobarde!

Josefina, a sus dieciséis años, era alta y delgada, pero tenía brazos fuertes. Miró a su oponente y aunque sentía el corazón acelerado por los nervios, supo que el miedo era un lujo no se podía permitir en ese momento.

Algunos estudiantes percibieron la bronca que se acercaba y se acercaron curiosos a ver cómo terminaba el espectáculo. El muchacho, turbado ante una Josefina

desafiante que amenazaba con hacerle quedar en ridículo, la miró con atención y pareció reconocerla.

–Pero miren nada más quién es la salvadora del perro mugroso, ¿vienes a dártelas de digna, tú? ¿Acaso no eres la hermana de esa tipa? ¿La que se metió en un escándalo con varios hombres hace años?

Josefina sintió que perdía el equilibrio.

–¡Cállate! ¡Cierra la boca! ¡No te permito que...!

–No necesito que me permitas nada, sé quién eres, mi primo conocía bien a tu hermana... demasiado bien diría yo, de seguro eres igual de resbalosa que esa zorra.

Josefina no pensó. Josefina no alcanzó a calibrar las consecuencias. Josefina sintió por primera vez que podía caerle a golpes a ese dolor, a ese monstruo que la había atormentado en silencio durante años. El rostro de aquel chico se convirtió como por arte de magia en el rostro de su pesadilla. No permitiría que nadie hablara así de Analuisa y por eso se abalanzó con todas sus fuerzas, logró tumbar al muchacho, se sentó encima de él y comenzó a darle un puñetazo tras otro desbordada de dolor e indignación. «¡Nunca más!», le gritó y con las palabras entrecortadas mientras lo seguía golpeando añadió: «¡Nun-ca más; vuel-vas a ha-blar así de ella!».

Ya ni siquiera escuchaba las voces y los gritos a su alrededor de los que animaban morbosos el espectáculo y de los que le pedían detenerse. Fueron necesarias dos personas y un esfuerzo físico inusual para lograr sujetarla y levantarla. Josefina parecía una máquina cuyos brazos mecánicos no querían frenar la paliza. Consiguieron apartarla y solo entonces ella se dio cuenta de lo que

había hecho: el muchacho tenía la nariz rota, el labio partido, una hemorragia que no cesaba y un hematoma oscuro que le cerraba el ojo derecho.

Una persona apuntaba hacia ella con su teléfono móvil... La morbosa afición a registrarlo todo: desde una hamburguesa con papas fritas hasta una pelea sangrienta en la escuela.

Uno de los maestros que había intervenido para separarlos se quedó con el joven que seguía sangrando en el piso, mientras que la otra maestra acompañó a Josefina a la calle, para que tomara un taxi.

—¡Pero qué has hecho! ¡Qué barbaridad, niña! ¡Tú no eres así, por Dios!

—¡Él me provocó! ¡Es un miserable!

La profesora abrió la puerta del taxi, pagó por adelantado al conductor y visiblemente preocupada le dijo:

—Vete a tu casa, mañana ya se verá...

Al día siguiente fue expulsada sin posibilidad de que su caso fuera revisado. Con tal de librarse de ella y ante el riesgo de que el colegio fuese demandado ante los tribunales por parte de los padres del muchacho herido, se le avisó al padre de Josefina que le entregarían los documentos de su hija con el pase de año certificado y ninguna referencia al acto violento que ella había protagonizado.

—No queremos perjudicarla en su búsqueda de otro colegio, pero tampoco queremos que regrese, ¡que se vaya hoy mismo! —dijo el director, pese a que faltaban dos meses para que terminara el año escolar—. Necesitamos que nos deje un cheque en garantía por los

gastos médicos. Hemos hablado con los padres del muchacho. Estamos tratando de tranquilizarlos, pero no está siendo nada fácil. Han mencionado una cirugía de nariz, siete puntos en el labio, un diente que habrá que reponer y están exigiendo rehabilitación física y psicológica. ¡Agradezca que no hayan llamado a la policía! ¡Ha sido terrible!

–Lo lamento, lo lamento tanto –decía el padre de Josefina avergonzado en un tono casi inaudible y con las manos temblorosas–. No sé cómo ha podido pasar esto, de seguro hay una explicación.

–¡Nada explica ni justifica esta violencia salvaje, señor Abelán, nada!

–Sí, perdone, quise decir que mi hija tendrá algo que decir.

El director hizo un gesto para dar por terminada la reunión y mencionó las instrucciones finales:

–Si necesita algún documento más, avisenos por correo electrónico y se lo haremos llegar a su domicilio. No es necesario que regresen más.

Antes de salir, el padre de Josefina firmó un cheque con más cifras de las que tenía en su cuenta y la secretaria los acompañó hasta la puerta para asegurarse de que se marcharan.

Ningún maestro, ninguna amiga, ningún compañero apareció...

Los ojos de su padre estaban vencidos por la decepción y la vergüenza. No podía entender cómo su hija se había envuelto en un incidente de ese calibre. Cuando le pidió explicaciones de lo que había ocurrido, Josefina

decidió ocultarle lo que ese tonto le había dicho sobre su hermana. No habría podido decírselo, estaba segura de que su padre se habría venido abajo.

—Fue por una tontería, papá, me provocó y yo respondí.

El padre meneó la cabeza.

—¡Le desviaste el tabique, le arrancaste un diente de un codazo! No entiendo, no entiendo, ¡cómo has podido llegar a esto! Y ahora las cuentas por pagar... un nuevo colegio... Justo cuando todo está tan difícil.

—Lo siento —dijo ella y no mentía.

Aunque no estaba arrepentida de la paliza, sí lamentaba el dolor y preocupación que les ocasionaba a sus padres. Habían pasado por tantas cosas y ahora ella venía con esto.

El padre levantó los hombros, se acomodó los pocos cabellos que le quedaban y le dijo:

—Vamos a casa, a ver cómo se lo decimos a tu madre.

Al cruzar por la portería, Oso ladró y movió la cola. Josefina se acercó, le acarició las orejas y le dijo: «¡No te dejes, ¿eh?! La próxima vez muestra tus colmillos y no te dejes. Si no aprendes a defenderte solo, te seguirán lastimando por siempre».

CAPÍTULO II

La relación de Leo con su padre estaba fracturada, como si un terremoto hubiera removido irremediablemente sus estructuras. Durante años, Leo se había debatido en una duda, rellenar las grietas o esperar lo inevitable: que todo se desplomara.

Desde niño, siempre supo lo que pasaba en la habitación de sus padres. El orden era siempre el mismo: primero los gritos, después los golpes, un portazo y después silencio. Un silencio que lo invadía y llenaba de angustia porque no sabía si su madre estaba bien, si estaba viva, si habría sabido esquivar, si habría logrado defenderse.

Norberto, el padre, era un hombre que disfrazaba sus complejos y sus fracasos con soberbia.

Durante años se había ensañado con Beatriz que, a fuerza de justificarlo, había terminado por colgarle a cada agresión la etiqueta de normal. Ella encajaba los golpes y callaba. «No digas nada, Leo, estas cosas pasan en un matrimonio, es normal, además la culpa la he tenido yo porque...».

Aunque Beatriz intentaba disimular, no todo lo podía cubrir el maquillaje. Cuando Leo era pequeño, una mañana encontró a su madre en la cocina con un moretón en el pómulo, ella se secó las lágrimas con la manga y le dijo: «No es nada, no te asustes, estoy bien». Leo fue corriendo al baño a buscar la pomada, esa que ella le ponía cuando llegaba a casa con un golpe después de jugar fútbol, esa que decía «Alivio inmediato» y que ella frotaba con suavidad sobre su piel mientras sonreía y le prometía: «Ya vas a ver, hijo, que en un ratito te habrás olvidado del dolor».

Sin embargo, un día Leo supo que no, que el dolor de su madre no era de aquellos, que no se olvidaba fácilmente ni se quitaba con una crema o con una bolsa de hielo. Intentó hablar con ella, decirle que no podían seguir así, pero Beatriz —experta en eludir el horror— lo abrazó y cambió de tema.

Años después, cuando Leo tenía catorce, una tarde al regresar del colegio la encontró semiinconsciente en la cocina. Tras una paliza, Norberto la había dejado ahí tirada. Desesperado, Leo acudió a la señora Ofelia, la vecina septuagenaria, que siempre los salvaba de cual-

quier necesidad. Ella llamó a la ambulancia y los acompañó al hospital.

Cuando la enfermera le preguntó qué le había ocurrido, Beatriz respondió: «Un mareo... no sé, debo haberme desmayado cuando bajaba las escaleras». Al escucharla, Leo sintió que la rabia se hacía por un momento más grande que el dolor. No le cabía que su madre siguiera defendiendo a Norberto, que fuera capaz de seguir en ese juego siniestro. Por eso tomó una decisión, y aquella tarde, conteniendo su dolor, llegó a la comisaría, se sentó frente a uno de los agentes de policía y le dijo:

—Vengo a poner una denuncia.

El policía a cargo lo miró de arriba abajo y le preguntó:

—¿Qué quieres denunciar?

—Maltrato. Quiero denunciar a mi padre.

El policía hizo una mueca como si acabara de escuchar un mal chiste. Eran más de las seis de la tarde y no tenía ganas de perder su tiempo con un muchachito en berrinche contra su papá porque no le habría comprado el celular o el videojuego que quería.

—Nadie diría que te han maltratado, no veo sangre. Mejor vete a casa a jugar Play o a divertirte tú solito haciendo cosas en el baño, ¡anda!

Los demás policías de la comisaría se rieron del comentario *gracioso*.

—Mi padre le dio una paliza a mi mamá. Ella está en el hospital.

Nuevamente hubo miradas entre los policías, de seguro escuchaban denuncias de todo tipo cada día, y un golpe más, un robo más, una pelea callejera más, no

cambiaban demasiado la rutina. El policía bostezó, miró el reloj y con pocas ganas dijo:

–Mira, muchacho, si ese es el caso, lo mejor será que lo dejemos para el día lunes porque...

Leo interrumpió, lo miró con rabia y gritó:

–¡No quiero esperar! ¡Quiero poner una denuncia!

–¡Me bajas el tono, muchacho majadero! –dijo el policía incorporándose y con muy malas pulgas– ¿No te has dado cuenta de que estás hablando a la autoridad? ¿Cuántos años tienes?

–Catorce.

–¡Tú no puedes poner una denuncia porque no eres la víctima y porque eres menor de edad! Solo la víctima puede denunciar, tú aquí no pintas nada. Así es que... regresa por donde viniste.

Otro de los policías, el mayor de todos, se entrometió y le recriminó:

–¿No te da vergüenza venir a denunciar a tu padre? ¡Eso no se hace! ¡A un padre no se le juzga, se le respeta por sobre todas las cosas! Y después la gente se pregunta por qué el mundo anda patas arriba... porque se ha perdido la consideración y cualquier renacuajo se cree con derecho a desafiar a la autoridad –el policía chasqueó los dedos, con los ojos señaló la puerta y dijo–: Ya oíste, ¡esfúmate!

Leo salió con sensación de impotencia y aquella noche se enfrentó por primera vez a Norberto.

–¡Tu madre es una exagerada! ¡No le hice nada! –afirmó él.

Leo se volvió, por primera vez sintió el impulso de poner a su padre en su sitio, lo sujetó de la camisa y le dijo:

–Le vuelves a poner un dedo encima y te juro que...

–¡Qué! –gritó Norberto con gesto bravucón empujando al hijo para que lo soltara.

Y Leo no supo qué decir. El impulso se diluyó y la osadía caducó a los cinco segundos, no sabía amenazar, no sabía amedrentar a su padre ni a nadie: Las palabras rabiosas se atascaron en su garganta y sintió que le rasgaban por dentro.

Subió a su habitación y lloró sintiéndose como un niño tonto, como un blandengue incapaz de defenderse a sí mismo y a su madre.

CAPÍTULO III

Cuatro meses después de la expulsión y con muy pocas ganas, Josefina se enfrentó al primer día de clases en su nuevo colegio.

Era el año de graduación, el esfuerzo final, y aunque se propuso caminar lejos de los problemas y hacer todo lo posible por pasar inadvertida, Josefina no comenzó con buen pie. En la primera hora de clase, se enfrentó con un compañero —de aquellos que van por la vida con aires de gallito— y le exigió que no volviera a llamarla mosquita muerta.

Kevin estaba acostumbrado a tener siempre la última palabra y aquella chica nueva no iba

a intimidarlo ni a dejarlo como un fante ante el resto de la clase.

Todo comenzó cuando el profesor Julián, tras dar la bienvenida a todos con sus habituales palabras rimbombantes, reparó en que el primer nombre de la lista no le sonaba familiar y pidió a la nueva que se pusiera de pie. Josefina obedeció, con cierta incomodidad por atraer las miradas de todos, y él la invitó a que se presentara.

—Díganos su nombre y el motivo por el que se ha cambiado a este colegio.

—Josefina Abelán, este colegio queda más cerca de mi casa que el anterior, eso es todo —respondió sin ninguna emoción en su voz.

Kevin, dándose las de astuto, interrumpió y comentó lo extraño que le parecía que alguien se cambiara de colegio en el último año de la Secundaria. «¿No le parece raro, profesor? Siempre hay gato encerrado», había dicho meneando su cabeza con arrogancia y Josefina miró al techo para darle a entender que sus palabras le resbalaban.

—Anda —le dijo Kevin en tono jovial—, cuéntenos la verdad. ¿Te echaron del otro colegio por disciplina? ¿Por notas? ¿Te escondiste dentro del piano? ¿Robaste un examen? ¿Te embarazaste? ¿Secuestraste al gato de la directora?

Hubo algunas risas y Josefina, arreglándose con los dedos el flequillo, ignoró a Kevin, miró al profesor y dijo:

—¿Ya me puedo sentar?

El profesor Julián asintió mientras levantaba sus manos frente a la clase para indicar que no quería discusiones. Con sus palabras anticuadas se dirigió a Josefina:

—En nombre del colegio, te auguramos lo mejor. Esperamos que con esfuerzo, dedicación y perseverancia alcances los más altos objetivos académicos y hagas amigos para toda la vida. Bienvenida.

El profesor Julián debía tener alrededor de treinta años, pero hablaba como si tuviera ciento treinta y parecía un diccionario de sinónimos. Todo lo que se pudiese decir en dos minutos, él, con muy poco esfuerzo, lo resolvía en quince.

Josefina respondió con una sonrisa forzada, una mueca en realidad, tomó asiento e intentó no pensar en que era el primero de demasiados días en un colegio que, por decisión propia, pasaría por su vida sin dejarle ninguna huella.

Cuando la clase terminó, Kevin se acercó a Josefina con gesto altanero, se agachó, la miró y dijo:

—Muy raro eso de que te cambies en el último año solo por la distancia de tu casa, ¿eh? Tengo buen olfato, chica nueva, y me late que mientes, aunque vayas de mosquita muerta.

En la última frase se aproximó tanto a Josefina que ella pudo sentir su aliento. Si había dos palabras que lograban llevarla fuera de sus límites eran precisamente esas: *mosquita muerta*. Pudo hacer el esfuerzo de ignorarlas, pero conocía a los tipos como aquel, si ella daba una mínima muestra de debilidad, estaría perdida. Se levantó sin medir su fuerza y la mesa cayó al piso provocando un estruendo. Al hacerlo golpeó la rodilla de su compañero que armó tal escándalo como si se le hubieran roto tibia, rótula y

peroné. Josefina, ignorando su teatro, lo miró de frente y en tono firme le exigió:

–¡No vuelvas a llamarme así nunca más! ¿Me entendiste?

El ruido alertó al profesor que dio media vuelta y se encontró con el incidente.

Los hechos condujeron a Josefina por primera vez a la oficina de la directora en el tercer piso del viejo edificio, y ella la recibió con un irónico: «Usted va para el récord Guinness, señorita Abelán, aún no han pasado sus primeras ocho horas en este colegio y ya la tenemos por aquí con su primer escándalo, perdone que no le tengamos listo su diploma».

De pie, frente al escritorio de la directora, estaban el profesor Julián, Kevin y ella.

Josefina escuchó la perorata sin bajar la cabeza y no dio señales de arrepentimiento. Intentó defenderse, pero cada vez que trató de hablar, la directora la mandó a callar y le advirtió: «Ha lanzado una mesa, ha lastimado a un compañero, ¡es inadmisible!».

Josefina la miró enfadada y dijo: «Kevin empezó, me faltó al respeto».

El joven movió su cabeza para negarlo y la directora, que ya había escuchado su versión, intervino apelando a la sensatez: «No sea tan susceptible, Josefina. Aprende a diferenciar una ofensa de una broma inocente».

–Yo soy inocente –dijo Kevin fingiendo voz infantil.

–Ya está bien... que te conozco –advirtió al joven la directora. Después volvió a su tono serio y se dirigió a Josefina:

–Quizá no ha tenido tiempo de leer la documentación que le entregamos el día en que se matriculó. Este colegio

tiene normas y no toleramos la violencia. Usted misma y sus padres pertenecen ya al grupo de chat del colegio, en el que todos intentamos compartir información que nos ayude a generar una convivencia saludable. Y déjeme que le aclare algo, nosotros, como la mayoría de instituciones serias en esta ciudad, no recibimos alumnos el último año de Secundaria, y con usted hemos hecho una excepción, no haga que nos arrepintamos.

Josefina no soportaba que le cargaran con el peso de *te hemos hecho un favor*, miró a la directora e intentando que su tono fuera claro le respondió:

—Ustedes hicieron una excepción y para eso mis padres pagaron todo el año por adelantado... Esa también es una excepción.

Eso exasperó a la directora que respondió airada:

—¡Es una práctica legal y habitual! Y como ya veo que está interesada en los procedimientos, le confirmo que su falta de disciplina constará en su expediente, ¡una más y nos obligará a abrirle las puertas del colegio para que no regrese! Ahora le recomiendo que reflexione, que pida disculpas a su compañero y que vuelva a su clase.

—¿Que pida disculpas?!

—Claro, es lo que corresponde, usted lo agredió.

Kevin esbozó una sonrisa de satisfacción, pero Josefina no estaba arrepentida y no se disculparía.

—Lo único que queremos es que haya armonía —añadió la directora—, pedir disculpas y perdonar son dos maneras de alcanzar esa armonía.

Los tres la miraban con impaciencia y Josefina se sintió acorralada. No se disculparía. No podían obligarla.

Entonces, ocurrió lo inesperado. Una ráfaga de viento empujó la ventana del despacho e hizo que esta se abriera con fuerza, las cortinas volaron como fantasmas huyendo despavoridos y la falda de la directora se levantó dejando al descubierto unas piernas rotundas y unos enormes calzones blancos. El profesor Julián, atollado, no supo si tapar sus ojos o ayudar a su jefa que no atinaba a bajarse la falda o a cerrar la ventana. Kevin se llevó la peor parte porque el viento logró volcar la bandera nacional que estaba junto al escritorio de la directora y recibió un palazo que le abrió una brecha en la ceja. Mientras todo esto ocurría, Josefina permanecía de pie, rígida, esbozando una sutil sonrisa.

Tan pronto lograron dominar la ventana, la directora trató sin éxito de arreglar su falda y su peinado, y pidió angustiada al profesor que llevase a Kevin a la enfermería.

«¡Y tú, qué haces ahí como un pasmarote! –le dijo a Josefina, muy enérgica, pasando del usted al tú sin escalas– ¡A tu salón de clases! ¡Y ni una palabra de lo que ha ocurrido!».

Josefina salió y al cruzar el patio cubierto de hojas de eucalipto sintió que el viento revoltoso jugaba con su cabello largo. Pensó en Analuisa. Si ella hubiera estado ahí se habría reído también de la escena y un segundo después le habría advertido *Bronca el primer día, estás imparable, ¿eh? ¿Cuántas veces tengo que decirte? Antes de explotar, respira y cuenta hasta diez.*

«¡Qué querías que hiciera! ¡Me dijo mosquita muerta!»., respondió en voz bajita Josefina, sin darse cuenta de que un compañero caminaba detrás y la había escuchado.

Era un chico alto, de anteojos, con unos dientes perfectamente alineados que delataban una larga y costosa ortodoncia. Pensó que las palabras iban dirigidas a él y le contestó:

–Te llamó mosca muerta porque Kevin es así, le gusta dárselas de lobo feroz. Si quieres un consejo, mejor aléjate de él porque si te cruzas en su camino tarde o temprano saldrás trasquilada.

Josefina miró a su compañero, del que ni siquiera sabía el nombre, y tuvo ganas de decirle: *A ver, dientes de piano, él puede creerse el lobo de la historia, pero ¿a ti quién rayos te ha dicho que yo soy la oveja?*

CAPÍTULO IV

Leo entró por la puerta de la cocina, así evitó encontrarse con su padre que, como la mayoría de las tardes, estaba reunido con sus clientes en el salón.

Aprovechó que nadie había reparado en su presencia y se quedó calentando su comida. Las visitas eran personas que le resultaban desagradables, sobre todo cuando parecían olvidar que esa era una casa, que ahí vivía una familia, y se comportaban como si estuvieran en una cantina de mala muerte. No le caían nada bien.

Norberto, el padre de Leo, tenía al fin un cliente: Arturo Pozo, un político desinflado al

que conocía de viejas batallas, de cuando ambos pensaban que llegarían a ser semidioses. El candidato aspiraba con regulares posibilidades a la alcaldía del distrito y estaba siempre acompañado de tres tipos con pinta de trasnochados, a los que él llamaba con pompa: *mis asesores*.

Cuando Beatriz, la madre de Leo, llegaba del trabajo por la tarde, comenzaban los gritos y las órdenes: «¡Beatriz, cervezas y refrescos!», «¡Beatriz tenemos hambre!», «¡Beatriz, hielo!».

Ella caía en el juego, caminaba como una hormiguita ansiosa llevando vasos, servilletas y botellas. Cuando su hijo, Leo, le reclamaba ella encontraba siempre una justificación:

—Son sus clientes, no me cuesta nada. Piénsalo, si a tu padre la va bien, a nosotros nos irá bien.

—¡El tal Arturo, ese, no le paga ni un centavo!

—¡Baja la voz! Más adelante, si todo sale bien...

Que todo saliera bien era la esperanza, porque el pacto del candidato con Norberto era sencillo: «Si gano las elecciones, te pago».

Norberto llevaba años entre el desempleo y los trabajos eventuales. No había logrado ningún éxito como escritor, sus dos publicaciones habían pasado sin pena ni gloria y en el patio permanecían arrumadas las cajas de libros que nunca tuvieron salida en las librerías. Se consideraba el creador de un género estrambótico: la poesía de autoayuda, y justificaba su fracaso culpando a los lectores, a los editores y a los demás escritores. Para él todos eran una sarta de mediocres. De su segunda publicación solo obtuvo una opinión en internet que

decía: «¡Magnífico libro! Lo recomiendo para todas las mujeres engañadas y con su autoestima lesionada». La reseña había sido publicada en un blog llamado *Libros que sanan* y que, todos sospechaban, pertenecía al propio Norberto.

Ni sus aires de poeta atormentado ni el tatuaje con el rostro de Paulo Coelho que llevaba en el hombro (el candidato Arturo Pozo estaba seguro de que se trataba de Fidel Castro) le evitaban a Norberto el reflujó de su fracaso.

«Es la envidia de este maldito país en el que todos tiran piedras al que tiene talento», decía él y Beatriz asentía solidaria, convencida de que se había casado con un iluminado sin suerte. Era ella quien llevaba el peso de pagar las facturas gracias a un empleo de contadora en una pequeña fábrica de calzado, pero Norberto no perdía ocasión para decirle que su trabajo era para gente sin creatividad ni aspiraciones, y tanto lo repetía que ella había terminado por creérselo.

Leo veía al candidato y a los asesores que lo acompañaban a las reuniones en su casa y sentía que se le calentaba la cabeza. Más aun cuando descubría a Arturo Pozo clavando su mirada lasciva en el escote de Beatriz.

Aquella tarde, cuando ya Leo había almorzado, ella llegó y se encontraron en la cocina. Los gritos de Norberto desde la sala comenzaron y Leo le dijo a su madre:

–Deberías decirles que se larguen, que hagan sus reuniones en otro lugar.

Beatriz suspiró, y mientras disponía pedacitos de queso en un plato, le contestó:

—Deja así, Leo, no hagamos de esto un problema, tu padre no tiene para pagar una oficina. Mejor cuéntame cómo te fue hoy en tu primer día en el colegio.

—Normal, mamá.

—¿Normal bien o normal regular?

—Normal normal.

—¿Alguna novedad?

—Nada. Bueno, sí. Una compañera nueva, un poco rara, con pinta de malas pulgas, tuvo una bronca con Kevin y fue a parar a la Dirección... le irá mal.

—¿Y Bruna?

—Bien.

—¿De verdad? ¿Volverán a intentarlo?

Leo no quería hablar de Bruna y menos con su madre. En ese momento un grito de Norberto desde el estudio los interrumpió: «¡Beatriz, hielo!».

Leo resopló enfadado y le dijo a su madre:

—¿Hasta cuándo, mamá? ¿Hasta cuándo vas a dejar que te trate así?

En ese momento Norberto irrumpió impaciente en la cocina:

—¡Llevo un rato pidiendo hielo y nada! ¿Qué cuchichean? ¿De qué hablan?

Leonardo hizo un gesto a su madre para que no entrara al tema, pero quién sabe si por miedo o con la absurda intención de encontrar en el padre un aliado, ella respondió:

—Tu hijo, le estaba preguntando si volverá con su novia...

—¿Novia? —interrumpió Norberto sonriendo— ¡Vaya! Esa sí que es una buena noticia, ya había comenzado a

pensar que, con la mala suerte que tengo, mi único hijo me había salido gay.

–¿Qué cosas dices, –respondió Beatriz moviendo la cabeza– en algún momento deberías hablar con tu hijo...

–No es necesario, todo está bien –dijo Leo levantándose apresurado porque no le interesaba alimentar esa conversación, pero Norberto le dio una palmada en la espalda y respondió:

–Lo único que tienes que saber, hijo, es que mientras mejor las tratas, ellas peor te pagan. Acuérdate de lo que te digo: trátala mal y verás cómo cae a tus pies.

No. A Leo no le sorprendieron sus palabras, pero tampoco pudo guardarse el gesto de desagrado. Lo miró, evitó responderle y se marchó. Al cerrar la puerta de la cocina alcanzó a escuchar que Norberto increpaba a Beatriz:

–¿Lo ves? No se puede hablar con él ¡Leonardo es igual a ti! ¡Un débil, un inútil!

CAPÍTULO V

Al llegar a casa después de su aparatoso primer día, Josefina encontró a su madre limpiando una antigua lámpara de lágrimas de cristal, herencia de la abuela. La lámpara no funcionaba desde hacía mucho tiempo, pero aun así su madre intentaba dejarla reluciente.

Ella limpiaba y volvía a limpiarlo todo, aun cuando en su casa ya no quedara ni una partícula de suciedad. Pasaba el paño impregnado en lejía para desinfectarlo todo, no importaba que la casa estuviera impecable, ella siempre encontraba un espacio para volver a limpiar y de tanto hacerlo tenía la piel de las manos como papel ajado.

–Ya me tenías preocupada, estaba a punto de salir a buscarte.

–No exageres, mamá, son solo dos kilómetros. ¡Veinticinco minutos! No he tardado nada.

–Bueno, ¿y qué tal el primer día?

–Bien, todo bien.

–¿Los profesores, bien? ¿Tus compañeros, bien?

–Son una raza avanzada de monos, pero bien.

–¡No seas grosera, Josefina!

–¡No lo soy! Eso decía Stephen Hawking, el científico: «Solo somos una raza avanzada de monos en un planeta menor, de una estrella promedio, pero podemos entender el universo y eso nos hace muy especiales».

–Ay, Josefina, tú y tus cosas. ¿Amigos nuevos?

–Sí, varios. No me preguntes nombres porque ya se me han olvidado todos.

–Bueno, me alegra. Hay comida en la cocina.

Vio a su madre y no quiso contarle de la pelea con Kevin, de la advertencia de la directora ni que pasó sola todo el día porque nadie hizo el intento de sentarse a su lado. La vio regresar mecánicamente a su tarea y Josefina se quedó unos minutos observando la manera delicada y minuciosa con que limpiaba cada fragmento de cristal.

Su madre era como esa lámpara:

Un laberinto de lágrimas.

Sin conexión.

Sin luz.

Josefina tenía apenas diez años cuando la luz se apagó.

Los primeros días fueron como una pesadilla. Se la llevaron a casa de una tía y aunque ella hacía preguntas solo obtenía respuestas evasivas en retazos, como si los niños no merecieran la verdad. Eres muy pequeña, vete a jugar, deja descansar a tu mamá, ya hablaremos, anda, ¿quieres que te preste mi *iPad*?

Hubo ocasiones en que se sintió cuidada hasta la exageración por todo el mundo, incluso por los parientes más lejanos que llegaban a casa y la abrazaban y le hacían regalos; y también hubo días en que nadie se ocupó de ella. Sentía un dolor muy profundo, pero todos se empeñaban en que jugara, en que no hablara, en que no preguntara, en que olvidara.

Josefina solo sabía que Analuisa no estaba y no volvería, y esa verdad era como una mancha de tinta en una camisa blanca que al intentar limpiarla se extendía más y más.

Un día encontró a Pirata maullando en su habitación, se acercó, lo abrazó y le susurró algo al oído, enseguida abrió la ventana y el gato escapó. Nunca más lo volvió a ver. Tampoco él soportó la verdad.

Durante una larga temporada sus padres trataron de sobrevivir y escapar del agujero al que habían caído, y en ese tiempo Josefina, que seguía siendo una niña, fue creando su propio escudo protector, se volvió silenciosa y huraña, y muy pronto aprendió que la confianza era un arma peligrosa que debía maniobrase con cuidado porque podía dispararse en su contra.

Sus padres parecían ausentes y de nada sirvieron los intentos por llamar su atención con bravatas o con bajas calificaciones, Josefina estaba ahí haciendo aspavientos,

pero nadie parecía reparar en ello. Lloró muchas noches a solas, al principio por tristeza, después por miedo y al final por rabia.

Durante los primeros meses en su casa abundaron las frases inconexas, los gritos, el llanto, las personas extrañas que entraban y salían, las culpas como bofetadas; y poco a poco todo fue quedándose en silencio.

Josefina recordaba a su madre durmiendo de día y de noche, apenas se levantaba como una autómatas para ir a la ducha, para comer algo, y después otra vez a la cama. Sollozaba en vez de hablar. El dolor convirtió su voz firme de otros tiempos en un susurro adolorido.

El padre se fue quebrando a un ritmo distinto, había días en que salía de casa como una ola embravecida y horas después regresaba apocado en estatura y fortaleza. Las deudas se multiplicaron por todo lo que pagó durante el proceso y los bancos llamaban a su casa más que cualquier miembro de la familia. Se volvió taciturno y torpe de movimientos como un animal asustadizo.

La desesperanza lo cubría todo como una capa densa y pegajosa. Pero un día, un hecho inesperado los sacudió y repentinamente el cielo comenzó a aclararse, parecía como si una fuerza poderosa quisiera que el orden regresara a esa casa. La madre escuchó una voz que la llamaba, se levantó aún débil, el padre salió de la ducha, corrió las cortinas y abrió las ventanas para que el aire marchito se renovara. *De dónde viene ese grito*, se preguntaron al salir de la habitación.

Solo entonces vieron las ruinas y las fracturas. La casa era un laberinto de polvo y telarañas. El padre había

envejecido y aparentaba diez años más de los que tenía. La madre, hueso y pellejo, caminaba como si fuera a romperse en cualquier momento. Cuando los dos se encontraron en el pasillo se miraron y se dieron cuenta de las dimensiones de la pérdida. La fotografía de su boda en marco plateado parecía el recuerdo de unos desconocidos.

Permanecieron en silencio por unos segundos mirándose de frente, reconociéndose. Se tomaron de las manos, más como una muestra de lástima que como un gesto de amor, y en ese preciso momento volvieron a escuchar el grito.

Era Josefina, casi una adolescente, sentada en el sofá de la sala, con un fuerte dolor en el estómago. Tenía trece años y por un segundo quisieron que no existiera, que los liberara de esa responsabilidad para así volver todos los contadores de la vida a cero.

Se acercaron a ella asustados, había pasado tanto tiempo que volvían a sentirse torpes ante el llanto de la hija. No atinaban qué hacer, qué decir, ni siquiera tenían el nombre de un médico a la mano. Josefina hervía en fiebre y se retorció mientras repetía: «Me duele, me duele aquí, muy fuerte». Sin esperar, el padre la cargó y juntos la llevaron al hospital. En el camino la madre le acarició la frente diciéndole: «Tranquila, estoy aquí, nada malo te pasará».

Hay dolores que sacuden y despiertan.

Años después, cuando Josefina recordaba todo lo que habían vivido, sentía que el tiempo había volado, que había saltado de los diez a los diecisiete tan rápido como un chasquido de dedos.

En otras ocasiones Josefina sentía que esos siete años, desde que Analuisa se había ido, habían durado una eternidad, que había sido un largo y oscuro invierno.

Si volvieras... cuántas cosas tendría para contarte, pasaríamos días enteros charlando hasta ponernos al tanto. ¿Te dije que Pirata también se fue? A los pocos días de tu partida le abrí la ventana y le pedí que fuera a buscarte. No volvió. Ojalá esté contigo. Ojalá no se haya quedado maullando debajo de la ventana de una gata indiferente. A todos nos hace falta una ventana para ir a buscarte. Ahora tengo un perro que se llama General MacArthur, larga historia, no es tan listo como Pirata, pero es muy bueno. ¿Te conté que ya no tengo apéndice? Un día desperté con un dolor de estómago horrible, papá y mamá me llevaron al hospital y una hora después me lo habían sacado. Tenía trece años y aún tengo una marca. El apéndice es algo raro, Analuisa, nacemos con él, es inofensivo, nadie sabe bien para qué sirve, pero lo cierto es que un día se convierte en tu enemigo y tienen que sacártelo para que no te mate. Me parece que la vida es así: inofensiva hasta que un día te demuestra cuánto daño puede hacerte. Me alegra que el apéndice ya no viva dentro de mí, no lo echo de menos.

A ti sí.

CAPÍTULO VI

A Leo le habría gustado que el primer día de clases Bruna le hubiera enviado alguna señal. Bueno, en realidad sí lo hizo: lo ignoró olímpicamente. Esa también es una señal.

El año anterior, y durante cinco semanas, habían sido algo. Leo ni siquiera sabía cómo llamar a ese *algo*, pero sin duda aquellas cinco semanas no se borrarían de su memoria jamás.

—Él se reprochaba con frecuencia no haber sabido conducir mejor la relación. Tanto tiempo esperando que ella se fijara en él y cuando por fin había ocurrido, un mal movimiento había echado la magia por tierra.

Bruna había sido su amor platónico desde que el destino –¡bendita varicela!– hizo que ella repitiera el quinto grado de la primaria y gracias a eso se convirtieron en compañeros de salón.

Era una chica linda y engreída. Tenía un año más que sus compañeros, pero los miraba como si fueran unos pollitos. Quizá por esa imagen de autosuficiencia (y, bueno, no hay que restarle mérito a su sonrisa enorme, que paralizaba la respiración de unos cuantos), Leo se sintió desde el primer minuto enamorado sin remedio, y durante años cargó con discreción y amargura ese amor silencioso.

Ya en la secundaria, ella llegó a clases después de unas vacaciones de medio ciclo exhibiendo un *piercing* que se había hecho en el labio inferior. Camino al salón de clases y al ver que él la miraba embelesado le preguntó: «¿Te gusta?».

Él habría querido decir que sí, que le gustaba todo de ella, que daba igual si se ponía un *piercing* o una anaconda en la cabeza, él siempre respondería que sí.

Porque a Leo le encantaba cada centímetro de su piel, la que había visto y la que imaginaba, le fascinaba su sonrisa y sentía que podría quedarse a vivir en el hoyuelo de su mejilla izquierda.

Ella se acercó con gesto travieso y repitió la pregunta.
–¡Di algo! ¿Te gusta? Me lo hice hace dos semanas.

Leo no era de respuestas rápidas, menos si se trataba de Bruna, pero esa vez los astros o los dioses o los elfos o quien mande en las insondables leyes de las coincidencias del amor jugaron a su favor. Respiró hondo, disimuló los nervios, enfocó la mirada en el *piercing* y contestó:

–Sí, me gusta, pero me han dicho que eso te quitará sensibilidad si besas a alguien.

–¡Eso es mentira! –respondió Bruna.

–¡Es verdad! –dijo él–. Y tiene lógica, con la perforación las terminales nerviosas se lesionan y pierdes sensibilidad, fijate...

Y rápidamente se acercó, la sujetó de la cintura, la empujó con suavidad contra la pared y la besó.

Fueron apenas tres segundos que él no olvidaría jamás, tres segundos que alcanzaron para llevar sus pulsaciones a mil y que desafiaron la fortaleza de sus rodillas. Estaba dispuesto a que ella lo abofeteara por su osadía, que armara un escándalo e incluso que lo condenaran a cadena perpetua. Habría valido la pena. Ella lo apartó, sonrió al darse cuenta de que había caído en la trampa como una inexperta y le dijo:

–Tenías razón... no sentí nada.

Aquel fue el pistoletazo de salida para la aventura de la seducción. Leo tenía entonces dieciséis y medio y ella acababa de cumplir los dieciocho, y aunque su juego no tenía un nombre ni reglas, y ambos seguían haciendo sus vidas como un par de compañeros más, llegaba un momento del día en que uno de los dos o los dos provocaban un encuentro en un lugar apartado del colegio y allí, entre besos y caricias, exploraban sensaciones recién inauguradas.

«No digas nada», le pedía ella colocando su dedo índice sobre sus labios, y a Leo la petición le caía como anillo al dedo porque las palabras se le arremolinaban en

la punta de la lengua, desordenadas y cursis, y prefería quedarse callado para no arruinar el momento.

Leo podía pasar el día entero mirando a Bruna en clases. Con su vista recorría su perfil y su cabello castaño que a veces llevaba recogido en un moño perfectamente despeinado que dejaba ver su cuello alargado. La observaba y las clases de Historia o de Física pasaban sin dejarle huella en las neuronas. Tanto Napoleón como Newton habían perdido la batalla contra el hoyuelo en la mejilla de una chica que parecía un ángel.

Sus calificaciones se precipitaron sin paracaídas.

Leo flotaba en el espacio.

Un día ella, sintiéndose observada, lo miró, hizo un guiño de complicidad y le lanzó un avioncito de papel. Cuando él lo desplegó vio algo parecido al mapa de un tesoro. Era un plano muy básico del colegio y en él Bruna había marcado diez círculos numerados en ubicaciones distintas. El mensaje decía:

Quiero que me beses en estos diez lugares del colegio, ¿te atreves?
--

Leo sintió que se le secaba la boca como si acabara de masticar un pedazo de cartón.

Al rato, en el mismo avioncito, envió su respuesta:

¿Solo diez?

CAPÍTULO VII

En la clase, las mesas de trabajo estaban diseñadas para dos estudiantes, como tantas cosas en el mundo que no conciben la existencia de los solitarios.

La silla que estaba junto a la de Josefina permanecía vacía y nadie hizo el intento por sentarse ahí ni siquiera con el propósito momentáneo de romper el hielo con la nueva. Era la última fila, en el lado opuesto a la ventana, junto a un calendario escolar con una imagen de un grupo de jóvenes de distintas características étnicas, todos sonrientes y tomados de la mano, junto a una frase que decía: «La diversidad nos une y nos fortalece».

Ya, ya, cómo no, pensó Josefina el primer día que lo vio, e imaginó que ese titular habría merecido una leve corrección: «A nadie le gusta la diversidad. Si eres distinto, si piensas distinto, si sientes distinto, te harán la vida a cuadros».

Colocó su mochila sobre la silla vacía y pensó: *Mejor así; menos gente en mi vida, menos problemas*. No quería más conflictos y se propuso ser transparente, ser esa alumna a la que años más tarde nadie recordaría.

A diferencia de otros, ella no tenía miedo a estar sola, no entraba en pánico cuando a la hora del recreo tenía que caminar por el patio sin compañía. Estaba acostumbrada. Su paso por el colegio nuevo era solo eso: un paso. Lo que verdaderamente le importaba era conseguir una beca en una universidad del exterior; romper el cascarón, irse muy lejos de su mundo y escribir.

Aunque ya habían transcurrido varios días desde el incidente en la oficina de la directora, Kevin seguía al acecho y una mañana intentó un nuevo zarpazo.

Al verla llegar, se cruzó con ella por el pasillo de la clase, le dio un empujón y las mochilas de ambos cayeron al piso. La miró desafiante y le dijo:

—¡Hey! ¡Con cuidado! Podrías provocar un accidente.

Josefina se asustó, pero supo que si se mostraba débil le entregaría a Kevin el poder para someterla. Le habría gustado tener las agallas para devolverle el empujón, o quizá un rodillazo en una zona muy sensible de la anatomía de Kevin, pero pensó que no era buena idea, e imaginó las palabras de Analuisa: *¡No seas bruta, cuéntala hasta diez antes de explotar como un petardo!*

Kevin insistió:

–Mira, chica nueva, no sé en qué clase de colegio estuviste antes, pero aquí somos gente educada. Vienes como un rinoceronte, me golpeas y además tiras mi mochila. ¡Recógela!

Los demás compañeros los miraron con atención y ninguno hizo un ademán por defenderla o por detener las intenciones de Kevin. Josefina supo que estaba sola.

Ella lo miró con sus ojos achinados, se mordió el labio inferior, como hacía cada vez que estaba intentando contener su rabia, se acomodó el flequillo y bajando el tono de su voz le dijo:

–Mira, Vincent...

–¡Me llamo Kevin!

Lo hizo a propósito. Ella sabía que no hay nada que fastidie más a una persona de ego inflamado que confundan su nombre. El aparente error en el nombre provocó risas en la clase.

–Bueno, bien, Kevin, Vincent o como te llames, no quiero problemas contigo y si insistes me vas a obligar a hacer algo que no te va a gustar.

–¡Uy, qué miedo! –contestó él–. Yo te recuerdo lo que te dijo la directora: ¡una más y estarás fuera! No te veo en la posición de amenazarme.

–No te amenazo, Bryan...

–¡Kevin!

–Ay, sí, perdona, Kevin. No te amenazo, pero si te vuelves a cruzar en mi camino me veré obligada a...

–¿A qué?! –preguntó él desafiante y acomodándose los cabellos desordenados de la cresta.

Entonces Josefina se aproximó para poder hablar bajito y que nadie más se enterara. Sacó de su mochila una hoja de cuaderno y la desplegó frente a Kevin. En ella se veía una caricatura de una mujer gorda, de pechos descomunales y una tanga minúscula. Kevin, el gallito más gallito del gallinero, el gracioso del salón, había dibujado a la directora después del incidente en su despacho y había circulado el papel por todo el salón para provocar las risas de sus compañeros. Más de uno había dejado su mensaje en él: «Kevin, no sé cómo puedes dormir después de haber visto eso», «¿De verdad, la señora Briceño usa una tanga tan pequeña?», «¡Auxilio! ¡Es Godzilla en ropa interior!».

—Guardé esto cuando lo compartiste en clase. Soy la última de la última fila. No me obligues a que se lo muestre a...

Él miró a Josefina con odio e intentó arrebatarle el papel, pero ella reaccionó con rapidez y se lo impidió. Kevin suspiró vencido, recogió ambas mochilas del suelo y le dijo:

—Ten más cuidado la próxima.

Ella tomó asiento aliviada. La soledad era una compañera poco amable, pero segura. Miraba a los demás con cierta prevención porque desde pequeña había aprendido a desconfiar. Para ella todos estaban bajo sospecha, cada persona podía guardar una piedra en la mano.

¡No exageres!, imaginó que le habría dicho Analuisa si hubiera estado cerca, *¡si insistes en desconfiar de todo el mundo te vas a quedar más sola que la Luna!*

¡Estar sola no es lo peor que te puede ocurrir, Analuisa!, a veces la soledad es la mejor manera de sentirse segura, acotó en silencio.

Sí... y también la opción más cómoda para quien no se atreve a elegir, habría replicado Analuisa.

Miró la silla vacía junto a la suya y se dijo a sí misma que no necesitaba a nadie. Que no cambiaría sus reglas porque no le interesaba hacer amigos por racimos, prefería pensar que sus compañeros eran veinticuatro *aliens* con los que conviviría por unos meses y después los olvidaría para siempre.

Te tengo a ti, Analuisa, y tengo a General MacArthur. No necesito a nadie más.

CAPÍTULO VIII

Cuando Leo había recibido ese avión de papel con los diez sectores del colegio donde Bruna quería que él la besara, había sentido que no podía ser más afortunado. Algunos eran más sencillos de cumplir que otros, pero en la complejidad estaba la mejor parte del desafío:

1) Cancha de baloncesto.
2) En la enfermería.
3) En el auditorio.
4) En el baño de mujeres.

5) En la sala de profesores.
6) En la azotea.
7) En el depósito del jardinero.
8) En el auto de la profesora de Química (lo deja siempre sin seguros).
9) En la biblioteca.
10) En el sillón del despacho de la directora.

La señora Briceño, como directora de la institución e hija de militar, priorizaba la disciplina y las buenas normas de convivencia. Lo tenía todo bajo control, desde alumnos y profesores hasta su peinado tipo casco en el que ni un solo cabello escapaba de su sitio.

Por eso, intentar acceder a su despacho para cumplir con el décimo objetivo del mapa para besar a Bruna precisamente en su sillón sería una misión peliaguda. Leo sintió que, como en los cuentos infantiles, tendría que atravesar un foso de cocodrilos, un jardín de plantas carnívoras, un camino lleno de serpientes venenosas y una cerca eléctrica con una calavera chamuscada entre los cables, con el fin de besar a la bella princesa. Y aunque él estaba muy lejos del concepto de príncipe encantado, supo que no tenía alternativa.

A su relación con Bruna le faltaba nombre, pero le sobraban las chispas.

Los compañeros cuchicheaban y todos tenían claro que quien llevaba la batuta era Bruna. Por eso Leo quería estar a la altura y demostrar que no era ningún niño

de pañal y que Bruna lo había elegido porque era más maduro que cualquiera de los demás.

El mapa con los diez lugares se cumplió casi por completo en el plazo de dos semanas. Nada mal. Pero quedaba el más difícil de los objetivos y planearon llevarlo a cabo el último día de la semana.

La directora salía todos los viernes a una reunión en la Subsecretaría Distrital. Quizá se iba a hacer la manicura o a una clase de Zumba, pero eso era lo que la información oficial de su asistente decía. A las doce en punto, Bruna y Leo escaparon de la clase de Química, se acercaron sigilosamente al área de las oficinas administrativas, se dirigieron hacia el despacho de la directora y esperaron con paciencia detrás de una planta a que Marthita, la asistente y mano derecha de la señora Briceño, se levantara de su escritorio para dar una caminata.

Marthita estaba excedida de peso y tenía problemas de circulación y por eso debía levantarse con cierta frecuencia y dar una caminata corta para evitar que se le adormecieran las piernas. Leo y Bruna aguardaron diez minutos, quince, y las piernas de Marthita no la impulsaban a moverse.

Ambos, escondidos detrás de un ficus, comenzaron a pensar que tendrían que suspender el plan. Pero de pronto ocurrió el milagro del carbohidrato inesperado: Desde el fondo se escuchó una voz que decía «¡Marthita, es el cumpleaños de Bety, la recepcionista, vamos a cantarle el *Happy Birthday* y a comer pastel».

Como un tornado vieron a Marthita alejarse por el pasillo, y de esta manera Bruna y Leo lograron colarse

en la oficina de la directora. Entraron en puntillas, con el corazón acelerado y conteniendo risas nerviosas.

El despacho era amplio y oscuro, con largas cortinas y una mesa para reuniones. Había muchas cosas, todas en perfecto orden: una bandera nacional, varios libros, archivadores, trofeos de torneos intercolegiales y hasta dos maniquíes horribles debidamente vestidos con el uniforme del colegio. Si se hurgaba un poco más, era posible que entre tantas cosas se encontrara a la momia de algún antiguo maestro.

Leo tomó de la mano a Bruna y juntos avanzaron hasta el sillón del escritorio de la directora. Aunque sabían que la doctora Briceño solía ausentarse por lo menos durante una hora, temían que la eficiente Marthita regresara en cualquier momento.

A juzgar por lo despellejado y vetusto que lucía el sillón de cuero, debía estar ahí desde antes de que la doctora Briceño aprendiera a gatear. Cuando Leo se sentó, se escuchó un chirrido de muelles y ruedas envejecidos. Ambos rieron y de un tirón Leo atrajo a Bruna para que se sentara en sus piernas.

Ella lo miró, sonrió con coquetería y le dijo: «Felicidades, socio, misión cumplida».

El beso duró diez segundos. Bueno... tal vez quince. O veinte. En realidad ambos perdieron la noción del tiempo. Estaban ahí, en el impenetrable y sacrosanto despacho de la directora del colegio, culminando un mapa con diez besos que Leo no olvidaría jamás.

Leo apretó a Bruna contra su cuerpo y quiso que el tiempo se detuviera. En ese momento sintieron que una

luz mágica los rodeaba. Era como si hubieran tocado las estrellas.

Pero no. Era un *flash*. El *flash* de una cámara fotográfica.

Voltearon y se dieron cuenta de que junto a la puerta, de pie, estaba la señora Briceño quien había entrado silenciosamente y tenía en sus manos el teléfono celular con el que acababa de hacerles una foto.

De inmediato gritó: «¡¿Qué está pasando aquí?!».

CAPÍTULO IX

Tras un mes de clases, Josefina comenzó a acostumbrarse a su nueva vida. Aunque algunos de sus compañeros la seguían mirando con cierta prevención, y ella los miraba a ellos como si fuesen ornitorrincos, al menos se respiraba un aire de convivencia más o menos inofensivo.

¿Lo ves? ¿Te das cuenta? Cuando dejas de lado ese gesto como si estuvieras mordiendo un limón, el mundo se vuelve más amable contigo, le habría dicho Analuisa.

Me gusta mi cara de limón... pura vitamina C, pensó.

Pasaba mucho tiempo en la biblioteca leyendo, escribiendo o simplemente mirando por la ventana.

Una mañana se le acercaron Lola y Bárbara, dos compañeras que, quizá por curiosidad o por lástima, se sentaron a su lado y le dieron conversación durante el recreo.

Josefina se sentía incómoda con la gente, por lo general le costaba encajar en los grupos y si no hubiera corrido el riesgo de sonar displicente habría preferido pedirles que se evaporaran, que no se esforzaran en tratar de ser sociables porque ella no necesitaba compañía.

Su habitual hermetismo enviaba un mensaje equivocado. Los que no entendían su espíritu solitario solían colgarle la etiqueta de maleducada o rara. Las dos compañeras se acercaron y en cuestión de minutos le presentaron el panorama de la fauna a la que ahora pertenecía.

Lola era una máquina de hablar:

–No sé si ya te lo han dicho, pero si un día quieres escaparte de clases el auditorio es un buen lugar, detrás de las cortinas del escenario no te descubrirá nadie. En la cafetería no se te ocurra pedir sándwich de pollo... hay sospechas de que en lugar de pollo le ponen gato.

Josefina sonrió por compromiso y aunque tuvo ganas de decir: *Una palabra más y te engraparé la lengua*, respondió sin ganas:

–Gracias por la información.

Eso solo alentó a Lola a seguir hablando como una ametralladora. Ella era de esas personas que llenan el espacio con su voz, y que se quejan de todo, de sus padres,

de la falta de dinero, del grosor de sus muslos, de los profesores, del mundo, de los hombres, de las mujeres, y concluía siempre con la frase «todo es una porquería, ojalá caiga un meteorito y acabe con la humanidad». Le gustaba imaginar los posibles escenarios de su presente y su futuro: «¿Y si en lugar de entrar a la universidad me tomo un año sabático para conocer el mundo? ¿Y si durante el año sabático conozco a un mochilero italiano muy guapo y nos enamoramos? ¿Y si me caso con él en una playa exótica? ¿Y si durante la luna de miel abro su mochila y descubro que es narcotraficante? ¿Y si me llevan a la cárcel durante quince años porque piensan que soy su cómplice? ¡Dios! ¡¿Cómo se lo voy a decir a mis padres?! ¡Qué mala suerte tengo! ¡Ojalá caiga un meteorito y acabe con la humanidad!».

Bárbara era más tranquila, su tema favorito y su pasión eran los deportes, particularmente el fútbol. En ese punto no había ninguna afinidad con Josefina, que el único que practicaba aún no había sido admitido en los Juegos Olímpicos: La caminata feliz con perro.

Bárbara lo explicaba todo, las relaciones, el trabajo, el amor a través de las estrategias del deporte.

Josefina las miró con cierta simpatía, pero como siempre comenzó a invadirle una sensación de angustia, porque sabía que en breve vendrían las preguntas, esa manera natural de los seres humanos de entrar en la vida de los otros, de quitar velos y analizar con sus propias herramientas de medición a la persona que tienen delante.

Durante un tiempo, en el colegio anterior, Josefina intentó sin éxito construir algo parecido a la normalidad.

Incluso trató de tener amigas, pero siempre debió frenar en seco ante preguntas que no sabía o no quería responder. Lo de Analuisa la había puesto en el centro de las miradas durante una época. Era una niña aún y se había sentido expuesta, señalada, y las preguntas la hacían sentir perseguida: «¿Cómo están en tu casa?», «¿Te gustaría hablar de lo que ha pasado?», «¿Qué te han dicho tus padres?», «¿Se ha sabido algún detalle más?».

Sí, cabía la posibilidad de que entre tantos rostros que disfrazaban el chisme de compasión, hubiera alguno con buenas intenciones, pero en aquel entonces Josefina tenía apenas diez años y no se sentía segura de diferenciar unos de otros. Por eso prefirió el silencio y se acostumbró a que vieran en ella a una niña arisca y distante que siempre estaba sola dibujando o escribiendo.

Lola y Bárbara la miraron y entonces la primera lanzó el cuestionario:

—¿Y, Josefina? Háblanos un poco de ti, eres muy misteriosa, ¿tienes familia?, ¿novio?, ¿hermanos?, ¿te gustan los deportes?

Tomó aire, las miró a ambas, permaneció en silencio unos segundos y pensó: *¿Y si me quedo callada hasta que piensen que soy un bicho raro y se alejan asustadas? ¿Y si les digo la verdad... que no quiero hablar de mi vida? ¿Y si invento otra vida?: Tengo dos hermanos, uno de padre, una de madre y uno de padre y madre. Mi hermano mayor tiene treinta años y es administrador de un hotel para nudistas, vive en pelotas, solo se viste para ir al supermercado y para*

visitar a la familia. Tengo otra hermana que es diseñadora de comida chatarra, y su trabajo consiste en crear nuevos platos chatarra, con más chatarra que los anteriores: hamburguesa XXXL con triple tocino y cuatro tipos de queso fundidos con mayonesa extra.

Lola y Bárbara siguieron mirándola con curiosidad y Josefina respondió:

–No soy misteriosa, es que no tengo mucho que contar. Familia, sí. Novio, no. Hermanos, no. Deportes, no.

–¡Qué suerte! –le dijo Lola– ¡No tienes hermanos! Yo tengo tres, dos mayores y uno menor, todos varones, todos malolientes y todos especialistas en hacer y decir cochinas. Se llaman Andrés, José y David, pero yo los llamo pie, axila y oreja. ¡No sabes lo afortunada que eres, Josefina!

Y Bárbara agregó:

–Cómo exageras, Lola. Yo tengo una hermana, se llama Lucía, está terminando la carrera de Periodismo, y hace prácticas en un canal de televisión. A veces le toca cubrir cosas horribles desde la unidad móvil, peleas en el congreso, un asalto en un autobús, un accidente en la carretera: «Desde el Congreso reportó Lucía Faicón».

–¿Le gusta salir en televisión? –preguntó Josefina con cierto desdén.

–Le gusta su trabajo. Da igual si es en la televisión, en la radio o en un periódico. Ella piensa que trabaja por la verdad.

–Hay muchas verdades –dijo Josefina.

–Sí, supongo que sí. Pero yo creo en mi hermana. A pesar de que tenemos nuestros momentos de profundo

odio fraternal, nos llevamos bien. ¿A ti te habría gustado tener hermanos?

Josefina miró a otro lado, como si no hubiera escuchado la pregunta, pero Bárbara insistió: «¿Te habría gustado tener hermanos?».

Josefina suspiró y con el tono más plano que pudo encontrar en su repertorio, respondió:

—Tuve una hermana. Murió hace siete años. Se llamaba Analuisa.

CAPÍTULO X

Con los ojos clavados en ella, las dos amigas aguardaron a que Josefina les contara sobre la muerte de su hermana, pero ella continuó en silencio.

Conocía de memoria esas miradas de curiosidad, sabía lo mucho que les gustaba a las personas entrar en los pasajes oscuros de los demás. La felicidad no tenía tantos fanáticos como la tragedia. Y aunque no sabía qué clase de personas eran Lola y Bárbara, y no tenía razones para desconfiar, tampoco las tenía para desnudar su vida ante ellas.

Las miró y dijo:

–Un accidente de tránsito.

Las dos amigas siguieron a la espera de más detalles, reaccionaron como cualquier persona e imaginaron que la conversación continuaría, pero Josefina esquivó sus miradas, ignoró su curiosidad y no volvió a decir ni una palabra. «Un accidente de tránsito» y punto final.

Aunque la frase era breve, dolía.

Dolía en el recuerdo, en el presente, y dolería en todos los días que llegaran. Porque el tiempo no lo cura todo y hay ausencias que no cicatrizan.

Quizá por ese dolor Josefina procuraba pronunciar el nombre de su hermana en voz bajita, como si no quisiera desgastarlo ni despertar al llanto. Era un nombre dulce pese a todos quienes habían querido pervertirlo.

No quería hablar de ella con sus compañeras ni con nadie.

No quería hablarles de la manera en que Analuisa reía, sin freno, sin miedo, echando su cabeza ligeramente hacia atrás y con los ojos apretados hasta dejarlos como dos líneas.

No quería decirles que Analuisa solía cantar canciones frente a un espejo, utilizando un micrófono imaginario y ante un público conformado por tres muñecos de peluche, su gato Pirata y por la propia Josefina.

No quería mencionar que a su hermana le gustaba Withney Houston desde que, con sus padres, vio una vieja película romántica llamada *El guardaespaldas*. Porque a Analuisa entre todas las historias posibles, las que más le gustaban eran aquellas en el que el amor

triunfaba, y en las que alguien era capaz de ponerse en el lugar del otro para protegerlo, para cuidarlo, para librarlo de la maldad del mundo. Transcribía las letras de las canciones de Whitney Houston y las repetía hasta aprendérselas de memoria. Frente al espejo de la habitación cantaba y por momentos los ojos se le tornaban brillantes como si fuera a llorar:

And I will always love you.

I will always love you.

I hope life treats you kind.

And I hope you have all you've dreamed of.

And I wish you joy and happiness,

*but above all this, I wish you love.**

No quería hablar de los ojos negros de Analuisa ni de su cabello oscuro tejido en una trenza que caía por su hombro derecho. No quería decirle a nadie que con el paso de los años cada vez se parecía más a ella, como si su hermana mayor estuviera regresando en sus gestos, en su nariz recta, en su pequeño lunar sobre el labio, en sus manos que gesticulaban con pasión, y en su rostro pálido de ojos rasgados.

No quería hablar de los cuentos que inventaban juntas hasta quedarse dormidas ni que se pintaban las uñas de colores cuando los fines de semana estaban aburridas.

* [Y yo te amaré siempre / te amaré siempre / deseo que la vida sea amable contigo / y deseo que tengas todo lo que soñaste / y te deseo alegría y felicidad / pero sobre todo te deseo amor].

Josefina no quería mencionar que hacían competencia de quién podía sostener en la frente más galletas Oreo, ni de la bronca que Analuís tuvo con sus padres cuando recogió a un gatito callejero una tarde de lluvia. Josefina aún recordaba cuando en medio de la discusión su hermana les dijo: «¿Las mismas personas que me han enseñado a amar y a proteger, hoy me piden que abandone a un gatito que no será capaz de sobrevivir solo?».

No. Josefina no quería hablar de esa hermana que era cascabel, luciérnaga y corazón. No quería hablar de esa hermana enamoradiza y amiguera que solo tuvo un defecto: creer que todos tendrían un corazón parecido al suyo.

Esa hermana que un día salió de casa con los ojos hinchados de tanto llorar y no vio al camión que se acercaba.

No quería hablar de ella.

Ni de ese día en que todo se volvió oscuro.

Desolador.

Insoportable.

No quería hablar de ella.

Ni de la angustiada duda que la perseguía, esa que le decía a Josefina que sí, que Analuís sí vio al camión y que precisamente por eso dio el paso.

Las dos compañeras se cansaron de esperar que Josefina hablara. Lola quiso decir algo, pero Bárbara le dio un codazo para que cerrara la boca.

El timbre del recreo sonó, las tres se levantaron y en silencio caminaron rumbo al salón.

CAPÍTULO XI

La señora Briceño estaba descontrolada. Cuando entró a su despacho y se encontró a los dos alumnos en su sillón: «¡El que perteneció a mi padre y a mi abuelo, el fundador de esta institución!», sintió que le temblaban las manos.

Bruna y Leo se quedaron pasmados.

A punto de entrar a su despacho, la directora había escuchado el chirrido de su sillón. «¿Quién está ahí?», preguntó susurrando a su asistente, y ella contestó que nadie. Ambas se santiguaron ante la idea de que pudiera tratarse de alguna alma en pena. Abrió la puerta lenta y silenciosamente y al descubrir a los dos

estudiantes lo único que atinó hacer fue sacar su teléfono celular y tomarles una foto.

No razonó, solo lo hizo. Quizá intuyó que necesitaría una evidencia para el castigo que les impondría o quizá necesitaba de esa foto para verificar que no estaba loca y que no se había imaginado aquella escena escandalosa.

«¡¡¿Qué está pasando aquí?!», gritó.

Marthita, la asistente, corrió pensando que se trataba de alguien que había entrado a robar, y por si hacía falta la fuerza bruta agarró un trofeo para quebrarle la cabeza al ladrón. Al darse cuenta de que eran dos alumnos, soltó el trofeo y, eficiente como era, prefirió ir en búsqueda de una tila para los nervios de su jefa.

Bruna y Leo se levantaron de un salto con ojos de terror.

La directora con las manos en la cabeza gritó:

–¡¿Cómo se les ha ocurrido entrar a mi despacho a... a... a hacer sus cosas?! –dijo así, «sus cosas», frase genérica que alcanzaba para designar desde lo más inocente hasta lo más obsceno– ¡Y en mi sillón! ¡Marthita, llama de inmediato a la coordinadora de la Secundaria! ¡Ha pasado algo muy grave!

La directora avanzó hacia donde estaban los dos jóvenes, recuperó su sillón, lo miró como si allí se hubiera muerto un pollo y prefirió no sentarse.

Bruna y Leo se ubicaron frente a ella. Brunna se mostraba tensa pero intentaba dominarse. Leo, por el contrario, estaba hecho un manojo de nervios, se puso pálido y en lugar de hablar comenzó a tartamudear.

La directora lanzó frases de indignación: «¡Cómo es posible!», «¡Pero cómo se les ha ocurrido!», «¡Es una falta gravísima!», «¡Hasta dónde hemos llegado, Dios santo!».

Hasta que Bruna se atrevió a hablar:

–No ha pasado nada.

–¡Haz silencio! ¡Solo hablarás cuando haya un testigo y para eso he mandado llamar a la coordinadora!

–¡Pero es que no ha pasado nada de nada!

–¡Lo he visto con mis propios ojos, Bruna! ¡No estoy dispuesta a perdonar esta falta! ¡Han firmado su sentencia!

Leo, intentó decir algo, pero la suma de todas sus expresiones no logró transmitir ni una sola idea clara:

–No, señora, yo, nosotros, perdone, no fue eso, lo que pasa es que, a ver cómo lo digo, nosotros...

Bruna con fastidio le ordenó:

–¿Quieres callarte?

Después miró a la directora y le dijo:

–Entramos a su despacho y nos dimos un beso. Una travesura inocente, nada más.

–¡¿Un beso?! ¡¿Una travesura inocente?! ¡Sé lo que vi, Bruna!

–No, no lo sabe.

–¡¿Me estás llamando loca?!!

–Le estoy diciendo que está muy nerviosa. Si merecemos un castigo por eso, bueno, aplique el castigo y asunto resuelto.

Leo seguía hecho un papel, incluso parecía que en cualquier momento se desplomaría.

–No es tan sencillo, Bruna –le dijo la directora–, estoy aquí para formar estudiantes que sepan comportar-

se de manera correcta, que tengan límites, que sepan proceder con sentido común y moderación. Ustedes han desafiado todas las reglas y han entrado a mi despacho a...

En ese momento entró la coordinadora, asustada ante la urgencia del llamado, y la doctora Briceño le puso al tanto de lo ocurrido. Concluyó con la frase:

–En este momento te paso al teléfono la foto que tomé de estos dos muchachos cuando entré y los pillé en una situación de intimidad muy, muy delicada.

El sonido de notificación en el teléfono de la coordinadora confirmó que la foto había llegado.

–¿Y qué pasará con ellos? –preguntó con gesto de desconcierto.

–Llama de inmediato a sus padres a una reunión urgente esta misma tarde. La falta es muy grave.

Después volvió a mirar a su asiento y gritó:

–¡Marthita, que venga el señor de la limpieza!

Leonardo intentó disculparse con la señora Briceño, pero ella solo repetía: «Demasiado tarde, demasiado tarde, deberían haber pensado antes en las consecuencias».

Bruna insistió:

–Pero fue solo un beso, no hicimos nada más. ¡¿Nos va a expulsar por un beso?!

–¡No, Bruna! ¡Sé lo que vi y no me obligues a que lo explique! Si disculpo esto, ¿qué será lo siguiente? ¿Que todo el colegio arme un pandemónium en mi despacho? Esta tarde hablaré con sus padres. Ahora retírense.

A punto de salir, Bruna cayó en cuenta de un detalle muy importante y se dio media vuelta.

–Usted, señora directora, ha cometido también una falta grave contra Leonardo y contra mí, y de eso también deberían estar al tanto nuestros padres y el Ministerio.

–¿De qué hablas? ¿Has enloquecido?

–Usted nos fotografió sin autorización y, además, compartió esa foto con otra persona.

Esta vez quien se puso pálida como un papel fue la señora Briceño que cayó en cuenta de su error, y de lo delicado y peligroso de aquella acusación.

El propio colegio había dedicado horas de charlas y debates sobre la importancia de no fotografiar a nadie en circunstancias que atentaran contra su intimidad y, en caso de recibir una imagen de ese tipo, borrarla de inmediato y jamás propagarla.

La directora y la coordinadora se miraron entre sí y ambas se fijaron en las pantallas de sus teléfonos en las que se veía una imagen algo desenfocada de dos chicos besándose, ella sentada en las piernas de él.

Hubo un momento de silencio y tensión. La coordinadora no sabía qué hacer ni qué decir.

La directora hizo cálculos y finalmente, arrugando los labios por la rabia, concluyó:

–Es solo un beso...

Enseguida borró la imagen, les mostró la pantalla para que lo verificaran y la coordinadora la imitó.

–Cancela la reunión de esta tarde –dijo con seriedad–. Regresen a clases y que no vuelva a pasar.

En el pasillo camino del aula, ya aliviado, Leo intentó tomar a Bruna de la mano, pero ella se soltó con un sacudón.

María Fernanda Heredia

–¿Pasa algo? –preguntó él sorprendido por su reacción.

Bruna lo miró altiva y respondió con rabia:

–No, Leo, entre tú y yo no pasa nada –y recalcó–: ¿lo entendiste? Nada.

CAPÍTULO XII

Tres meses trascurrieron desde la ruptura entre Leo y Bruna, él se había animado a sí mismo pensando que las vacaciones de verano habrían actuado como un analgésico y que las heridas ya habrían cicatrizado, pero al llegar de vuelta al salón de clase le bastó un minuto para darse cuenta lo equivocado que estaba. Bruna seguía siendo la reina absoluta de sus neuronas y de sus hormonas.

«Hola, Leíto», fue la nueva manera que ella había elegido para saludarlo cada mañana.

Pasaba por delante de él mirándolo como si fuera un hámster y Leo odiaba el diminutivo,

porque precisamente así se había sentido cuando ella terminó con él: poquita cosa, insignificante, diminuto.

Durante meses Leo se había echado la culpa de la ruptura, se había machacado pensando que en el incidente en el despacho de la directora, Bruna había sabido actuar con seguridad e inteligencia, mientras que él había reaccionado como un niño asustado que ni siquiera había podido juntar cuatro palabras coherentes para defenderse.

—No termines conmigo, anda, nos esperan más mapas del tesoro —le pidió una y otra vez al salir de la oficina de la directora.

Ella, harta por la insistencia, le contestó a los pocos días:

—No, Leo, lo dejamos donde estaba y ya. Fue divertido, ¿cierto? Lo pasamos bien, ¿no? Bueno, *Game Over*.

—¿Pero por qué dejarlo, si funciona?

—¡Porque no funciona! Además, yo no me quedo en las relaciones a ver cómo se rompen —le había dicho ella—. Yo me voy antes de que todo se arruine. Tengo dieciocho años y tú, dieciséis, Leo. No estoy para dramas. Pasa la página, yo ya lo hice.

Bruna siempre conseguía que la diferencia de edad pareciera un abismo, ella era grande; él, un diminutivo. Ella era resuelta e independiente; él, un diminutivo.

Qué difícil se le hizo sobrevivir a la ruptura. Más de una vez él estuvo tentado de acercarse y decirle «¿Ya? ¿Ya te pasó el enfado? ¿Podemos dejarnos de tonterías y retomar esto donde lo dejamos?», pero el miedo a que ella volviera a rechazarlo lo disuadió.

A veces, se quedaba largos minutos apretando el teléfono entre sus manos, a punto de marcar su número,

e imaginando todo lo que quería decirle, pero al final desistía porque le parecía que todo el discurso que iba a soltar lo haría verse cursi y patético.

No era bueno para el chat porque sus dedos pulgares no tenían la pericia que los de sus compañeros, pero en una ocasión despertó en mitad de la noche, agarró su celular y con los ojos entreabiertos escribió un mensaje:

Las buenas historias merecen una segunda parte. ¿No crees?

Presionó la tecla enviar y durante unos minutos aguardó a que el sonido de la notificación le avisara de la respuesta, pero nada ocurrió.

Al día siguiente, tan pronto despertó, se puso los anteojos, revisó su teléfono y se dio cuenta de que lo que había escrito entre el sueño, la torpeza de sus dedos, el corrector automático y el error de no haberse puesto los anteojos, era lo siguiente:

Las buebas hsitorias mejecen una salchipapa, ¿no crees?

Si no se hubiera sentido tan tonto hasta le habría encontrado la gracia a la anécdota. Quién sabe si por gentileza o por indiferencia Bruna jamás se lo mencionó.

Hubo días en que logró ignorarla, la vio pasar cerca de él sin que su pulso se alborotara. Esos días llegó a casa como un triunfador, desbordado de energía, convencido

de que la batalla contra el corazón había terminado y él había regresado magullado, pero entero. «¡Me resbala! ¡Bruna, me resbala!», se repetía a sí mismo como un mantra. Sin embargo al día siguiente recaía y de nuevo sentía que las rodillas le temblaban. El cronómetro canalla lo devolvía al punto de partida.

El amor se le presentaba como un juego de obstáculos con demasiadas trampas ocultas en el camino, cuando pensaba que pisaba sobre terreno firme, se desbarrancaba otra vez por culpa de una sonrisa o de unos ojos que lo enviaban a las profundidades. Y por eso a veces la odió, la vio en clases con fastidio, y alguna noche soñó que le gritaba en la cara que ya estaba bien que lo dejara en paz que ahora era él quien no quería tenerla cerca.

Regresar de las vacaciones de verano y volver a verla fue el sacudón que le demostró lo poco que había avanzado en el camino a olvidarla.

Un mes después de iniciadas las clases, Bruna volvió a ser el centro de la atención. Se paró en mitad del salón y les contó a sus compañeros que se había hecho un tatuaje debajo del ombligo. Se notaba que disfrutaba de la atención que recibía, y cuando captó todas las miradas, se levantó la camiseta, bajó ligeramente el borde de su pantalón y dejó ver un dibujo de trazos geométricos y estilizados, era un ave con las alas extendidas.

—Un pajarito —dijo alguien.

—¡No es un pajarito, es un águila! Un ave libre, fuerte, bella y poderosa.

–Como tú –soltó algún zalamero.

–¡Gracias! –contestó ella fingiendo humildad.

Cruzaron miradas y Leo no supo si aquello era producto de la casualidad o si, quizá, ella estaría enviándole alguna señal; se sentía torpe por no poder comprender ciertos códigos, por no saber si con esa mirada ella le estaba pidiendo que diera un paso adelante o que retrocediera bajo riesgo de cachetada.

Tras semanas de haber iniciado el último año de Secundaria Leo no pudo seguir esquivando a Bruna en esa pecera reducida y complicada que era el colegio. Tarde o temprano tenían que volver encontrarse. Ocurrió una mañana, Leo había llegado como siempre muy temprano y se dirigió al baño de hombres. Lo hacía siempre como un ritual para limpiar sus anteojos debajo del grifo de agua.

Abrió la puerta desprevenido y los vio.

Bruna y Kevin estaban ahí.

Ella sentada sobre el mesón de los lavamanos y él de pie frente a ella, rodeándole la cintura con sus manos.

Sobre el mesón un avioncito de papel.

«Perdón» fue lo único que alcanzó a decir con el corazón latiendo a mil por hora. Dio media vuelta y se alejó de ahí sintiéndose como un ratón. Un ratón incapaz de luchar contra la fuerza de un águila que le estaba triturando el corazón.

CAPÍTULO XIII

Esa misma mañana, antes de las nueve, el profesor Julián entró a la clase y, con el rostro acongojado, les trasladó la mala noticia.

—Chicos, imagino que ya lo han visto en el chat interno de nuestra clase.

Kevin rezongó:

—¡Tengo ciento setenta y nueve mensajes que aún no he leído, profesor!

—Pues deberías ponerte al día, y la recomendación va para todos, así te habrías enterado de la noticia. En todo caso, lamento informarles que esta mañana el doctor Eulogio Medardo Sarmiento Flores ha fallecido.

Nuestra comunidad educativa está triste, apenada y afligida ante este suceso.

Los jóvenes se miraron entre sí y se quedaron en silencio. Lola se levantó y dijo:

—Qué pena, profesor, pero ya que estamos en confianza, nos podría decir ¿quién rayos era el señor Eulogio Medardo? Aunque con ese nombre me imagino que debe haber fallecido de viejo.

Los compañeros se rieron y el profesor los mandó a callar.

—Invoco a todos para que expresemos nuestro respeto, consideración y recato en ese difícil momento, chicos. Y para su información pongo en su conocimiento que don Eulogio Medardo Sarmiento Flores era el abuelo materno de nuestra directora y, además, el fundador del colegio.

Nadie habría imaginado que la directora tuviese abuelo. Pese al bótox que la dejaba con la misma expresividad que una tortuga, costaba imaginar que ella tuviera menos de cincuenta y cinco años.

El profesor Julián continuó:

—Este día no habrá actividades académicas para el último año de la secundaria, o sea para ustedes. Se suspenden las clases.

Pese a lo impertinente de su reacción, todos gritaron de emoción, y por ahí a alguno se le ocurrió hacer una porra: «¡Eulogio, Eulogio!».

El profesor Julián pidió silencio y continuó:

—No canten victoria. La directora ha decidido suspender sus actividades académicas para que puedan acudir al velatorio y a la misa por el eterno descanso de nuestro

fundador que se efectuará en el Jardín de la Luz Eterna. Les pido que comprendan la importancia de que ustedes formarán la delegación oficial del colegio que acompañará a nuestra directora en este doloroso trance. Allí permaneceremos durante las horas de la jornada escolar, de nueve de la mañana a dos de la tarde. El autobús nos está esperando. A las dos en punto nos traerá de vuelta al colegio para que puedan dirigirse a sus casas en el transporte habitual. Solo para su información les aclaro que la asistencia es de carácter obligatorio. Se tomará lista y quien no esté presente tendrá una falta grave en su expediente. Apelo a su sentido de la solidaridad y respeto, y al primero que vea en una actitud inadecuada, y por inadecuada se entiende riendo, roncando, hurgándose la nariz o haciendo tonterías, recibirá un severo castigo. Con el fin de prevenir inconvenientes me veo en la obligación de prohibir de manera terminante que lleven sus teléfonos celulares, los dejarán en el salón de clases sin excepción. ¿Preguntas, dudas, inquietudes o interrogantes?

Los veinticinco pusieron sus peores caras, no solo que el profesor Julián lo contaba todo en su versión más aburrida, sino que el plan no era precisamente el más apasionante. Aun así no faltó el que celebró en voz baja: «¡Qué bien, al menos perdemos las dos horas de Química!».

Cuando Josefina escuchó que quien no asistiera tendría una «falta grave en su expediente», supo que no tenía sentido elaborar un plan de escape.

A las nueve en punto estaban allí para orgullo de la compungida directora. Se colocaron en un lateral del

salón mientras el aroma a flores y la música triste de violines enmarcaba el acto y mareaba a todos.

En un momento hubo cierto rumor en la sala y cuando el profesor Julián volteó para ver qué ocurría, se dio cuenta de que Josefina se había desmayado. Se apresuró para levantarla y enseguida la sacaron de ahí para que tomara aire. Segundos después comenzó a recuperarse.

–Lo siento, qué vergüenza –dijo ella un poco aturrida–, me mareé, no soy buena para las aglomeraciones.

–No te preocupes, suele pasar, creo que lo mejor será que te quedes un momento aquí, siéntate... vaya, no hay ningún lugar donde puedas sentarte.

–Iré un momento al autobús y me recostaré hasta que me pase el mareo, profesor.

–Sí, buena idea –el profesor miró a uno de los alumnos que lo había ayudado a trasladarla y le pidió–: tú, acompaña a Josefina hasta que se encuentre mejor.

El muchacho la sujetó del brazo sin que el plan de enfermero le agradara demasiado y juntos caminaron hasta el estacionamiento exterior donde estaba el autobús.

Josefina iba tambaleándose y tan pronto perdieron de vista al profesor, ella se soltó de su compañero, se sacudió la falda, se acomodó el flequillo casi mecánicamente y sin el menor gesto de debilidad le dijo.

–Gracias, ya puedes soltarme.

–¿Y el desmayo? ¿Ya te sientes mejor?

–Ningún desmayo, odio los funerales, no puedo con eso. Por favor, no me delates, si el profesor te pregunta dile que me dejaste recostada y que aún me encontraba un poco débil. No me mires así, de verdad

necesitaba salir de ahí, no me gustan los ataúdes ni los muertos ni el olor combinado de cien tipos de flores... En fin, iré al autobús y me quedaré ahí hasta la hora de salida. Gracias, ¿eh?

Era el mismo chico alto, de anteojos y dientes que harían sentir orgulloso a su ortodoncista, que días atrás la había alertado de que no se acercara demasiado a Kevin.

–Creo que me quedaré contigo... yo tampoco quiero estar ahí –dijo él.

Ella levantó sus hombros y sin entusiasmo contestó:

–Como quieras.

–Soy Leonardo... pero puedes llamarme Leo.

Josefina odiaba a quienes abreviaban su nombre, le enfermaban los Tonys, Sandys, Cristis, Edys, etc., más aún cuando sugerían ser llamados de esa manera «Todos me conocen como...», «Puedes llamarme...», «De cariño me dicen...».

Ella le devolvió una sonrisa casi imperceptible y tuvo ganas de decirle: *Pues no, no te llamaré Leo, te diré dientes de piano ¿te parece?* Pero contestó:

–Ok, Leo, y yo soy Josefina y puedes llamarme así mismo, Josefina. Ni Jose. Ni Fina. Ni Pepa. Ni Pepi.

Enseguida pensó que Analuisa habría puesto los brazos en jarras y le habría dicho: *De verdad... ¡qué amargada puedes ser! Al menos dile algo amable.*

Entonces Josefina agregó:

–Y muchas gracias por ayudarme a escapar de ese lugar horrible.

Leo sonrió y se acomodó en uno de los asientos al otro lado del pasillo. Por orden del profesor Julián, ninguno de

los dos había llevado su teléfono celular, por lo que cada minuto duraba como diez. El tiempo se hacía eterno.

Josefina comenzó a pensar entonces: *Apuesto que dentro de un minuto lanzará un comentario sobre el clima.*

Y pasó el primer minuto en silencio.

Bueno, le doy cinco minutos para que diga algo, nadie soporta tanto tiempo en silencio.

Y pasaron cinco minutos.

Si no habla del clima, hará alguna pregunta de fútbol.

Leo siguió en silencio.

Bueno... es posible que no pregunte nada y que de verdad sea un ornitorrinco.

Y pasaron cinco más sin que Leo hiciese ningún comentario sobre aquel día frío ni le preguntara a Josefina si le gustaba el fútbol.

Leo simplemente apoyó su cabeza en la ventana y a Josefina le pareció ver que tenía los ojos enrojecidos. Como si hubiera llorado. Como si quisiera llorar.

Leo tenía la mirada triste de alguien que no sabe disimular.

CAPÍTULO XIV

Josefina miró a Leo allí, con su cabeza apoyada en la ventana del autobús, con su mirada triste y pensó que lo mejor sería no molestarle.

No te metas donde no te han llamado.

Haz como si nada.

No es tu problema, Josefina.

Afuera el día estaba pintado de gris y el autobús se iba quedando como una cápsula helada. El conductor se había ido a la cafetería y, en consideración a los dos jóvenes que se habían quedado en el vehículo, había dejado la radio encendida en una emisora de música sufridora de aquellas en las que la gente llama a pedir canciones.

Josefina miró su reloj, aún quedaban al menos cuatro horas para regresar al colegio y para volver a casa. Volteó a mirar a Leo y sintió claustrofobia. Estaría condenada a permanecer con él, a solas, en esa cabina de metal, más tiempo del que jamás había permanecido con cualquier otro desconocido.

Lo miró nuevamente y le dijo:

—¿Te pasa algo?

—¿Qué?

—Que si te pasa algo... Si no quieres hablar, está bien. No me gusta meterme en la vida de nadie, como tampoco me gusta que se metan en la mía. De hecho no sé por qué te estoy diciendo esto, ¡jamás le hago preguntas a la gente! Quizá la culpa la tiene mi hermana Analuisa, que de seguro me estaría diciendo: «A este chico le pasa algo, no te quedes ahí, pregúntale si puedes hacer algo por él».

Leo sonrió sin mucho ánimo, se incorporó, se acomodó los anteojos y respondió:

—Estoy bien. Gracias.

Josefina sacó unos caramelos de colores de su bolsillo y le ofreció uno.

—Son Salvavidas. No creo que sirvan para tanto, pero una dosis de azúcar y colorante a veces alegra el día.

—Gracias —Leo tomó uno y al rato extendió su mano para pedir otro, al hacerlo se sintió obligado a decir algo más—. No es un buen día, pero no te quiero dar lata con mis...

—¿Problemas?

—Bueno, iba a decir dramas, pero da igual... He tenido días mejores.

En ese momento comenzó a sonar en la emisora favorita del conductor una canción horrible sobre alguien que no podía vivir sin el amor de otro alguien, y ese alguien (el primero) le decía al otro alguien (el segundo) que ojalá no lo hubiera cambiado por alguien (un tercer alguien)... un desastre.

Josefina se levantó, se dirigió a la parte delantera del autobús y bajó el volumen de la radio.

—¿Eso ayudará a que te sientas mejor?

—Gracias —dijo él con una leve sonrisa—, con eso has bajado mi nivel de tristeza.

—¿Tristeza? ¡No me digas que te entristece el fallecimiento de don Eulogio Medardo Sarmiento Flores!

Leo sonrió por la broma y contestó:

—Claro que me entristece, vivió ciento tres años con ese nombre: Eulogio. Te apuesto que al menos durante cien años le hicieron *bullying* por el nombre, si eso no nos da pena seríamos unos desalmados. Pobre Eulogio.

—¡Es verdad! Bueno, ¡ya sonreíste, Leo! Por cierto, esos dientes no son normales, a tus padres les debió costar un ojo de la cara, ¿vendieron una finca en la sierra para pagar tu ortodoncia?

—Cuatro años de hierros en la boca. A mi mamá le quedan aún ocho cuotas por pagar.

Ambos sonrieron y al rato Leo dijo:

—No entiendo por qué nos obligan a venir al funeral de alguien a quien no conocimos y por quien no sentimos ninguna pena.

—Yo no entiendo por qué existen los funerales. La muerte debería ser tan sencilla como el nacimiento, sin

demasiado público, y sin todas esas decoraciones horribles, ¿te fijaste?: Candelabros dorados, coronas de flores, luces de teatro, cortinas de terciopelo ¿a quién le interesa todo eso tan pomposo y tétrico?

—¡Exacto! Si se pudiera levantar, el señor Eulogio nos diría a todos que nos fuésemos a la punta de un cuerno y que lo dejáramos en paz. Cuando yo muera quiero que dejen mis cenizas en París y que todos se vayan a bailar en mi honor.

—¿Por qué en París, Leo? ¿Lo conoces? ¿Naciste en Francia?

—¡No, qué va! ¡Nunca he salido del país! Es que mi mamá siempre ha querido conocer París, entonces sería un buen pretexto para que ella viajara, ¿no crees?

—Ah, no es mala idea. Yo no lo sé. No he pensado en mi muerte, pero de plano te digo que no quisiera un funeral como este, nada de gente vestida como cuervos, ni candelabros dorados ni música triste ni discursos con palabras difíciles. Y mis cenizas... me gustaría que las dejaran en Lago Grande.

—¿En Lago Grande? ¿En la parte alta del Parque Nacional?

—Sí, ¿lo conoces?

—Claro, está cerca.

—A veces voy a caminar con mi perro por ahí. Me gusta mucho y como es un área protegida no lo han llenado de kioscos de salchipapas ni ventas ambulantes ni altavoces con reguetón. Me gusta mucho Lago Grande y además...

—Además qué.

-No, nada...

-¡No hagas eso! ¡Es horrible! ¡Además qué!

-Iba a decir que además ahí están las cenizas de alguien a quien quise mucho y de alguna manera siento que una parte de ella sigue ahí.

En ese momento la puerta del autobús se abrió repentinamente y entró el profesor Julián.

-¿Cómo te encuentras, Josefina? Me quedé preocupado por ti.

Josefina volvió a fingir debilidad y contestó:

-Estoy mejor, gracias, profesor. Quizá es el estómago... tengo náusea y la sensación de que en cualquier momento voy a vomitar. Desayuné un yogur con mucho cereal, plátano y dos huevos, quizá todo eso se me revolvió dentro. Pero si usted quiere, yo puedo volver al funeral...

El profesor debió imaginar el riesgo que corría de arruinar la emotiva ceremonia con una alumna vomitando una explosiva mezcla de huevo frito, plátano y yogur, y le contestó:

-¡No! ¡Lo primero es tu salud! Quédate aquí hasta que estés cien por ciento recuperada, aliviada y repuesta. Leo, por favor, acompaña a Josefina por si necesita ayuda.

-Claro, profesor, de aquí no me muevo.

Lo vieron salir y Leo no pudo evitar decirle:

-Eres buena, ¿eh?, eres muy buena inventando historias.

CAPÍTULO XV

Le encantaba inventar historias y por eso quería ser escritora.

Desde niña había sentido que el papel era su hogar y su refugio. Cuando su mundo le parecía aburrido, triste o insuficiente, se ponía a escribir y creaba uno nuevo a su medida.

A los siete años comenzó con un diario, pero muy pronto se aburrió de contar su vida, por eso se dedicó a escribir el diario imaginado del gato de los vecinos, el de una araña que descubrió en el salón de clases, y el diario del señor que pasaba todos los días por la calle en una bicicleta con una gran cesta vendiendo pan.

Escribía imaginando la vida de la gente a la que no conocía y se hacía preguntas: ¿En la casa de un mago desaparecen los calcetines? ¿Los hijos de la señora que vende empanadas odian las empanadas? ¿El chino de la esquina, que ya vive veinte años aquí, aún sueña en chino? ¿Todas las vacas del mundo hablan el mismo idioma?

También disfrutaba de leer los libros que Analuisa le regalaba. «¡Este te va a gustar, Josefina! ¡Te vas a divertir! ¡Aquí hay un personaje que se parece a ti!».

Se los pasaba subrayados e incluso con alguna palabra o frase al costado «¡Genial!», «¡No olvidar!», «Me encanta!» y cuando Josefina los recibía sabía que tenía dos historias por descubrir, la del propio libro y la de las razones que habrían llevado a su hermana a subrayar cada frase.

Más tarde, cuando Analuisa se fue, Josefina sintió que no podría volver a escribir nunca más, era como si al partir su hermana se hubiera llevado consigo la luz, la alegría y también las palabras. Todo lo que amaba le había abandonado. Se encontró sola en su habitación frente a su cuaderno y no fue capaz de colocar una palabra junto a otra. El dolor le había perforado el corazón y también la capacidad para encontrar refugio en el papel. Lloró muchas noches e inundó decenas de páginas en blanco, eran cuadernos enteros arrasados por un océano de tristeza y soledad.

Hasta que un día, cansada de tanto llorar, se quedó dormida con su cabeza encima del cuaderno y de pronto le pareció escuchar una voz que venía de muy lejos: «Ya estuvo bien, ¿no? ¿Volverás a contarme algo alguna vez?».

Josefina se despertó agitada, sintió un estremecimiento, abrió su cuaderno y tratando de controlar el temblor de las manos comenzó a escribir:

<i>Si volvieras... ah, cuántas cosas tendría para</i>
<i>contarte. ¿Te dije que Pirata también se fue?</i>
<i>A los pocos días de tu partida le abrí la</i>
<i>ventana y le pedí que fuera a buscarte. No</i>
<i>volvió. Ojalá esté contigo. Ojalá no se haya</i>
<i>quedado maullando debajo de la ventana de</i>
<i>una gata indiferente. A todos nos hace falta</i>
<i>una ventana para ir a buscarte...</i>

Las historias volvieron y Josefina sintió que con ellas recuperaba el pulso.

«Quiero ser escritora», les dijo un día a sus padres cuando cumplió quince y les habló de una beca en una universidad en otro país, donde podría estudiar Literatura. «¿Tú, sola, lejos de tu casa? ¡No, no, no! ¡Olvídalo!».

Su madre se levantó, agitó las manos como si estuviera ahuyentando a los malos sueños y le dijo, terminante, que no hablara tonterías, que eso no era posible y que más le valía que se sacara de la cabeza esas ideas.

Lo de escribir se lo tomaron como una idea romántica, como si ella hubiera dicho: «En el futuro quiero vivir en la playa, poner un paño rojo en la arena y vender colgantes que digan amor y paz». Pensaron que con el

tiempo ya se le pasaría la tontería y su padre le dijo: «Escribir es un bonito pasatiempo, Josefina, pero no te lo puedes tomar como una profesión porque en este país nadie lee, te vas a morir de hambre. Por eso tú te quedarás aquí, estudiarás algo que te sirva en la vida y todos contentos».

La madre le tomó de las manos y en tono casi desesperado le dijo: «No dejaremos que te vayas. Nunca. Lo entiendes. ¿verdad?».

Josefina entendía la mirada triste de su madre y la angustia de su padre, pero se sentía asfixiada. La ecuación se tornaba dolorosa cuando ella intentaba explicársela a sí misma: Amaba a sus padres, sentía por ellos un amor infinito, como si todo lo que habían pasado juntos los hubiera fundido en una sola pieza, pero necesitaba desesperadamente alejarse de ellos. El cuerpo le pedía salir de esa casa reluciente y silenciosa, de esas habitaciones repletas de recuerdos y culpas. Quería volar y quería escribir.

¿Me entiendes? ¿Tú me entiendes?!, le preguntó en silencio y enfadada a Analuisa una tarde que iba de camino a casa. La respuesta le llegó como una brisa suave.

¡Así no! ¡Así no!, reclamó irritada Josefina y se sentó en la banca de un parque. *¡Respóndeme con fuerza, grítame con el viento! ¡Dime que me entiendes! ¡Dime que debo alejarme de papá y mamá, para construir una vida propia, sin pedacitos de nadie! Dime que es lo correcto porque si no lo hago me quedaré sin oxígeno. Tú también te fuiste, deberías entenderme. ¡Di algo!*

Josefina se quedó quieta, pero esta vez no hubo más brisa. Ni siquiera las hojas más pequeñas y frágiles de

los árboles se movieron. No hubo respuesta, el viento se había quedado dormido.

Las lágrimas se le desbordaron y, como cada vez que sucedía, se enojó por sentirse débil, se secó el rostro con la manga de la blusa y siguió caminando. *Yo me las arreglaré.*

Sus padres eran personas buenas y trabajadoras a quienes la vida había reducido a pedazos.

Antes de que todo lo malo ocurriera, el padre había montado su pequeña empresa de mudanzas y envío de paquetes; con sus ahorros de toda la vida y un crédito había comprado dos camiones y se dedicaba a viajar por las provincias.

La madre había trabajado durante varios años en la administración de un hotel y se ocupaba de coordinarlo casi todo: las reservas, los servicios de habitaciones, las compras para la cocina, los eventos, etc. Trabajaba sin horario y por un salario muy por debajo de sus responsabilidades, pero ella lo justificaba todo diciendo que su trabajo le gustaba mucho porque le daba la oportunidad de tratar con gente interesante. Además, los ingresos de su esposo en la empresa de transportes apenas alcanzaban para pagar las cuotas de los dos camiones.

En varias ocasiones, cuando la madre debió cubrir algún turno en su trabajo y por coincidencia su esposo había salido con alguna mudanza a la Costa, ella se llevaba a las niñas a pasar el fin de semana en el hotel. Nunca las dejaban solas en casa.

Pese a los ocho años de diferencia, las dos hermanas se llevaban muy bien. Analuisa era protectora por naturaleza

y Josefina, aunque un poco rebelde, se dejaba llevar por su hermana sin causar mayores problemas.

Las dos disfrutaban desayunando todo lo imaginable en el bufet: *pancakes*, tostadas francesas, jugo de naranja, yogur, huevos y salchichas. Todo les parecía novedoso y lindo. De vez en cuando veían a la madre corriendo de un lado a otro, resolviendo los problemas que en un hotel se pueden encender: una araña en la bañera de la habitación 607, el ascensor que falla, la mucama que no llegó, el chef que dice que se terminó el marisco. Entre tanta locura, la mujer solo atinaba a decir al paso: «Pórtense bien, niñas, no quiero más problemas. Tú cuida a tu hermana pequeña, y tú, obedece a tu hermana mayor».

El hotel tenía una piscina y una amplia área con mesas, sombrillas y tumbonas. Ese era el lugar favorito de las dos hermanas. Mientras Analuisa tomaba el sol Josefina podía pasar horas en la piscina. Y fue ahí, precisamente, donde la mayor, ya convertida en una adolescente, conoció a Trinche. Lo vio sentado con gesto de aburrimiento y se puso a charlar con él.

Josefina los miró de lejos, el nuevo amigo de su hermana era un muchacho alto, pálido, con gesto asustadizo y el cabello rebelde. Tenía los brazos y piernas tan largos y desgarrados que parecía una marioneta mal ensamblada. No le sorprendió que Analuisa estuviera hablando con él, porque sabía que su hermana era capaz de hablar hasta con las piedras.

Por la tarde cuando volvieron a la habitación, Josefina le preguntó de quién se trataba.

—Un pobre chico tímido y aburrido.

—Sí, aburrido y con la cabeza como un cepillo, ¡qué pelos!, parece que acaba de ver un fantasma.

—Qué mala eres, Josefina.

—No soy mala. Solo digo que parece que tu nuevo amigo lleva un puercoespín en la cabeza.

—Bueno, quizá tienes un poquito de razón, pero lo importante es que no parece mala persona. Tiene dieciocho como yo. No pudo entrar este año a la universidad, quizá el próximo lo consiga.

—¿Y qué hace aquí?

—Su papá está en un evento del municipio, en una sala del hotel, y lo trajo para que lo ayude. El evento dura dos días. Está muy aburrido, por eso se escapó un rato a la piscina. Esta noche su padre tiene un cóctel en uno de los salones y él no quiere ir. Le dije que si quiere podríamos vernos más tarde en la cafetería del hotel, habrá bufé de *sushi*, podrías venir conmigo.

—¿*Sushi* y un amigo aburrido? No es un plan muy divertido que digamos. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Trinche.

—¿Trinche?! ¡Nadie se llama Trinche! ¡Qué amigos tan raros tienes, Analuisa!

—Bueno, se llama Carlos, supongo que el apodo tiene que ver con...

—¡Sí, claro! ¡Con su cabeza de alfiletero!

—Ya, no te burles, pobre. ¿Vendrás con nosotros? Mamá dijo que esta noche estará ocupada en dos eventos que terminan a las tres de la mañana.

Josefina arrugó la nariz, ella odiaba el *sushi*, pero tenía claro que no lograría disuadir a su hermana, ella ya

había desplegado la capa de salvadora, no solo se dedicaba a salvar animales abandonados, a veces también salvaba gente tímida y solitaria.

—¿Por qué siempre te haces amiga de gente tan rara, Analuisa? Tu Facebook es como una ensalada de moluscos.

—Mi Facebook es variado y colorido, como la vida. ¡Y los moluscos no son ni raros ni feos!

—Una vez vi un pulpo de cerca... y la verdad es que se parece un poco a tu amigo Trinche —Josefina se quedó pensando y finalmente dijo—: Creo que esta vez no te acompañaré, lo siento.

Analuisa insistió, era evidente que no tenía ganas de ir sola y buscaba la complicidad de su hermana pequeña en la tácita súplica de «aburrámonos juntas, anda». Pero Josefina se metió en la cama y dijo:

—Me quedo viendo la tele mientras tú vas a charlar con tu amigo que parece *sushi*.

—Qué mala eres, Josefina. Pobre...

Años después, cuando Analuisa ya no estaba, Josefina recordó aquel día con dolor, y la frase que le había martillado durante mucho tiempo reapareció para abofetearla: «Si yo hubiera ido...».

CAPÍTULO XVI

El autobús se iba quedando aún más frío en el estacionamiento, una llovizna menuda casi imperceptible lo mojaba todo y la niebla otorgaba al lugar un aspecto más triste aún. Al tanatorio seguían llegando personas vestidas con trajes oscuros que acudían a las distintas salas de velación.

Los vidrios del autobús comenzaron a empañarse y Leo limpió la ventana con la manga de su camisa. Miró a Josefina y, después de escuchar la historia del desayuno explosivo que había inventado para el profesor Julián, le dijo:

—Envidio a la gente que es capaz de inventar historias. Yo no puedo inventar nada, hasta la

mentira más simplona se me nota como si la llevara escrita en la frente. Deberías hacerte escritora, piénsalo, ¿eh? Yo una vez participé en un concurso de cuento.

—¿Y?

—¡Un desastre, Josefina! Quedé en último lugar. Estaba en Primaria y a la maestra se le ocurrió que yo tendría dotes literarias como mi padre.

—¿Tu padre es escritor?! —preguntó emocionada Josefina.

—Sí, bueno... —entonces fue Leo quien se sintió incómodo y se dio cuenta de que había cometido un error al hablar de su padre. Nunca lo mencionaba, prefería no hacerlo. Su padre, el escritor, el intelectual, era también su piedra en el zapato. Josefina le clavó la mirada y él se vio obligado a continuar—. No es muy conocido, no creo que lo hayas leído. Se llama Norberto B.

Leo no dijo más y Josefina sintió que la vida le estaba enviando una señal: Sí se podía ser escritor en su país y se podía vivir de eso. Se lo diría a sus padres, trataría de persuadirlos y cuando los ablandara un poquito les contaría lo que había hecho en secreto apenas unos días atrás: Había enviado a una universidad en el exterior una postulación para una beca en la carrera de Literatura. Imaginó que si la aceptaban, ellos no se enojarían, se sentirían orgullosos. Y por si quedaba alguna duda, alguien con la suficiente experiencia y argumentos, como el padre de Leo, podría ayudarla a convencerlos.

La mente de Josefina comenzó a volar, imaginó que quizá podría mostrarle sus textos al escritor, enseñarle esas historias que había escrito y guardado a lo largo

de los años y que jamás había compartido con nadie. Solo por eso decidió hacer algo inusual en ella: pedir un favor. Se dio vuelta y llena de vergüenza dijo:

—Me gustaría mucho conocer a tu padre. ¿Me lo presentarías? Sería muy importante para mí, Leo.

Ante la mirada de extrañeza de Leo, se justificó:

—Yo escribo... cosas y me gustaría conocer a alguien que me pudiera ayudar a entender si lo que hago tiene sentido o si debo cambiar de plan.

Leo se sorprendió y por un momento no supo qué decir.

—¿Quieres ser escritora?

—Bueno... no sé si sirvo para eso, pero es una de las opciones en las que he pensado. Mis padres no lo saben aún, pero estoy postulando a una beca para estudiar Literatura fuera del país, acabo de enviar la solicitud. Seguro no me resulta porque habrá mucha gente en la lista, pero al menos voy a intentarlo.

Leo frunció el ceño. Josefina pensó entonces que quizá se había excedido con la petición, imaginó que el padre de su compañero sería una persona muy importante y ocupada, y que no tendría tiempo para una niña con pretensiones fantasiosas como ella.

—Si no puede ser, no te preocupes, Leo, yo no quería...

—No, Josefina, claro que puede ser. Déjame que se lo pregunte a mi papá y te avisaré.

Leo jamás llevaba a nadie a su casa y no quería que Josefina fuese la primera por mucho que ella quisiera convertirse en escritora. No encontró en ese momento una razón para negarse, era malo para mentir, ya se le ocurriría algo más adelante.

Si alguna vez la relación con su padre había sido normal, o lo que se entiende por normal entre padre e hijo, a Leo le quedaban pocos recuerdos de aquello. En la infancia quizá, pero si hubo algo grato y positivo, pronto comenzó a resquebrajarse. Cuando Leo fue consciente de la violencia a la que Norberto sometía a su madre y lo encaró para defenderla, él se envalentonó: «¡No te metas, Leonardo, si no quieres que te dé tu merecido a ti también! ¡Esto es entre tu madre y yo!».

Años más tarde cuando, después de la paliza que le dio a Beatriz, Leo acudió a la comisaría para denunciarlo, la relación se fracturó y la distancia entre ambos se hizo más grande de lo que ambos podían o querían recorrer.

Y Leo no hablaba de eso con nadie, porque se sentía como un extraterrestre, porque se avergonzaba e imaginaba que el único entre todos sus compañeros cuya madre debía maquillarse para disimular un hematoma, era él. “Los trapos sucios se lavan en casa” era un refrán que él odiaba, porque los trapos sucios de la suya estaban manchados de sangre y se seguían acumulando sin que nadie encontrara la manera de lavarlos.

Quizá por eso, la época en que Bruna llegó a su vida fue como una ventana que se abría y traía aire fresco. Con Bruna los nubarrones desaparecieron momentáneamente y Leo fue capaz de imaginar que las claves de la vida eran distintas, que el amor era capaz de transformarlo todo.

—¿Por qué te has quedado tan callado, Leo? —preguntó Josefina—. Con el esfuerzo que me ha costado cambiarte la cara que tenías cuando hace una hora subiste al autobús...

Leo volvió al recuerdo de Bruna. A la escena que había presenciado esa misma mañana en el baño de hombres: Bruna y Kevin, un beso, un avioncito de papel con un mapa y esta vez Leo no era el explorador invitado.

Josefina volvió a extenderle el paquete de caramelos de colores y le dijo:

—¿Un Salvavidas? Mi hermana Analuisa me los regalaba cuando yo era niña y decía que esos caramelos tenían un ingrediente secreto conocido solo por su fabricante y que era un remedio infalible contra la tristeza.

Leo tomó uno y contestó:

—Hay tristezas y tristezas...

—Lo sé, Leo. ¿Me contarás la tuya? Ninguna presión, ¿eh? Ya te dije que no me meto en la vida de nadie, pero me late que tú eres de los que necesitan encontrar un tubo de escape para no explotar.

—¿Cómo lo adivinaste?

—No lo adiviné, pero me lo acabas de confirmar —dijo Josefina con sonrisa astuta.

En ese momento el conductor del autobús volvió a entrar y dijo a los dos ocupantes:

—Hey, jóvenes, el profesor Julián ha dado un descanso de quince minutos. Sus compañeros están yendo a la cafetería, lo digo por si quieren ir a tomar algo caliente. Hay té, café, gaseosas y galletas, todo gratis... un ataque de generosidad poco usual en la señora directora. Se nota que está afectada.

—¡Qué hambre! ¡Vamos! —dijo Josefina poniéndose de pie y acomodando mecánicamente su flequillo.

—¿Estás loca? No podemos salir de aquí —respondió Leo—. Si aparecemos por la cafetería, el profesor Julián pensará que te has recuperado de tus inconvenientes estomacales por obra y gracia del autobús de la salud, y nos obligará a volver a hacer guardia alrededor del ataúd del amigo Eulogio Medardo, por —miró el reloj— tres horas y media más. Yo me quedo.

—Ufff... tienes razón, estamos prisioneros en este autobús. Me suenan las tripas, pero no podemos salir.

Ambos se acercaron al parabrisas delantero y vieron a sus compañeros salir de la sala de velatorio y cruzar por un jardín hacia la cafetería. Avanzaban tratando de cubrirse de la llovizna, todos con caras de fastidio y aburrimiento, salvo dos que destacaban en el grupo: Bruna y Kevin. Ambos iban como dos niños traviosos y felices, sin aparente preocupación por el clima, de hecho, se quedaron en mitad del camino y bajo la lluvia se dieron un beso de película.

Al verlos, Leo instantáneamente bajó el rostro, se levantó y se dirigió al asiento trasero del autobús.

Josefina lo miró y creyó entender la razón de su tristeza, pero se abstuvo de hablar, imaginó que no sería buena idea seguir presionando para que él le contara su rollo emocional.

Se sentó en el asiento del otro lado del pasillo y se puso a hacer dibujos en el vidrio empañado. Quiso justificar para sí misma su silencio con Leo: *No quiere hablar y yo no sirvo para reconfortar corazones desengañados, no sé decir frases de telenovelas del tipo «olvida a esa persona, pasa la página, un clavo saca a otro clavo,*

ella es la que sale perdiendo», etc., al pobre Leo le valdría más hablar con una piedra que conmigo.

Así permanecieron varios minutos hasta que a Josefina le pareció escuchar lo que le diría Analuisa: *¿De verdad no harás nada para ayudarlo a que se sienta mejor? ¿No te da ni un poquito de cargo de conciencia? ¿Abandonarás a un pobre corazón roto sin que se te mueva ni una pestaña? Tienes el corazón más duro que un coco.*

Josefina se sintió como una villana y dijo:

–Leo, mira, no sirvo para hablar, soy un desastre para dar consejos por eso a veces no sé qué hacer cuando tengo delante a una persona triste como tú. ¡No sé qué decirle! No me mires con esa cara, ya sé lo que estás pensando, que quiero ser escritora y que acabo de admitir que no se me ocurren las palabras necesarias. Si mi hermana estuviera aquí, me diría que me acercara a ti y que te dijera algo que te ayudara a sentirte mejor.

–¿Algo como qué?

–He visto tu cara cuando Bruna y Kevin se besaron, y creo que entendí qué te pasa... o al menos tengo dos opciones: A) Estás enamorado de Bruna y te duele que esté con Kevin o B) Estás enamorado de Kevin y te duele que esté con Bruna. Y para cualquiera de los dos casos, te diré algo que es lo que me repito a mí misma cuando algo no va bien: «Calma, calma, que todo puede salir aún peor».

Leo rio.

–Pensé que dirías otra cosa...

–Sí, supongo que esperabas una frase en colores pasteles, lamento decepcionarte, yo no sé decir esas cosas.

Pero, aunque no sé exactamente qué te está pasando, solo puedo decirte que disfrutes hoy porque mañana podría ser todo aún más horrible y nos podrían invadir los alienígenas o podríamos caer en manos de una secta adoradora del reguetón.

Esta vez sonrieron los dos.

Leo contestó:

–Gracias. Es la opción A. No tengo tan mal gusto como para enamorarme de Kevin.

Se quedaron en silencio un momento y después Leo añadió:

–Ya puedes decirle a tu hermana que te acercaste a mí y que me hiciste reír con tu consejo. ¿Cómo se llama?

–¿Quién?

–¡Tu hermana!

Esta vez a quien se le ensombreció la mirada fue a Josefina.

CAPÍTULO XVII

Josefina se había quedado dormida con la televisión encendida y se despertó inquieta porque le pareció escuchar que alguien lloraba. Miró a su alrededor asustada porque no reconocía dónde se encontraba. Enseguida recordó que se habían quedado a pasar el fin de semana en el hotel donde su madre trabajaba.

Se restregó los ojos y vio a su hermana sentada en el suelo con las rodillas recogidas y el rostro contra un almohadón. El reloj marcaba las dos de la mañana y su madre aún no había regresado a la habitación. Los eventos del hotel

terminaban a las tres y ella debía estar atenta a que todo concluyera sin inconvenientes.

–¿Qué te pasa? –le preguntó–. ¿Estás bien?

–Estoy bien, Josefina, duérmete, no te preocupes por mí.

–¡Pero estás llorando, Analuisa! ¿Te pasó algo?

Se levantó de la cama, se acercó a su hermana y la tomó de la mano para que se levantara.

–Estoy bien, pequeña, de verdad, vuelve a la cama y duérmete.

De nada sirvió que ella insistiera, porque Analuisa inventó una historia que cualquiera se habría dado cuenta de que era mentira:

–Vi una película triste mientras tú dormías, eso es todo, ya sabes que a veces me da por la lloradera.

Josefina miró a la pantalla y se dio cuenta de que el televisor seguía encendido en el mismo canal que ella había dejado: Cartoon Network, maratón de *Scooby Doo*.

–Eres muy mala para mentir, ¿por qué lloras? ¿Pasó algo malo?

Analuisa se tapó la cara con las manos, se secó las lágrimas y dijo:

–Me voy a dar un duchazo, sigue durmiendo.

Y ese algo malo que Josefina no entendió, fue llegando en pedacitos a lo largo de los años, se fue armando con tajadas de conversaciones que ella escuchaba al paso, con los gritos de reproche entre sus padres, con el recuerdo de cuando Analuisa se encerraba en el baño para llorar y con las llamadas telefónicas anónimas amenazantes que les decían que si seguían moviendo las aguas se arrepentirían.

Josefina era una niña de diez años y quedó al margen, los padres y los abuelos la apartaban con sus gestos «tú estás muy chica, no insistas, deja de hacer preguntas, vete a jugar, ¡ahora no, Josefina, por favor!». Por eso no tuvo opción y silenciosamente fue tomando las piezas que encontraba desparramadas en el piso, en el aire, en las paredes, en las lágrimas y con ellas fue escribiendo su propia versión de la historia.

Una noche, en la habitación que compartían, le pidió a Analuisa:

–Dime algo, lo que sea, pero dime algo, quiero entender, quiero ayudarte...

Analuisa con sus ojeras profundas y su desánimo auestas intentó sonreír y se esforzó por quitarle peso a la realidad:

–Ya me ayudas, pequeña, cuando veo cómo te has dejado el flequillo vuelvo a reír.

Josefina se miró al espejo, el día anterior había decidido recortarse el flequillo ella sola, apenas un retoque para que no se le metiera a los ojos, pero se le había pasado la mano y el flequillo se le había quedado a la mitad de la frente y le daba un aspecto gracioso.

–Parezco una fresa, no importa, ya crecerá, pero lo digo en serio, Analuisa, no quiero que llores más. No soy tonta y he escuchado algo, sé que el Trinche tuvo que ver, ¿me lo contarás?

–Es un cuento muy feo.

–Ah, como si tú y yo no hubiésemos leído cuentos horribles.

–Este es peor que todos.

—¿Te acuerdas cuando encontraste a Pirata en un basurero? Estaba sucio, lastimado y lleno de pulgas. Lo trajimos a escondidas a la habitación y me dijiste que Pirata merecía una vida bonita y que nosotras se la íbamos a dar. Me dijiste, además, que todas las historias feas podían cambiar y tener un final feliz.

—¿Te dije eso? Bueno... quizá me equivoqué. Hay historias en las que no hay final feliz posible —Analuisa suspiró, miró al techo para que no se le desbordaran las lágrimas y después se sonó la nariz—, hay cuentos con monstruos muy malos que te persiguen incluso cuando tienes los ojos cerrados. Yo ya no espero un final feliz, solo quiero un final justo. Estoy en eso... te prometo que más adelante te lo contaré todo.

Pero la promesa no se cumplió, porque a Analuisa se le agotaron la fe y las fuerzas, y un día se marchó.

Se fue sin decirle a Josefina que el Trínche y ella nunca comieron *sushi*. Que cuando ella llegó a la cafetería del hotel a las siete de la noche, él estaba con un amigo al que había invitado. Que se pusieron a charlar y ellos le ofrecieron una bebida que, según el Trínche, era un coctel de frutas exóticas. Que al rato Analuisa se comenzó a sentir rara y los vio reír. Que todo comenzó a dar vueltas y le costaba entender los sonidos externos. Que Analuisa no podía mantenerse en pie. Que entonces sintió que caía en un agujero profundo y que tuvo la certeza de que estaba muriendo.

Cinco horas después despertó.

Estaba atontada, desnuda, rota y con el cuerpo adolorido en una habitación desconocida. Se vistió y salió corriendo asustada.

Lloró en el pasillo.

Lloró en el ascensor.

Lloró mientras el agua de la ducha borraba las huellas de aquella noche.

Y a partir de entonces comenzó a marchitarse. Nunca más sería ni sonrisa confiada, ni cascabel, ni luciérnaga, ni corazón. Esa noche Analuisa comenzó a morir poco a poco.

CAPÍTULO XVIII

—¿Cómo se llama tu hermana? —repitió Leo—.
Porque tienes una hermana, ¿no?

Josefina se trenzó la melena que le caía sobre el hombro derecho y se arrepintió de haberla mencionado. A menudo le costaba contestar esa pregunta. ¿En qué tiempo debía conjugar la respuesta? ¿Tuve? ¿Tengo? ¿Se pierde a una hermana por el hecho que ella ya no esté físicamente? A Josefina le habría gustado responder con lo que a ella le parecía evidente: *Sí, tengo una hermana, está muerta, pero para mí estará siempre viva. Tiene dieciocho y siempre los tendrá, aunque en un momento ella tuvo ocho años más que yo y un día, dentro de poco, ten-*

dremos la misma edad. Tengo una hermana aunque la vida diga que no, aunque la muerte me repita todos los días que ella se la llevó. Claro que tengo una hermana.

Suspiró y contestó:

–Se llamaba Analuisa, murió hace siete años.

–Lo siento, lo siento mucho, discúlpame, por favor, no sabía... –dijo Leo, con una incomodidad que no supo disimular.

–No, está bien, Leo, no te preocupes. Fue un accidente de tránsito. Quizá hablo mucho de ella como si aún estuviera aquí porque la recuerdo y porque siempre estoy imaginando lo que me diría. De hecho, creo que le gustaría conocerte y ella sí te diría cosas más normales y alentadoras que las que yo sé decir. Pero bueno, volvamos a lo tuyo... ¿Qué pasó con Bruna?

En ese momento el conductor del autobús abrió la puerta, entró, sonrió con sus dientes de talla extra grande y les dio dos vasitos de café.

–Para que no se congelen, muchachos.

Después puso su emisora favorita que seguía emitiendo el programa de canciones sufridoras *El pentagrama del amor*, lo vieron cerrar los ojos y en cuestión de minutos comenzó a roncar.

Leo le contó a Josefina sobre su historia con Bruna de forma superficial, sin entrar en demasiados detalles por temor a resultar cursi y para que Josefina no pensara que quería despertar compasión.

No le contó, por ejemplo, cuánto le insistió para que retomaran la relación. Omitió decirle todas las formas en las que Bruna le dejó claro que no quería nada

con él. Le echó la culpa al incidente en el despacho de la directora, a su incapacidad para reaccionar y salvar la situación.

–Quedé como un tonto ante Bruna. Ella tiene un año y cuatro meses más que yo, pero en ese despacho ella parecía una mujer adulta y segura de sí misma, y yo un bebé prematuro. Ella no me perdonó la inmadurez. Y creo que yo tampoco me lo he perdonado.

–Lo siento –dijo Josefina y decidió no hablar más.

Fiel a su intención de no meter las narices donde no la llamaran, se abstuvo de hacer comentarios, no quería opinar, temía equivocarse o, peor aún, darle esperanzas a alguien que en realidad no las tenía.

Leo, en principio, había comenzado a caerle bien en esas dos horas que llevaban encerrados en el autobús, pero eso no los convertía en amigos y Josefina prefería caminar con cautela. De Bruna tampoco sabía mucho, apenas una impresión superficial y, a decir verdad, no le caía bien por los aires de diva que se daba, por esa manera de ir por el colegio como si estuviera diciendo, «Sígueme, *paparazzis*, que aquí va Bruna, la reina del mundo», pero también con respecto a ella podría estar equivocada.

–Bueno –dijo Leo–, eso es todo. Bruna y yo terminamos hace unos meses, yo sigo caminando en el pantano y ella está feliz con Kevin. Fin de la historia. Si la escribes y la convertimos en una canción podría sonar en el programa *El pentagrama del amor*.

Juntos sonrieron y Leo le preguntó:

–¿Y tú?

–Yo qué.

—¿Tienes A) Novio, B) Novia o C) Historia patética como la mía?

Josefina hizo una mueca y miró al techo.

Le costaba hablar de su vida privada, pero de alguna manera, en ese autobús helado, en el estacionamiento del tanatorio, mientras don Eulogio Medardo seguía recibiendo ramos de flores cuyo aroma jamás olería, y cuando aún faltaba más de una hora para que volvieran al colegio, Josefina sintió que había un pequeño, pequeñísimo lazo de confianza que estaba construyendo con su compañero de anteojos y dientes perfectos.

Suspiró y le contestó:

—Ninguna de las anteriores, pero la respuesta más cercana a la realidad es la C.

—¡Chócala! —le dijo Leo recuperando momentáneamente la alegría—. ¡Ya somos dos patéticos! Podemos llamar a la emisora y pedir que nos pongan una canción de aquellas que son como una lija para el corazón.

—No. No podemos llamar porque nos han prohibido traer los teléfonos, ¿lo recuerdas? De hecho, me late que si los hubiésemos traído tú y yo no estaríamos charlando, estaríamos en alguna red hasta agotar la batería.

—Bueno... yo ya te conté mi historia patética con Bruna, ¿me contarás la tuya con...?

—Con Paracetamol.

—¿Qué?!

—Yo lo llamaba así, Paracetamol. Y él me llamaba Ibuprofeno. Te dije que era una historia patética, pero en realidad no llega a esa categoría. Fue... simple. Muy simple. Creo que vas a bostezar del aburrimiento, pero bueno, ahí te va.

Y Josefina, que no quería hablar más de la cuenta, y que no sabía confiar a la primera ni a la segunda ni a la tercera, eligió contarle su historia con la menor cantidad de detalles posibles, como si no quisiera despertar la menor curiosidad, como si el suyo hubiera sido un romance entre una lechuga y un zapato.

CAPÍTULO XIX

Había ocurrido en el anterior colegio cuando ella tenía quince y él uno más. Aunque Josefina se había acostumbrado a su aislamiento un día se encontró con él en la enfermería y se pusieron a hablar. Los dos estaban ahí porque eran muy malos para los deportes, pero eran buenos para inventar excusas. «¿Qué hacen aquí?» preguntó la enfermera. «Migraña», contestó él; «Dolor de estómago», dijo ella.

Se pusieron a charlar de camilla a camilla, y de pronto Josefina comenzó a reír con las ocurrencias de ese chico, todo lo que él decía le resultaba divertido e ingenioso. Le gustaba su sentido del

humor y esa alegría permanente que compartía sin freno y sin filtros, sin exigir que ella le mostrara su vida.

Al día siguiente se encontraron en el patio y él la saludó: «¡Hola, Ibuprofeno!», aludiendo al medicamento que la enfermera le había dado para su dolor de estómago, y Josefina sonriendo le devolvió el saludo: «Hola, Paracetamol». A partir de aquel primer reconocimiento y complicidad, los hilos transparentes, esos que la vida va entrelazando a su antojo o que un día rompe sin aviso previo, comenzaron a acercarse a dos desconocidos que se habían encontrado gracias a unos músculos perezosos.

Paracetamol era un chico alto con el cabello largo y rizado, llevaba unos pantalones rotos por los que escapaban unas rodillas huesudas. Tocaba el violín y el piano, y nada en el mundo le importaba más que la música.

Un día –pasada la medianoche– él le envió tres mensajes en seguidilla:

No puedo dormir, Ibuprofeno.
No sé si es porque cené dos yogures...

o es que no puedo dejar de pensar en ti.

¿Alguna sugerencia?

Josefina los leyó y sintió un sobresalto en el corazón como nunca antes lo había sentido, ¡quédate quieto!, le ordenó, y se llevó la mano al pecho para tratar de dominarlo. Leyó otra vez los mensajes. Y otra. Y otra

más. La pantalla le anunciaba que Paracetamol seguía en línea, seguramente a la espera de una respuesta, de un emoticón, ¡de algo!

Y por primera vez Josefina se enfrentó a sí misma, a la desconfianza que era su regla y refugio. Quiso responderle que le estaba ocurriendo lo mismo, que con los ojos abiertos o cerrados siempre, siempre, estaba pensando en él, y que su imagen le provocaba de manera inmediata una sonrisa que no podía disimular, pero no fue capaz y se quedó paralizada ante el teclado.

Miró a su mesa de noche y ahí se encontró con el portarretratos de Analuisa.

«¿Qué le digo, qué le digo?», preguntó ansiosa, pero no hubo respuesta.

Soltó el teléfono, convencida de que el tiempo jugaba en su contra, y tras diez minutos de ansiedad lo volvió a tomar y lo único que se le ocurrió contestar fue:

Leche tibia y contar ovejas. A mí me funciona.

Paracetamol fue persistente e insistió, la buscaba en el recreo y también a la salida de clases, hasta que una mañana se le ocurrió hacer una travesura que pocos olvidarían: activó la alarma de emergencia en el colegio, la que sólo el director estaba facultado para encender en caso de terremoto.

Alumnos y profesores salieron asustados, pero sin perder el orden, de acuerdo con el plan de evacuación que tantas veces habían probado. Se reunieron, según lo

previsto en el patio central y enseguida se escuchó por el altoparlante del colegio una voz demasiado juvenil para ser la del director: «¡Gracias, gracias! Han hecho un excelente trabajo, tranqui todos, no se asusten porque no hay ningún riesgo, como se habrán dado cuenta el piso no se mueve, solo quería decir lo siguiente...», hubo un silencio de tres segundos en que todos se miraban sin entender lo que ocurría, y entonces la voz continuó: «Lo que quería decir es: Ibuprofeno, me mueves el piso, desde que apareciste en mi vida siento que todo tiembla a mi alrededor».

El micrófono se apagó y en el patio se escuchó una ovación a quien fuera aquel osado alumno que había entrado a la oficina del director para lanzar su declaración de amor con simulacro de terremoto incluido. La siguiente voz sí fue la del director desde el patio: «¡Todos a sus salones! ¡Encontraremos al chistosito!».

Nunca nadie supo quién fue el autor de la travesura ni quién era Ibuprofeno, (y así ambos se salvaron del castigo), pero Josefina, por primera vez en mucho tiempo, sintió que la felicidad era posible.

Esa noche en su casa recibió un mensaje apremiante de Paracetamol:

Estoy afuera, ¡sal!

Ella, que estaba a punto de meterse en la cama respondió:

¿Estás loco? Son las diez, mis padres me matarán.

Paracetamol respondió entonces:

Tranquila, no estoy montado en un caballo, dispuesto a llevarte a mi reino para casarme contigo y tener cinco hijos... vine en bici y solo quiero verte unos minutos.

Josefina sonrió emocionada, abrió la ventana de su habitación, le dio la orden a General MacArthur de que no la delatara con sus ladridos, y bajó apoyándose en una barandilla para que sus padres no se enteraran.

Y a doce grados de temperatura, en mitad de la noche, ahí estaban los dos, Paracetamol e Ibuprofeno, frente a frente. No hubo necesidad de palabras, Paracetamol la sujetó de la cintura, la besó suavemente y ella respondió mientras sentía su piel erizada. Fueron apenas unos segundos y en ese momento Paracetamol dio un paso más allá, introdujo su mano por debajo de la camiseta de Josefina y le acarició la espalda con suavidad. Lo hizo despacio, como pidiendo autorización, pero el cuerpo de ella le respondió con violencia que no. Mientras su deseo le decía que sí, la cabeza de Josefina comenzó a gritar que no y sus manos sintieron el impulso de apartarlo y de impedir que él siguiera acariciándola.

–¡Déjame! ¡No me toques! ¡Aléjate! –exigió, cuando lo que quería en realidad era que él la abrazara para siempre hasta que los monstruos del pasado desaparecieran.

Se separaron, él sin comprender nada, ella con los ojos enrojecidos.

–¡Lo siento, perdona! –dijo él, pero ella ya no quiso escuchar más. Avergonzada por la escena que acababa de protagonizar se apartó, movió su cabeza y solo contestó:

–La culpa es mía, yo no puedo... vete por favor.

Josefina volvió a su casa, trepó la pared y entró a su habitación. Miró al portarretratos llena de rabia y se lanzó a la cama. Sin poder contener el llanto gritó contra la almohada «¡¿Por qué me haces esto?! ¿Por qué no me dejas vivir mi vida? ¡Ya no quiero seguir viviendo la tuya! Tus miedos no son los míos, tus errores se fueron contigo, déjame en paz, Analuisa, ¡déjame en paz!».

Paracetamol no pidió explicaciones ni se mostró enfadado al día siguiente, pero tampoco se volvió a acercarse como antes. Josefina quiso hablarle de lo que le ocurría, de los temores que arrastraba, quiso pedirle disculpas por su reacción, pero ni siquiera ella podía ponerle palabras a todo lo que cargaba encima, menos aún para convertir a su hermana en el pretexto de su incapacidad.

Lo único que pudo decirle, con los ojos a punto de desbordarse, fue: «Quizá algún día pueda explicártelo».

Él sonrió con tristeza y le pidió que no dijera nada.

Al terminar el curso se marchó a Canadá a estudiar Música gracias a una beca que consiguió.

Josefina no volvió a saber de él.

Leo, que apenas accedió a una versión resumida y desabrida de la historia, le dijo:

–Bueno... así como la cuentas no es patética sino un poco aburrida.

–Te lo dije.

–¿Y no se volvieron a ver? ¿No han mantenido contacto? ¿Sí sabes que existen las videollamadas y el chat, no?

–Se acabó, Leo, él se fue y se acabó. No tiene sentido alargar algo que no tiene futuro. Él está en Canadá, si consigo la beca yo me iré muy lejos a estudiar Literatura, habrá miles de kilómetros entre los dos y, además, nunca llegamos a ser *algo*. ¿Cómo se puede retomar algo que nunca fue *algo*?

–Bueno sí, tienes razón. Creo que a mí me pasó lo mismo con Bruna. A veces quiero que el colegio termine ya y no volver a saber de ella, a ver si así acabo de olvidarla. Me gustaría ir a Canadá, a la China o a Júpiter, para dejar de sentir esto. Por cierto, me hablaste de una beca a la que estás postulando y me dijiste que tus padres no lo saben...

–No. No lo saben aún. Si la universidad me responde se los contaré.

–Se van a alegrar –dijo Leo convencido.

Y a Josefina le pareció escuchar lo que le habría dicho Analuisa: *Va a ser la peor noticia para ellos, Josefina. Papá y mamá no lo van a soportar. Y tú lo sabes.*

CAPÍTULO XX

La idea de que la otra hija se fuera de su lado los aterrizzaba, porque tenían la necesidad de protegerla, de cuidarla, de impedir que le pasara algo malo, como lo que le había ocurrido a Analuisa.

Por años se habían echado la culpa a sí mismos y también al otro. Ambos se habían colgado el letrero de malos padres porque aquella noche, los dos, por razones de trabajo, habían dejado solas a las niñas.

Querían que Josefina hiciera la universidad ahí, en su ciudad, porque el miedo a imaginarla viviendo sola en un lugar distante, los paralizaba;

pero también el dinero, que escaseaba, era una razón de peso y pagar una universidad en el exterior habría sido imposible.

A eso se sumaba el inesperado cambio de colegio que les había obligado a pedir un crédito más, y el banco comenzaba a hacer las incómodas llamadas de: «Estimado cliente, le recordamos que...».

La situación económica en su casa llevaba años cayendo en picada, en gran medida porque las facturas del pasado seguían tocando a la puerta, y la madre de Josefina ya no se sentía capaz de volver a trabajar. La muerte de Analuisa, la había lanzado a un pozo del que estuvo a punto de no salir. Se culpó de haber descuidado a sus hijas, de haberlas dejado solas, de haber permitido que el monstruo se acercara. Durante largos meses estuvo metida en su cama, aturdida por las medicinas que no le dejaban volver de su letargo, para que no pensara, para que no recordara.

Cuando volvió a ver la luz se había convertido en una mujer frágil, casi transparente y se obsesionó con la limpieza como si fregando y restregando pudiera ahuyentar a los monstruos, como si la tarea de dejar inmaculado cada milímetro de su casa le sirviera para recuperar la certeza de que al menos para eso sí servía.

El día en que Analuisa les contó lo que había ocurrido, no lo dudaron ni un instante y, pese al dolor que los golpeó, fueron a denunciar a los agresores. Ella no estaba segura de que el amigo de Trinche hubiera entrado también a la habitación o solo hubiera servido de

cómplice, pero en cualquier caso había sido parte del plan y él mismo le había ofrecido aquella bebida con la que comenzó a sentirse mareada.

Cuando iniciaron el proceso, ya habían pasado tres días y las posibilidades de encontrar ADN en las muestras que le extrajeron eran muy bajas. Le practicaron también pruebas psicológicas y toxicológicas para verificar que había sido drogada antes de violarla, pero el tiempo jugaba en su contra.

El médico legista escuchó a la joven, la revisó minuciosamente y le dijo que a pesar de que había pasado más tiempo del recomendable, confiaba en que podrían obtener resultados en el laboratorio para llevar adelante la denuncia y la investigación.

A partir de ahí todo fue demasiado lento, la burocracia era un pantano difícil de atravesar, pero al cabo de unas semanas las pruebas biológicas arrojaron los resultados necesarios: había una muestra suficiente y si el juez ordenaba a los agresores que se sometieran a los análisis de ADN, se podrían cotejar los resultados y buscar la condena.

Aún con el dolor instalado en cada centímetro de su cuerpo, Analuisa y sus padres se abrazaron sabiendo que estaban en el camino correcto y que Trinche y su amigo pagarían por lo que le habían hecho.

—Josefina, que entonces tenía diez años, no entendía lo que estaba ocurriendo, veía a sus padres y hermana ir de un lado a otro, y su única esperanza era que llegara el día en que Analuisa se lo explicara: «Te prometo, pequeña, que un día, cuando este cuento feo termine, te

lo contaré todo. Quizá no volveremos a ser tan felices ni comeremos perdices, pero tendremos paz».

Ese día no llegó porque las cosas se torcieron y sobrevino la catástrofe. Ese día no llegó porque no contaban con que Trinche fuera hijo de un político que era el principal asesor del alcalde. Ni que ese político llamaría a la comisaría para pedir a su amigo, el comandante, que *extraviara* la denuncia al menos por unas semanas. No contaban con que las pruebas de laboratorio *desaparecerían* ni que en cuestión de una semana la historia se daría vuelta de manera dramática y Analuisa sería denunciada por difamación contra Carlos Pozo alias «Trinche».

El discurso fabricado para los medios decía que Analuisa Abelán, aspirante a modelo, había engañado al joven y ejemplar hijo de un importante político, con el único afán de conseguir fama, notoriedad y dinero. El político se presentó ante los periodistas y dijo, consternado, que lamentaba que una jovencita seguramente afectada por las drogas hubiera sido capaz de maquinarse una patraña con la intención de dañar a un joven con un futuro prometedor: «Mi hijo y la señorita Abelán llevaban saliendo unos meses, apenas estaban conociéndose. Aprovechando que Carlos estaba participando conmigo en un importante evento de jóvenes líderes en un hotel de la ciudad, la señorita Abelán apareció por ahí con el fin de acosarlo y envolverlo en esta situación lamentable, en la que mi hijo es la víctima».

Los testigos falsos y las pruebas fraguadas aparecieron como por arte de magia. Los amigos se pusieron de acuerdo para mentir: «Sí, claro, eran novios, y siempre me

pareció que ella era una buscona», «No lo dejaba en paz, he visto los mensajes que ella le enviaba para acosarlo».

Y un día el padre de Analuisa recibió una llamada telefónica anónima, desbordada de insultos, en la que le decían: «Si siguen por ese camino, vamos a acabar con la zorra de tu hija y contigo».

Él ignoró la amenaza y una mañana que salió a trabajar en su camión de mudanzas, varios sujetos lo interceptaron, lo llevaron a un descampado, le dieron una paliza y destruyeron el vehículo. La aseguradora no aplicó la cobertura porque en el atestado de la policía se mencionaba que en el interior de la cabina del conductor se encontraron varias botellas de licor.

Un camión menos y una deuda imposible de pagar. El padre de Analuisa sintió que perdía fuerzas, que el miedo lo inmovilizaba y, por primera vez, dudó si tenía sentido seguir adelante contra un monstruo tan poderoso.

Pese a toda la presión mediática, el abogado de la familia de Analuisa logró que la demanda por agresión sexual continuara y a partir de entonces, y durante siete interminables meses, ella fue sometida a los interrogatorios más obscenos y perversos: «Para entender lo ocurrido... díganos señorita Abelán, ¿lo disfrutó? ¿Cómo iba vestida ese día? ¿Llevaba maquillaje? ¿Los labios? Describame sus labios por favor. ¿Le gusta que los chicos la miren? ¿Qué parte de su cuerpo cree que los hombres miran más? ¿Le gusta bailar? ¿Cómo se mueve cuando baila? ¿Nos podría hacer una demostración? ¿Le gustan las caricias? ¿Usted se acaricia? ¿Ha visto alguna vez pornografía?... ¿Alguna vez le han dicho que va de mosquita muerta?».

Y tras siete meses de preguntas como proyectiles, las fuerzas se agotaron.

No pudo más.

Analuisa se rindió.

Una mañana de sábado se levantó y puso su canción favorita, la de Whitney Houston, aquella que había escuchado por primera vez cuando vio *El guardaespaldas*. Josefina se despertó molesta por la música y le dijo «¿Estás loca?, es sábado y quiero dormir un ratito más».

Analuisa se acercó a su hermana pequeña, sonrió y le hizo cosquillas para que se levantara de la cama.

Entonces hizo como si sujetara un micrófono imaginario y cantó frente a ella:

Bittersweet memories

That is all I'm taking with me

So good bye

Please don't cry

We both know

I'm not what you, you need

And I will always love you

*I will always love you**

Besó en la frente a su hermana.

Salió de casa.

Y no volvió nunca más.

* [Recuerdos buenos y malos / es todo lo que me llevo. / Por lo tanto, adiós / por favor, no llores / nosotras dos sabemos / que no soy lo que tú necesitas. / Y yo siempre te amaré / siempre te amaré].

CAPÍTULO XXI

Hay amistades que surgen en el salón de clases, en un partido de fútbol o en una fiesta; a algunas de ellas les basta con un cruce de sonrisas o con una conversación animada y comienzan a crecer a un ritmo acelerado.

— Pero la amistad de Leo y Josefina surgió gracias a la inesperada (y lamentable) partida de don Eulogio Medardo Sarmiento Flores y a un paquete de caramelos Salvavidas.

Esas cinco horas de encierro en el frío autobús, escuchando *El pentagrama del amor* durante una mañana fría, alcanzaron para crear

una sutil complicidad entre ambos que fue creciendo a pasos cortitos y sin apuro.

Las semanas siguientes, Leo inventó razones para postergar la visita de Josefina a su casa. Nunca se sabía con qué versión de Norberto se podría encontrar, y Leo no quería arriesgarse, no quería exponer a Josefina a un desplante de su padre.

Cada vez que ella se lo recordó, él se las ingenió para empujar la posible fecha una semana y otra más aduciendo que su padre estaba muy ocupado. Incluso le consiguió los dos libros publicados por Norberto para que se los leyera, y eso ayudó a que el plazo de extendiera.

Los días pasaban y el tiempo iba tejiendo historias. La de Bruna y Kevin era llamativa y ruidosa, como un reguetón. Pese a que Leo en un primer momento apostó que esa relación sería tan breve como un estornudo, tras dos meses debió admitir que se había equivocado. Seguían juntos y nada indicaba que lo estuvieran pasando mal, mientras que Leo continuaba viviendo días mejores y días peores en su afán por cerrar el capítulo Bruna.

Una mañana, cuando ya Leo casi había olvidado el tema, Josefina apareció y le dijo:

–¡Ya! Terminé de leer los libros de tu padre.

–¿Y? –le preguntó él.

–Bien, muy bien –respondió ella.

La verdad es que no le habían gustado mucho y eso le hizo suponer que la literatura que escribía el padre de Leo sería de un nivel más elevado que el que ella estaba acostumbrada a leer y por eso no había sido capaz de disfrutarla, pero eso prefirió no decirlo.

—¿De verdad te los leíste?

—¡Sí, claro!

—Dime la verdad, ¿qué te parecieron?

—No soy una crítica literaria, ¿eh?, pero me parece que tu padre escribe muy bien. Me gustaron más los cuentos que la poesía. Y leí en su biografía que ganó un premio...

—Una mención de honor.

—Eso. Y si ha ganado una mención de honor, no será porque es un mal escritor, ¿no? Y si, además, sigue viviendo de la escritura y ha sacado adelante a una familia con su trabajo, eso significa que lo que yo quiero hacer en la vida no es imposible... y de eso quiero hablar con él, Leo. Quiero que lea mis trabajos y me diga si encuentra algo que merezca la pena en ellos, quiero que me dé argumentos para tratar de convencer a mis padres de que escribir no es el capricho de una adolescente chiflada sino el sueño que tengo para mi vida.

Leo la escuchó y no se atrevió a decirle que su padre no había conseguido vender ninguna de las dos ediciones de sus libros ni que era su madre quien desde hacía años sostenía económicamente el hogar con su trabajo de contadora. No quiso decirle que su padre empujaba todos los días su frustración por vivir, según él, en un país de porquería donde nadie lee ni valora el arte.

—Tampoco te hagas demasiadas ilusiones —le dijo Leo—. Ahora mismo mi padre lleva meses trabajando en los textos de campaña y los discursos de un candidato y solo cobrará si el candidato gana. La familia depende de las elecciones. No es fácil. Pero te prometo que volveré a insistir, ojalá pueda recibirte pronto.

—¡Gracias, Leo! Me he propuesto escribir relatos o cuentos cortos, para tener más material para mostrárselo a tu padre. No quiero llegar con cuatro hojitas impresas y nada más. Quiero que él vea que me lo tomo en serio.

Josefina se volcó a su tarea durante semanas y, aunque a veces Leo le pedía que le dejara leer lo que estaba escribiendo, ella se rehusaba aduciendo que sentía vergüenza.

—¡No puedes tener vergüenza! —le dijo un día—. ¡Somos amigos!

Y cuando lo pronunció ambos sintieron algo extraño.

Amigos.

Desde el año anterior y por todo lo que había ocurrido con Bruna, Leo se había ido aislando de todo el mundo. Los cuchicheos, chismes y bromas pesadas en la clase lo habían saturado y para evitarlos tomó distancia.

Josefina no había pronunciado esa palabra en años. Se había acostumbrado a tener compañeros, con los que ocasionalmente cruzaba algunas palabras, pero no amigos. Llevaba demasiado tiempo convenciéndose de que el único que tenía era el gran, el amoroso, el siempre fiel General MacArthur.

La amistad siguió creciendo a su ritmo, sin que el pulso se acelerara, y una mañana, sin que mediara ningún plan ni compromiso, Leo se levantó, agarró su mochila, abandonó su silla de siempre junto a Rodrigo Game, y decidió sentarse con Josefina.

—Está bien, Sonrisitas, no me enoja por tu abandono solo porque sé que le has echado ojo a la nueva —le dijo

Rodrigo-, de algo te tenían que servir los diez años de ortodoncia, estás hecho un conquistador.

-No le he echado ojo a nadie, Gordo, y solo fueron cuatro años. Me voy porque has vuelto a subir de peso y ya no cabemos los dos en este espacio, todo el día tengo tu codo sobre mi cuaderno.

-Sí, claro, pretextos. Vete y suerte con la rara, a ver si le sacas una sonrisa que siempre parece que acabara de comerse una cucaracha.

-No seas cruel, Gordo, si la conocieras un poco cambiarías de opinión.

Nadie fue indiferente a esta mudanza y hubo todo tipo de especulaciones: que Leo y el Gordo habían discutido, que Leo quería darle celos a Bruna, que Leo quería servir de intermediario romántico entre el Gordo y Josefina; pero lo cierto es que, como suele ocurrir, al cabo de unos días el chisme perdió brillo y cesaron los comentarios. Quizá la única que miraba todo con disimulo y cierta inquietud era Bruna, muy liberal, muy mente abierta, muy desenfadada y a veces provocadora, pero también muy territorial.

Aunque se llenaba la boca de expresiones como: «Vive tu vida» o «No tengo que darle explicaciones a nadie sobre mis decisiones», en alguna parte de su sensibilidad había una joven insegura que no soportaba perder protagonismo ni que le hicieran sombra.

Un día inesperado, Leo y Josefina pensaron que podían ser amigos, otro día igual de inesperado se convirtieron en compañeros de escritorio.

María Fernanda Heredia

Y sin que jamás lo hubieran imaginado, una mañana
sus codos se rozaron...

No todo empieza con una mirada.

CAPÍTULO XXII

Con frecuencia el lugar elegido por los dos a la hora del recreo era una barda que separaba un patio de un jardín, ahí se sentaban y hablaban. Aunque los temas eran variados, con cierta frecuencia tropezaban con uno: Bruna. Por eso un día Josefina dijo:

—Si vuelves a mencionarla, tendré que denunciarte por acoso a mis orejas.

—¿Hablo mucho de ella?

—¡¿Mucho?! ¡Eres como un árbol de Navidad con luces musicales, Leo!

—Bien. La próxima vez que hable de ella, hazme una señal y me callaré.

—¿Un rodillazo en alguna parte sensible cuenta como una señal?

—Ufff... ¿te han dicho que tus métodos didácticos son de tribuna de estadio?

Diez segundos después, sin poder evitarlo, Leo volvió a mencionarla:

—¿Sabes, Josefina? No me des un rodillazo, pero a veces quisiera que el olvido llegara pronto; despertar y que la primera persona que viniera a mi mente fuera cualquiera menos Bruna. Pero no lo consigo.

—No me mires así, Leo, ya te he dicho que no sirvo para los consejos ni para las frases inspiradoras. Lo único que se me ocurre decirte es que la memoria es una canalla, hace que olvides tu contraseña de Facebook o de Gmail, pero te recuerda que en cuarto grado aprendiste que las partes de la flor son: cáliz, corola...

—¡Estambres y pistilo! —completaron juntos.

—¿Lo ves? —añadió ella—. La memoria es así, hace lo que se le viene en gana. Olvidas el cumpleaños de tu abuela, pero recuerdas el nombre del entrenador del Real Madrid. Por eso no puedo darte la receta... porque creo que yo no he aprendido a olvidar.

Josefina bajó la guardia y Leo no pudo evitar preguntarle:

—¿Paracetamol?

—Sí, Paracetamol y el pasado y los monstruos y las pesadillas...

Habría podido seguir enumerando los recuerdos que tenía clavados como alfileres, recuerdos que la inmovilizaban y la hacían rebelarse contra casi todo, contra

casi todos, pero Josefina había aprendido a guardarse los dolores.

Por eso la memoria le pesaba y le sabía a agua salada. Le recordaba que no sabía amar, solo desconfiar. Le aseguraba que a veces el miedo tiene más argumentos que la alegría, por eso quería irse lejos a donde los recuerdos no le ataran las manos, las piernas y el corazón.

Leo no comprendió, pero no se atrevió a hacer más preguntas. Entonces la miró y le hizo una confesión:

—El primer día de clases me caíste muy mal.

Ella rio.

—¡Lo digo en serio, Josefina! Te metiste en una pelea por algo sin importancia con el tonto de Kevin y...

—¿Sin importancia? ¡Me dijo mosquita muerta!

—¡Pero no es para tanto!

—¡Sí lo es! No me preguntes razones, pero no soporto esa expresión.

—Bueno, está bien, pero a lo que iba es que me caíste muy mal y ahora eres la única persona del salón con la que me atrevo a hablar de lo que me pasa.

—Analuisa solía decir que muchas historias de amor comenzaban con esa frase «tú me caías mal».

Tan pronto terminó de decirlo, se arrepintió, ella solo había querido mencionar la anécdota, pero se temió que Leo hubiera entendido que ella sugería que entre los dos se estaba tejiendo algo. Por eso, con las mejillas coloradas, se apresuró a corregir:

—Qué raro ha sonado eso... lo que quise decir es que a veces dos personas que no se caen bien de entrada, terminan siendo buenos amigos. Y bueno... algunos

terminan siendo pareja. Y supongo que también están los que se odian de entrada y se odian de salida, todo es posible, ay, Dios, me estoy enredando.

—Sí... pero no te preocupes, entendí, mejor déjalo así. Pero lo que te dije es verdad, me caías mal, me parecías odiosa y arrogante. Y te confieso algo más...

—Qué.

—Cuando Kevin te preguntó por qué te habías cambiado de colegio en el último año, no te creí cuando dijiste lo de la distancia a tu casa. No sé, pensé que estabas mintiendo. Lo siento por eso.

Josefina suspiró, volteó, miró a Leo y le dijo:

—Mentí.

CAPÍTULO XXIII

La confianza es siempre una apuesta a todo o nada. La única persona en la que Josefina había confiado era Analuisa, con ella se habría dejado llevar, con los ojos cerrados, por un campo minado.

Pero Analuisa no conocía todos los campos y un día ella misma se sujetó de la mano equivocada:

—Es una bebida exótica, te va a encantar, pruébala y después me dices.

—Analuisa bebió un sorbo mirando al Trinche que sonreía.

—Sabe raro —le dijo ella y se justificó a sí misma aduciendo que sería la falta de costumbre—, es que yo nunca bebo.

Trinche le contestó con poca creatividad:

–Siempre hay una primera vez.

Y la mina explotó. Lo hizo con tal fuerza que alcanzó a matar a varios, a ella misma y a otros que continuaron vivos solo en apariencia.

Desde que Analuisa se fue, Josefina se sujetó de la mano de la desconfianza y aprendió a caminar con ella. Construyó una minuciosa barrera invisible para alejar a los demás porque, así, parapetada, se sentía fuerte.

Si no confías, nunca amarás, le dijo un día el viento que a veces sonaba con la voz suave de su hermana, y Josefina aceptó la condena: *No necesito amor*.

Aquella mañana en el colegio, miró a los ojos de Leo y sin entender la razón sintió que en su muro de contención se había abierto una pequeña grieta.

–¿Mentiste, Josefina?

Ella tragó en seco y respondió:

–Sí. Me expulsaron del otro colegio. Le di una paliza a un compañero.

Leo rio imaginando que mentía o, al menos, que exageraba, pero ella mantuvo la seriedad sin dejar de mirarlo, entonces él supo que en aquella historia había algo más.

Josefina era una chica alta, delgada, con un rostro casi infantil de ojos rasgados, una melena larga y ese flequillo que le daba un carácter travieso... Leo no era capaz de imaginarla enredada en una pelea.

Ella se lo contó brevemente:

–Él estaba maltratando al perrito de la portera, me acerqué y le exigí que no lo hiciera. Él me insultó, bueno... insultó a mi hermana y yo le pegué.

–No entiendo, ¿cómo insultó a tu hermana si tú no tienes una hermana? Me dijiste que falleció hace siete años, ¿no?

–Bueno, Leo, es difícil de explicar. Insultó la memoria de mi hermana, la llamó zorra, y yo no pude contenerme. Le rompí la nariz y el labio. Le arranqué un diente. Y la verdad es que no me arrepiento.

–¿Y te expulsaron por eso? ¡Pero fue él quien insultó primero!

–Sí, Leo, pero entre una nariz rota y un insulto, gana la nariz. La sangre impresiona más... las palabras se desvanecen-. Josefina hizo una pausa, se acomodó el flequillo y continuó–: Nadie aquí lo sabe, solo tú. En los documentos que les dieron a mis padres a mi salida omitieron ese detalle *para no perjudicarme*, porque de lo contrario no habría podido matricularme en otro colegio... qué amables. Nadie recibe a una alumna violenta que le reventó el tabique a un compañero, ningún colegio quiere entre sus alumnos a uno que con seguridad le causará problemas.

Leo no salía de su asombro. Entonces Josefina hizo algo más:

–¿Tienes tu celular? Olvidé el mío en la clase.

–Sí, ¿para qué lo quieres? Es un modelo un poco antiguo –dijo él avergonzado con el teléfono que había heredado de su madre–. Es que la verdad soy un desastre con la tecnología, me han explicado mil veces lo de la

nube y las aplicaciones y las plataformas de música... y yo sigo utilizando el teléfono para lo básico: WhatsApp, fotos, música y poco más.

–Préstamelo. ¿Es un teléfono inteligente?

–Supongo que sí, el torpe soy yo.

–¡No es un modelo tan viejo, exagerado! Te mostraré algo.

Josefina entró a la red y comenzó a escribir algo en el motor de búsqueda.

–El día de la pelea alguien la grabó y subió el video a internet. Es este. Por suerte no se multiplicó demasiado. Quizá porque quien lo subió es un tonto que solo porque vivió seis meses en Miami se cree más americano que la *cheeseburger*, y lo tituló en inglés: *High School Fight!!!*. De seguro muchos pensaron que la pelea sería en otro país y por eso el morbo no se encendió.

Ella descargó el video y cuando Leo lo vio se quedó pasmado. No podía creer que quien estaba ahí, encarada sobre ese chico, dándole un puñete tras otro, era Josefina; y no supo si sentirse tranquilo de ser su amigo o más bien preocupado.

Ella, adivinando sus pensamientos, le dijo:

–Sí... a mí también me cuesta imaginar que esa persona soy yo. Nunca había hecho algo así, Leo, créeme. Y no pongas esa cara porque no te voy a romper la nariz ni tus dientes perfectos –Josefina puso una vez más el video y volvió a sentir la indignación de aquel momento–. El insulto de ese cretino a mi hermana Analuisa colmó el vaso y no pude más. En mi familia hemos sido todos siempre personas buenas, si conocieras a mis

padres te darías cuenta de que son incapaces de dañar a nadie. Son honestos, son trabajadores, son buenísimos. Pero un día la vida se nos dio la vuelta y durante años recibimos golpes y golpes que no merecíamos, esa nariz que rompí fue la primera vez que decidí gritar y decir basta, ¡ya no más!... pero no sé por qué te estoy diciendo todo esto. Perdóname.

Leo notó que a Josefina le brillaban los ojos, tomó su mano por dos segundos, la soltó con cierta torpeza y luego le dijo:

—¿Algún día me hablarás de Analuisa?

Ella se mordió el labio y con la voz entrecortada contestó:

—Solo... te diré una cosa, Leo: era mi guardaespaldas... y mi persona favorita.

Y al decir esto una lágrima se le escapó.

CAPÍTULO XXIV

La reacción de su padre le sorprendió. No esperaba su respuesta ni su entusiasmo. Cuando aquella tarde Leo le dijo que tenía una amiga que quería ser escritora y que deseaba conocerlo, Norberto se infló como un pavo, sonrió complacido y le dijo que sí, que la llevara a casa cuando quisiera.

—Se llama Josefina y me dijo que tiene algunos textos, no los he leído, pero ella quisiera conocer tu opinión, y bueno... también le gustaría que tú le dijeras lo que significa ser escritor, no sé bien qué tiene en mente.

—¿Ha leído mis libros?

–Sí.

–Bueno, tráela a casa y ya le contaré yo de qué va esto de ser un poeta y un fabulador de la vida.

Días después Josefina y Leo llegaron juntos después del colegio. Leo estaba nervioso y ella inusualmente feliz.

Él había previsto que todo estuviera bien para que Josefina no se llevara ninguna sorpresa desagradable: La casa en orden, algunos refrescos en la nevera, unos *snacks* para poder pronunciar con confianza «¿quieres comer algo?», y además le había pedido a su padre que no se reuniera con sus clientes en casa para que pudiera dedicarle al menos una hora a Josefina.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegaron y no encontraron a nadie, Leo casi lo agradeció; pese a la buena disposición de su padre, nunca se sabía con qué pulgas se le podría encontrar. La sensación de normalidad que con frecuencia Leo se topaba al visitar las casas de sus compañeros distaba mucho de lo que él tenía en la suya. Un día su padre podía mostrarse sereno y animado escribiendo un discurso para el candidato y otro día podía estar en calzoncillos, sin haber pasado por la ducha, bebiendo y maldiciendo su mala fortuna. A veces –pocas– era amable con Beatriz, su esposa; y otras veces –la mayoría– le pedía a gritos «que te calles», «que vengas», «que me traigas», «que te largues», «que te laves», «que me dejes en paz, maldita sea».

–¿No hay nadie? –preguntó Josefina.

–Creo que no, pero en un momento llegará mi mamá de su trabajo. Mi papá tampoco tardará en venir. Hay comida en el horno, ¿quieres?

—Depende, ¿qué hay?

A Leo le hizo gracia esa respuesta. Su madre le había enseñado que en una casa ajena jamás se preguntaba eso, que comiera lo que le diesen, sin chistar. Josefina se dio cuenta y le preguntó:

—¿Piensas que soy una maleducada?

—No es eso —y volvió a sonreír.

—Quizá tienes razón, mi hermana me diría lo mismo: «Come calladita, Josefina», pero yo pienso ¿y si lo que tienes en el horno es horrible? ¿Y si es hígado encebollado? ¿O guiso de corazones de pollo? ¿Tengo que comérmelos aunque me parezcan asquerosos?

—¡Claro! ¡Qué delicia! ¡Los corazones de pollo son mis favoritos! —Leo soltó una carcajada y añadió—: ¡No, no, es broma! ¡Ni siquiera sabía que los pollos tenían corazón! Y no, no es obligatorio que te los comas.

—¡Eso es lo que yo opino, Leo! Hay cosas feas que inevitablemente debes hacer como... no sé, como madrugar o como ir a clase de Deportes, pero hay otras cosas que no deberías sentirte obligado a hacer. Si lo que tienes en el horno no me gusta te diré «no, gracias», y no pasa nada, sin broncas. A veces pienso que este país está tan neurótico porque la gente está haciendo más cosas por obligación que por pasión.

—Sin obligaciones el mundo no funcionaría, sería un caos.

—Ya, Leo, pero sin pasión el mundo es una bola dando vueltas sin sentido.

Leo abrió el recipiente de plástico que estaba en el horno, los dos observaron con atención el interior y la decisión fue fácil:

–Espagueti con carne –dijo él–, ¿hay pasión?

–¡Claro que la hay!

Se sentaron a comer y al rato Josefina le preguntó:

–No me has dicho si tienes hermanos.

–No, por suerte.

–¿Respuesta de hijo único consentido, «el principito de mami y papi», o respuesta de persona preocupada por el crecimiento de la población?

–Ninguna de las dos –Leo se quedó pensando mientras los espaguetis de su tenedor se desenrollaban y caían al plato, y sin buscar ningún disfraz para sus palabras dijo–: respuesta de alguien que piensa que sus padres se reprodujeron lo mínimo indispensable y que eso estuvo muy bien.

–¿Por qué?

–A veces no entiendo por qué mis padres siguen juntos, de hecho no me imagino que alguna vez hayan tenido algo en común. Por eso creo que hicieron bien en no tener más hijos.

–Lo siento, Leo, si quieres cambiamos de tema.

–¿Y de qué hablamos? –preguntó Leo sacudiendo su cabeza para borrar las imágenes que lo habían invadido.

–De cualquier cosa menos deee... –Josefina lo miró con picardía, como desafiando a su fortaleza y Leo respondió:

–¡No la menciones! ¡A mí ni siquiera se me ha ocurrido hablar de ella! Lo prometo.

—¿De verdad?! ¿Estás curado de la Brunitis crónica infecciosa degenerativa? ¡Han pasado apenas unas semanas!

—No voy a hablar de ella, si quieres charlamos sobre el reciclaje de bolsas plásticas, pero no de ella.

—¡Bien! ¡Brindemos por eso! —exclamó Josefina y levantó su vaso de agua.

—Da mala suerte brindar con agua.

—¡No seas supersticioso, Leo! Lo único que da mala suerte es creer que hay cosas que dan mala suerte. Si te das un martillazo en el dedo no es porque viste un gatito negro, sino porque eres bobo o porque hiciste un mal cálculo o porque tenías que aprender lo que duele un dedo machacado para que no te vuelva a pasar. ¡Brinda en paz y no te hagas rollos mentales!

Brindaron, sonrieron y al verlo Josefina volvió con algo que ya le había dicho antes:

—Definitivamente debes ser el orgullo de tu ortodoncista. Tienes la sonrisa más bonita que haya visto.

Al caer en cuenta de sus propias palabras, Josefina se sonrojó. También Leo, y entre los dos se creó un momento incómodo, más aún cuando él, nervioso, corrigió la posición de sus anteojos y con cierta torpeza quiso corresponder a su halago:

—Gracias, tú también tienes... tus ojos... quiero decir que... tu nariz, y la boca, en fin... me refiero a que eres muy linda.

Se sintió como un tonto, como un niño en la guardería al que le acaban de enseñar las partes del cuerpo: ojos, nariz, boca, orejas, cuello, tronco, piernas y pies...

En ese instante, por fortuna, la puerta de la cocina se abrió y una voz conocida dijo:

–Josefina, ¿verdad? ¿La futura escritora? Me da mucho gusto conocerte, soy Norberto –extendió la mano, le sonrió con amabilidad y Josefina sintió que flotaba en el espacio. Tan emocionada estaba que ni siquiera se dio cuenta de que Norberto no miró a Leo. Hizo como si no existiera.

CAPÍTULO XXV

Regresó a casa feliz.

Su madre la esperaba nerviosa en la sala, limpiando con un hisopo de algodón cada milímetro del control remoto del televisor.

—Me tenías preocupada—expresó como siempre.

Josefina por primera vez en mucho tiempo no prestó atención a su gesto angustiado, le dio un beso y le dijo:

—Deja de preocuparte, má, deja en paz a los ácaros y a las bacterias del control remoto. Ellos no nos matarán. ¡Lo que mata es la tristeza! ¡Esa es la que hay que eliminar!

Entró a su habitación, miró el portarretratos de Analuisa y le sonrió emocionada. En silencio le contó que Norberto había sido muy amable y paciente con ella, le había hablado de su experiencia como escritor y le había contado todo lo que ella necesitaba escuchar para ratificar su camino y su vocación.

«No es fácil, Josefina, no te quiero mentir –le había confesado él–. Vivir de la escritura no es sencillo. Ya me ves, me toca buscarme la vida en la publicidad, escribiendo anuncios para radio. A veces corrijo textos o escribo discursos para mis clientes. Pero si esta es tu vocación, ninguna dificultad te detendrá porque un escritor sabe, siente muy dentro de sí, que su única manera de entender el mundo y de entenderse dentro de él es escribiendo».

Josefina miró de nuevo el portarretratos en el que su hermana estaba eternamente sonriente y continuó contándole su aventura:

«Le hablé de mis textos, le dije que desde niña lo que más me gusta es escribir y que en los momentos más difíciles siempre he sentido que podía refugiarme en un papel. Pensarás que estoy loca, Analuisa, pero en un momento me sentí en confianza con el padre de Leo, como si él sintiera de la misma manera que yo, como si él fuera capaz de entender mi vida. ¿Te imaginas? ¡Yo! ¡Sí, yo, hablando de confiar en alguien!».

La charla con Norberto no había durado mucho, media hora quizá, Josefina le dejó sus textos y él prometió que los leería. Le pidió paciencia porque estaba en medio de un proyecto con un cliente importante, pero le

aseguró que en el menor tiempo posible le daría sus comentarios y sugerencias. Leo estuvo siempre cerca, no obstante permaneció en silencio. Cuando el encuentro terminó, él la acompañó hasta la parada del autobús y al despedirse, Josefina lo miró agradecida y le aseguró:

«Hace mucho que no me sentía tan contenta, Leo. Tienes un padre genial, qué suerte la tuya. ¡Gracias!».

Ella rompió la distancia habitual que mantenía con todo el mundo, se acercó a Leo y le dio un beso en la mejilla.

De camino a su casa, él se detuvo en una pequeña plaza donde los niños jugaban y algunas personas paseaban a sus mascotas. Necesitaba pensar. Recordó todo lo que Josefina le había dicho a su padre, la pasión que había puesto en sus palabras, cómo había descrito su necesidad de escribir como si de respirar se tratase. Había hablado de autores que le gustaban, de Tolkien, de Lilliana Bodoc, de Bradbury y de otros que Leo no pudo retener en su memoria. Incluso había mencionado un poema de Miguel Hernández que él recordaba porque lo habían visto en clase de Español: la *Elegía a Ramón Sijé*.

Aquella tarde, como un espectador distante de la charla entre su amiga y su padre, Leo había visto a la rara del curso surgir ante sus ojos como una persona con una fuerza interior que él apenas había alcanzado a atisbar. Porque Josefina hablaba de escribir y se estremecía. Sus palabras volaban con una pasión incontenible, con una urgencia por contar, por narrar, por desenredar la vida y librarse así de un peso que, sin especificar, ella describía como agotador.

Y con todo esto, Leo no pudo evitar sentirse confundido. ¿Cómo era posible que ella hubiese sido capaz de

encontrar en Norberto una voz amable y un apoyo generoso? ¿Acaso Leo había perdido la capacidad para hallar lo bueno que, seguramente, existía aún en su padre? ¿Acaso él también era culpable de haber permitido que la relación de ambos se erosionara tanto que ya no hubiera posibilidad de recuperarla? ¿Era Norberto un padre que merecía una nueva oportunidad y él un hijo que también?

Regresó a casa cuando ya caía la tarde, iba tan ensimismado que entró por la puerta principal y no por la cocina como lo hacía cuando su padre estaba con sus clientes. Al abrir escuchó el ruido y vio al candidato y a toda su camarilla sentados en el salón.

—¿Qué pasa, campeón? —saludó entusiasta el candidato Arturo Pozo y lo sacó de su concentración.

—Ah, buenas tardes —respondió Leo azorado—, perdón, no quería interrumpir.

—No te preocupes, Leo, no pasa nada, de hecho nos ayudaría mucho conocer tu opinión, tu padre acaba de presentarnos la frase para la campaña y la estamos valorando, ¿nos ayudas? La opinión de un joven es siempre bienvenida, aunque no dan votos, sirven para la imagen. Por cierto, conoces a mis colaboradores y a mi hijo, ¿no?

—Sí, claro, buenas tardes —Leo saludó con la mano a los tres hombres mayores y fue más informal con el hijo del candidato, que era más joven que el resto y con el que había hablado ya en anteriores ocasiones—: Hola, Trinche, qué tal.

CAPÍTULO XXVI

Beatriz salió diligente de la cocina con un plato de aceitunas y otro de salchichas pequeñas para atender a los clientes de su marido. El candidato no disimuló al desnudarla con la mirada y Leo sintió que se le hervía la sangre.

Norberto no la miró y la única palabra que le dirigió fue:

—¡Servilletas!

Enseguida la camarilla volvió al tema que los había reunido, en un mes arrancarían oficialmente la campaña electoral y aún estaban definiendo detalles de la estrategia de comunicación. El presupuesto era mínimo y no podrían

excederse ni buscar dinero en aportantes privados, porque el Tribunal electoral los perseguía con lupa.

Norberto había sugerido que para la promoción usaran el nombre del candidato y no el apellido. De esa manera la rima era contundente: *Con Arturo vamos al futuro*. El argumento era de carácter fonético:

–Si usamos el apellido Pozo corremos el riesgo de que las rimas sean menos amables y la oposición las utilice en nuestra contra: Pozo al calabozo, Pozo nos llevará al pozo, Pozo tramposo, casposo, baboso, chismoso, gaseoso, etc.

–¡Ya basta! ¡Entendido! –profirió el candidato que no quería seguir escuchando las incómodas asociaciones con su apellido. Volteó a mirar a sus asesores y decidió pedirle su opinión al que más le importaba de todos ellos, el que un día sería su sucesor, su hijo—. ¿Qué opinas del eslogan, Trinche?

–Es fuerte, fácil de recordar y... fuerte –dijo Trinche repitiendo adjetivo, porque lo suyo no era precisamente el don de la palabra. Después sonrió dejando ver una porción demasiado amplia de la encía superior en la que aún quedaban rastros de queso masticado.

Trinche era un joven alto, desgarbado, tenía veinticinco años, con cara de pocas luces, blanco como el queso de sus encías, y con pequeñas manchitas violetas en la piel como huella de un antiguo acné.

Arturo Pozo volteó a mirar a Leo y le preguntó:

–¿Y tú? ¿Qué me dices? ¿Te gusta la frase, Leo?

–Me gusta, creo que funcionará muy bien, las esperanzas siempre tienen que ver con el futuro –contestó

sin mucho entusiasmo y enseguida se puso de pie para abandonar el salón.

—¡Eso es! ¡Yo soy el candidato del futuro, de las esperanzas, del cambio!

Antes de que Leo se marchara, Norberto le comentó:

—Por cierto, muy simpática tu amiga, puedes decirle que venga en dos o tres semanas, apenas tenga un poco de tiempo leeré sus textos.

El candidato curioso preguntó:

—¿De qué hablan?

—Una compañerita de mi hijo, es una gran admiradora de mi obra literaria y me ha elegido como su mentor. Tengo bastante éxito entre los lectores jóvenes. Le firmé unos autógrafos y tuvimos una entrevista. Ella quiere ser escritora y yo la estoy guiando. Dice que su vida y la de su familia han sido muy difíciles y quiere escribir sobre eso... típico de los jóvenes sin experiencia.

Leo escuchó a su padre y miró al techo.

—Ah, qué bien —dijo Arturo Pozo y para picar a Leo añadió—: así que tu novia quiere ser escritora, Leo, no nos lo habías contado.

—No es mi novia —se apresuró a contestar—, es una compañera de clase. Se lo diré, papá, pero prefiero esperar a que tú me lo confirmes, no quiero que se haga ilusiones porque sé que estás muy ocupado. Se va a poner muy contenta. Gracias.

Y el candidato añadió:

—Leo tiene razón, te quiero enfocado en la campaña y nada más.

Al día siguiente, Josefina seguía con la sonrisa imborrable, quizá por eso, cuando Leo la vio llegar al salón de clase notó algo especial, como si un halo de luz la rodeara.

El Gordo, que en ese momento estaba con Leo, le dijo a su amigo:

—¿Qué le has hecho, galán? Ha pasado de ser Darth Vader a Dora la exploradora.

—No le he hecho nada, Gordo. Ya te dije que si la conocieras más, te darías cuenta de que Josefina es...

No terminó la frase. Bruna, apareció como de la nada y preguntó:

—¿Josefina es qué, Leíto? ¿Qué ibas a decir?

Él la miró y se estremeció. La memoria química, esa que no termina de olvidar al cuerpo que una vez nos hizo temblar con solo tocarlo o imaginarlo, activó cada poro de su piel.

—Hola, Bruna.

—Anda, no seas así, te interrumpí y me quedé sin saber qué ibas a decir de Josefina.

—Nada, que es buena onda.

—Ay, Leíto, qué tímido eres. Déjame que yo te ayude a encontrar las palabras para describirla —Bruna sonrió con picardía, observó de lejos a Josefina y dijo—: vamos a ver, es una chica linda, no lo niego, pero un poco sosa, ¿no te parece? Es como una hormiga en medio de un millón de hormigas, no se destaca, es igual al montón, no tiene nada especial. Yo a veces la veo y no sé si está aburrida, si le duele algo o si odia a todo el mundo. Ten cuidado y no vayas a permitir que una amargada te contagie, ¿eh?

A Leo no le sentaron bien sus palabras y aunque él siempre se quedaba pasmado ante Bruna sin saber qué decir, por primera vez reaccionó:

–No imaginas todas las cosas bonitas que Josefina me está contagiando.

El Gordo, que no se había movido de su sitio, abrió los ojos como si fueran dos antenas parabólicas; Bruna hizo una mueca de disgusto y contestó con un puñal:

–Me alegra por ti, Leíto. Era bastante triste verte por el colegio hecho un guiñapo y recibir tus mensajes lacrimógenos en mitad de la noche.

En ese momento Kevin apareció y en dos segundos Bruna lo atrapó en un abrazo tan inesperado que ambos estuvieron a punto de caer.

Transcurrió el día y a la hora de la salida, Josefina volvió a agradecer a Leo por haberla puesto en contacto con su padre. Aunque trató de no abundar en detalles, para no ser cansina, las palabras comenzaron a fluir como si por fin estuvieran encontrando un conducto para volar:

–Mis padres no entienden que yo quiera escribir, Leo. No aceptan la idea de que me vaya, y para mí las dos cosas están ligadas. Han tratado de convencerme para que cambie de parecer y se niegan a que estudie fuera. No quieren perder a otra hija.

–Quizá les asusta quedarse solos. Lo he leído en alguna parte, se llama el síndrome del nido vacío.

–No lo creo. Me parece que ellos quieren demostrarse a sí mismos que me pueden cuidar y que pueden ser padres protectores.

–No entiendo.

—No es fácil, Leo. Hay detalles que no puedo explicarte porque la historia es muy larga. Pero cuando mi hermana se fue, cuando ella tuvo el accidente, mis padres se sintieron culpables, como si no hubieran hecho lo necesario para cuidar de ella, para evitar todo lo malo que ocurrió. Y ahora quieren cuidar de mí, pensar por mí y decidir por mí. Han intentado desmontar mi amor por la escritura, porque no quieren que me vaya, y han estado a punto de convencerme. Por eso, cuando hablé con tu padre y él me contó lo que es un escritor, lo que siente y cómo vive a través de las palabras, yo confirmé lo que quiero hacer, Leo. Ahora espero la noticia de la beca. Necesito irme. Solo así nos curaremos de esta ansiedad, todos. Mis padres y yo.

Leo la escuchó atentamente y en el abrazo de despedida quiso transmitirle que entendía sus razones.

La vio partir caminando hacia su casa. La vio hacerse pequeña en la avenida y entonces sintió un extraño resquemor. Una sensación inesperada, como una necesidad apremiante de lanzar a la basura el extraño guion de la vida y escribir nuevas líneas. En voz bajita pronunció: «Creo que yo tampoco quiero que te vayas. No te vayas, Josefina».

Varios metros más allá, ella volteó y encontró que Leo continuaba mirándola.

Levantó la mano para despedirse de él y sonrió.

Entonces una brisa inesperada le sacudió el flequillo y creyó escuchar la voz de su hermana: *Es lindo, ¿no crees?*

Y Josefina se atrevió a responder en voz alta: «Sí. Lo es».

CAPÍTULO XXVII

Cuando abrió el sobre sintió que le temblaban las manos. Vio el logotipo de la universidad y supo que su futuro dependía de lo que esa carta dijera.

En su casa el correo se acumulaba durante días y semanas porque sus padres preferían no abrir los estados de cuenta que estaban llenos de números en rojo y recordatorios de pagos pendientes.

Por eso Josefina supo que ellos no habían visto la carta de la universidad y tan pronto la tomó en sus manos, la guardó dentro de un libro y subió a su habitación volando sobre las escaleras.

«¡La tengo!», le dijo al portarretratos de Analuisa y se sentó en la cama.

Suspiró.

La universidad le saludaba con fría cordialidad, y con términos administrativos correctísimos le confirmaba que su postulación a la beca había pasado con éxito al siguiente nivel de evaluación y que «para tal efecto requerimos la documentación que acredite la situación financiera de su familia (...) para que así nuestra institución pueda valorar la posibilidad de otorgarle una beca al 100 %...».

«¡Eso es facilísimo, Analuisa! Se nota a leguas que somos unos pobretones. Cualquier estado de cuenta del banco es una prueba de que vivimos más apretados que cinturón de gordo».

Y siguió leyendo la carta:

«... además, requerimos que presente:

- un documento de la institución educativa en la que actualmente esté cursando su último año,
- un documento en el que se certifiquen sus notas académicas y
- una evaluación que nos permita conocer sobre sus cualidades personales en cuanto a su disciplina y relación con el entorno educativo».

«Bueno... eso es normal, no pueden darle una beca a una vaga ni a una potencial delincuente...Tengo buenas notas. Buenísimas, de hecho. Y en cuanto a la disciplina, me he portado como un angelito, Analuisa. Hablaré con la directora, de seguro ha olvidado el incidente del primer día... además no fue para tanto. Pondré cara de

buena y le diré que un día seré una escritora famosa y que le dedicaré un libro. Pero faltaba lo último: "dos cartas de recomendación de personas de reconocida trayectoria en el medio". ¿Personas de reconocida trayectoria en el medio? ¡Sonamos, Analuisa! ¡Hasta aquí llegamos! El único que podría dar una buena referencia de mí es General MacArthur y es un perro».

Josefina dio vueltas y vueltas en su habitación pensando en cómo resolvería ese inconveniente. En su familia no había ningún personaje importante, ningún ministro, ningún famoso, ninguna presidenta, ningún futbolista que saliera en la televisión. Sus apellidos eran normalitos: Abelán Pérez, y en los libros de historia no existía ningún prócer de la Independencia o héroe de guerra con esos apellidos. Tampoco los vecinos eran personas de *reconocida trayectoria*, el chino de la esquina tenía una tienda, el marido de la señora Julia era un extraordinario electricista, el mejor de todos, pero Josefina pensó que eso no sería suficiente. *¡Qué difícil, caray!*

Guardó la carta en su mochila y decidió mantener el secreto para que sus padres no se enteraran. Más adelante, si lograba superar todas las dificultades, ya encontraría la manera de hablar con ellos.

Al día siguiente, llegó al colegio feliz.

Muy feliz...

Lo primero que hizo fue ir a donde la directora y la respuesta que obtuvo fue positiva, tras meses de buenas notas y buen comportamiento la señora Briceño se comprometió a revisar la carta y a preparar un certifica-

do que favoreciera la postulación. «Haré la vista gorda sobre tu incidente del primer día –le dijo–, solo porque has cambiado de actitud y no hemos vuelto a tener problemas contigo. Dame un par de semanas para recopilar toda la información necesaria y listo».

Josefina salió del despacho feliz, se reservó la noticia para contársela a Leo en detalle a la hora del recreo y así lo hizo.

–¡Paso al siguiente nivel, Leo! ¡Estoy más cerca de la beca!

–¡¡¡Bien!!! ¡Felicitaciones, Josefina! –le dijo él– ¡Es una noticia buenísima!

–Sí, sí, la directora me ayudará con unos documentos sobre mis notas y sobre mi disciplina. En unos días me los entregará firmados. Solo tengo un inconveniente...

–¿Cuál?

–Necesito dos recomendaciones de personas importantes, ¡y yo no conozco a nadie importante!

–¿Y qué harás?

–Lo he pensado toda la noche, Leo, y creo que solo tú me puedes ayudar.

–¿Yo? ¡Soy menos famoso y menos reconocido que un artista de semáforo!

–¡Me refiero a tu padre! ¿Crees que estaría dispuesto a ayudarme? Sería una carta sencilla, que diga que me conoce, que la Literatura es lo que más me gusta, algo así... Tu padre es un escritor, ha publicado libros, eso es muy significativo.

Leo se sorprendió con la petición, pero vio a Josefina tan ilusionada que no pudo negarse:

–Se lo diré, no creo que haya ningún problema. Pero... te falta una carta más.

–Sí, y en esa también me ayudarás tú. Estaba pensando en algo que me contaste. Tu padre trabaja para un político, ¿verdad?, y me dijiste que se va a postular en las próximas elecciones del distrito.

–Sí... pero...

–Preséntame al político, por favor –Josefina puso sus manos como en una plegaria–. Ayúdame y yo le contaré de qué se trata esta beca, le hablaré de mí, de mi familia. La carta de recomendación de una persona que podría ser el alcalde de un distrito importante puede ayudarme mucho, Leo, por favor, por favor, por favor.

Él sonrió al ver a Josefina tan feliz e ilusionada.

Era tan distinta a la que había conocido meses atrás...

Sus ojos achinados repletos de luz, la sonrisa que amenazaba con desbordarse del rostro y la fuerza de sus gestos lo atraparon.

La miró de frente, le tomó de las manos y quiso decirle que haría todo, todo para que ella continuara sonriendo así. Se estremeció y quiso confesarle que llevaba días y noches pensando en ella, repitiendo su nombre en silencio una y otra vez, intentando comprender qué rayos le estaba ocurriendo con ella. Al verla ahí, tan contenta, sintió que el cuerpo le enviaba una señal... ¡*touché!* Estaba tocado, tenía que reconocer que Josefina le importaba. Mucho. Y que ser su amigo cada vez era más difícil, porque un impulso incontenible le hacía imaginar que tal vez... quizá... las cosas entre ellos dos podrían ir a más.

Ella lo abrazó con fuerza y por primera vez en mucho tiempo sintió que el muro que la separaba del mundo se rompía. Le habría gustado quedarse en esos brazos por mucho tiempo, hasta que esa barrera terminara de desplomarse.

Él la apretó con sus brazos y al oído le susurró: «No sé qué me está pasando contigo...».

Y casi sin pensarlo los labios de él se encontraron con los de ella.

CAPÍTULO XXVIII

Cuando volvieron a clases después del recreo hubo miradas y risitas alrededor de ellos, de seguro alguien los había visto y la noticia había volado. Bruna parecía especialmente feliz o eso era lo que sus gestos exagerados querían transmitir para –quizá– disfrazar su fastidio.

Josefina y Leo, avergonzados porque no sabían manejar ese protagonismo incómodo, trataron de no llamar la atención. De una manera tácita, con solo una mirada, se dijeron que ya lo hablarían más adelante, con calma y sin público.

–Si quieres podemos ir esta misma tarde a casa. Creo que mi papá ha terminado de leer ya

los textos que le dejaste, le pedimos juntos que te ayude con la carta, y aprovechamos para que conozcas al candidato. Dos pájaros de un tiro.

Al salir del colegio, Leo intentó tomar de la mano a Josefina, trató de decirle algo, pero otra vez se sintió torpe y tuvo miedo de dar un paso equivocado que lo arruinara todo.

También ella estaba nerviosa. Eran demasiadas emociones juntas, por eso miró a Leo y le confesó:

—Siento que mi vida se ha puesto patas arriba en tan solo unas horas y, no sé, no estoy acostumbrada a tantas cosas buenas.

—No quiero agobiarte, Josefina.

—¡No lo haces, Leo! Me gusta estar contigo. Y créeme que esto que acabo de decirte, no se lo había dicho jamás a nadie. Porque siempre me pareció que mi soledad era más bonita que cualquier compañía.

—¿Hablares de lo que pasó hoy?

Josefina sonrió y emocionada le dijo:

—Sí, sí, hablaremos mañana o pasado. Ahora solo te pido que me ayudes... Siento que todo mi futuro depende de lo que ocurra esta tarde en tu casa.

—Todo irá bien.

—Sí, Leo, lo sé.

Cerca de las cuatro de la tarde entraron por la cocina y escucharon voces en el salón.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Leo— Debe haber comida en el horno.

–No, no. No quiero nada. Estoy muy nerviosa. Tengo el estómago como si acabara de comerme un guiso de corazones de pollo. Mira cómo me tiemblan las manos. Mejor entremos ya. ¿Llegó el señor que quiere ser alcalde?

–Sí, está aquí, con sus asesores y con su hijo. Tranquila, relájate... vamos.

Josefina y Leo entraron al salón y se hizo un silencio.

–Hola, papá, perdón por la interrupción, te había dicho lo de mi amiga Josefina, ¿lo recuerdas?

Norberto se levantó muy atento y la saludó con un beso en la mejilla.

–Qué tal, Josefina, qué bueno verte de nuevo. Ya he leído tus textos. Muy interesantes ¿eh? Hay mucho talento. Ven que te voy a presentar al futuro alcalde del distrito y a sus asesores.

Josefina sonrió nerviosa, estaba pálida, miró a su alrededor y entonces sintió algo como un cortocircuito, una descarga eléctrica que le partía el corazón.

Pensó que las piernas le traicionarían y que en cualquier momento se desplomaría.

–Te presento al futuro alcalde del distrito, el señor Arturo Pozo, a sus asesores y a su hijo Trinche.

Su hijo Trinche.

Su hijo Trinche.

Las voces a su alrededor se volvieron confusas, como si todos estuvieran dentro del agua. Josefina se sujetó del brazo de Leo y quiso salir corriendo, pero sus piernas no respondían. Varias manos apretaron la suya y desde fuera le disparaban miradas y sonrisas en cámara lenta.

Sintió que la cabeza le daba vueltas. El alma arañada en cada apretón de manos.

Los monstruos estaban ahí, las pesadillas se habían encarnado y ella recordó el rostro de su hermana, rostro bondadoso y confiado: Pobre Trinche, su padre ha venido a un evento de la municipalidad. Pobre Trinche, está aburrido. Pobre Trinche, le he dicho que podríamos vernos más tarde en la cafetería para comer *sushi*.

Vio al candidato y recordó sus palabras en los medios: «La señorita Analuisa A., afectada por las drogas...», «es una acosadora...», «busca fama y notoriedad...», «es una buscona... », «mi hijo es la víctima...».

Y aunque lo único que quiso en ese momento fue salir corriendo, Josefina se contuvo.

—¿Estás bien? —le preguntó Leo preocupado—, estás temblando.

Norberto soltó una carcajada y agregó:

—Claro que está bien, Leo, no todos los días se conoce a un futuro alcalde y, quién sabe, al futuro presidente del país.

Todos rieron y, en ese instante, una pequeña luz en la cabeza de Josefina creció hasta hacerse insoportable y ella lo vio todo claro: supo que no huiría.

Demandó a su cuerpo y a su mente que la sostuvieran, y la reconstruyeran en esos segundos.

Tenía delante de sí a los responsables de la tragedia de su hermana, el violador y el padre que pagó para desacreditarla y cubrir el daño con olvido. El sujeto que demolió los cimientos de su familia.

La justicia a veces tarda, se enreda en laberintos absurdos, toma las direcciones más insólitas, pero un día golpea la puerta correcta y anuncia que ha llegado. Y Josefina, a punto de desfallecer, lo supo.

Sin esperarlo, la oportunidad de enderezar la historia estaba delante de ella.

Intentó recomponerse, volteó, miró a Trinche sin pestañear y haciendo acopio de toda su fuerza le sonrió. «Encantada de conocerte», y le dio un beso en la mejilla.

CAPÍTULO XXIX

Lloró toda la noche abrazando el portarretratos. Lloró hasta que se vació y no le quedaron fuerzas.

Miró su mano, aquella con la que había estrechado la de Arturo Pozo, y sintió un asco y un dolor infinitos. Se restregó los labios con una toalla, como si con eso pudiera borrar la sensación de cercanía de quien había ultrajado a su hermana.

Esa noche con la ventana abierta y el viento que soplaba nervioso, Josefina le prometió a Analuisa:

«No sé cómo, pero te juro que conseguiré que confiese lo que te hizo y con las pruebas en la mano haré que la justicia se encargue de él».

Si la vida con sus extraños laberintos la había llevado al reencuentro con el malo del cuento, Josefina no rehuiría al desafío: lo condenaría. Recordó el cuento que con Analuís leían cuando eran niñas, aquel en que un flautista con el sonido mágico de su instrumento conducía a las ratas que habían infestado el pueblo, directo al despeñadero. Miró el portarretratos de su hermana y, secándose las lágrimas, le prometió: «Cambiamos el final de nuestro cuento, llevaremos a las ratas al destino que se merecen».

Leo la llamó y le escribió varios mensajes, pero no obtuvo respuesta. Se había quedado preocupado por su reacción y no entendía qué había ocurrido. Había llegado tan ilusionada y cuando su padre la presentó a todos en el salón de su casa, Josefina pareció entrar en *shock*. Leo llegó a pensar que se desvanecería. Sin embargo, a los pocos minutos la vio acercarse a Trinche y se puso a charlar animadamente con él. Después la perdió de vista porque Norberto aprovechó que su hijo estaba ahí, de pie, sin hacer nada para pedirle que fuera a la cocina a buscar unas bebidas y algo para picar. No pasaron más de diez minutos y cuando volvió al salón, Josefina ya no estaba. Se había ido y, al parecer, Trinche la había acompañado.

—Dijo que tenía prisa, había olvidado que tenía el cumpleaños de su abuela.—le explicó Norberto—, Trinche la acompañó a la parada del autobús, me pidió que te avisara.

Al día siguiente al llegar al colegio Leo la interceptó:

-¿Estás bien? Te llamé, te envié mensajes y no me contestaste.

-Lo siento, Leo, me quedé sin batería y no me da cuenta.

-¿Has llorado? Tienes los ojos hinchados.

-No, no he llorado... conjuntivitis. Me he puesto unas gotas, ya se me pasará.

-¿Puedes explicarme lo que te pasó ayer? Todo fue muy raro.

-Nada, Leo, no pasó nada. Tenía el cumpleaños de mi abuela, se me había olvidado, perdona no alcancé a despedirme.

-No me refiero a eso, Josefina, sino a tu actitud.

-Nada, ¡nada! -respondió exasperada-, solo que me impresionó conocer al candidato. Lo he visto antes en la tele, nunca había tenido tan cerca a una persona famosa, no sé... quizá tú estás más familiarizado, pero para mí es extraño. Me puse nerviosa eso es todo.

Leo quiso abrazarla, pero ella se separó.

-¿Ocurre algo, Josefina?

-No.

-Pero es que te noto extraña. ¿Hice algo? ¿Dije algo?

-No, Leo, todo está bien.

En ese momento el Gordo apareció y los interrumpió:

-Qué bueno que los encuentro a los dos juntos. Quería avisarles que en dos semanas es mi cumpleaños y habrá fiesta. Los dieciocho hay que celebrarlos a lo grande ¿no?

-¡Qué bien! -dijo Leo- ¿Nos estás invitando?

-No, solo les informo para que se mueran de ganas de asistir. ¡Claro que les estoy invitando, qué cosas dices,

Leo! Tomen nota, será el sábado diecinueve a partir de las diez de la noche en la discoteca Zuluah.

—¿Discoteca? ¿Y cómo se supone que vamos a entrar los que aún no hemos cumplido dieciocho?

—¡Como has entrado hasta hoy, Leo! Con el documento de algún primo o algún vecino, no te hagas el difícil.

—Eso ya no funciona, Gordo, el único primo que tengo, Antonio, se ha dejado barba de náufrago y en la foto parece de treinta. No me dejarán pasar.

—¿Y no tienes alguna prima con menos barba que se parezca a ti? Puedes entrar diciendo que te llamas Lili.

—Qué difícil nos lo pones siempre, ¿eh? El año anterior por tu cumpleaños se te ocurrió lo de la barbacoa en la montaña y nos cayó una tormenta feroz.

—Pero lo pasamos muy bien, ¿no? Bueno, no se asusten... La verdad es que la discoteca Zuluah es de mi primo Manolo y la cerrará ese día para celebrar mi cumpleaños y el suyo. Será una fiesta privada solo para invitados, la policía no puede armar bronca. ¿Se puede tener más nivel? ¡Fiesta pri-va-da! Josefina te espero, ¿eh?

—Gracias, Gordo —respondió ella y con cierta incomodidad agregó—: ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Puedo llevar a un amigo?

El Gordo sonrió pensando que se trataba de una broma. Él mismo los había visto, a Leo y a ella, besarse en el recreo.

—¿El amigo al que quieres llevar se llama Leo?

Hubo risas de los dos.

—No —dijo Josefina muy seria—, se llama Trinche.

Leo y el Gordo cruzaron miradas de asombro.

–Bueno, sí, claro que sí, solo pásame su nombre para ponerlo en la lista –dijo el Gordo sorprendido.

–Gracias –respondió ella avergonzada y tratando de disimular su incomodidad se alejó.

Leo se quedó pasmado. No entendía nada.

Ambos la miraron partir y entonces el Gordo le dio unas palmadas en la espalda a su amigo, y le dijo:

–Es posible que haya un concurso de «mala suerte en el amor». Si lo hay, inscríbete, tienes serias posibilidades de llegar al podio. Lo siento.

CAPÍTULO XXX

Leo, enfadado y descompuesto, la buscó en el recreo, se enfrentó a ella y le dijo:

—¡Creí que teníamos algo!

—Leo, no hagas esto, por favor.

—Sé que no estoy equivocado, Josefina, cuando te besé yo sentí que tú querías lo mismo que yo. Dime qué pasa, no entiendo nada, me siento como un imbécil.

—No sigas por ahí, Leo, te lo pido.

—Sí, Josefina, claro que sigo porque no entiendo nada. Apenas has saludado a ese tonto, mediocre de Trinche, y ahora decides que quieres invitarlo a la fiesta del Gordo. ¡Qué es eso! Si

tenías una lista con las diez formas para humillarme, te felicito encontraste la peor de todas.

Ella lo miró y sintió ganas de abrazarlo, de decirle todo lo que estaba bullendo en su alma, de pedirle ayuda para no cargar sola con la roca que se había puesto en la espalda. Pero no lo haría. Porque Leo era inocente y no merecía que lo pusiera en riesgo. Porque era ella, y solo ella, quien debería enfrentarse al monstruo del cuento.

–Leo, tú eres lo mejor que me ha pasado...

–¡No me vengas con eso, Josefina! No con ese discurso, por favor. No soporto el no eres tú, soy yo. ¡Es muy desagradable!

–Es que no sé cómo explicarte, Leo, ¡es muy difícil para mí!

–Al menos sé honesta, Josefina, como un día lo fue Bruna. Ella sí tuvo el coraje para decirme que no quería nada conmigo.

A Josefina le dolió la comparación, pero no pudo rebatirla. Permaneció en silencio.

Él la miró y pasó de la rabia a la tristeza:

–Llevas meses mostrándome a una persona especial, sin dobleces y ahora todo eso se viene abajo y no te reconozco. No sé quién eres. No sé si hay algo de ti que sea sincero.

–No digas eso, por favor...

–Yo puedo entender que no quieras nada conmigo, no soy un idiota, sé que puedes no sentir lo mismo que yo. Pero no me cuadra que un día seas una y al día siguiente otra muy distinta. No quiero quedarme con la sensación de que me mentiste. Dime la verdad y te prometo que te dejaré en paz.

Josefina se levantó, sintió que no podía contener las lágrimas y se puso de espaldas a Leo. Las secó con la manga de la blusa y entonces se dio cuenta de que él tocaba su mano.

—¿Un Salvavidas? —le preguntó—. Yo, al menos, necesito uno.

Josefina se volvió a sentar a su lado y sintió el impulso de contárselo todo, de pedirle ayuda para desenmascarar a Trinche.

Pero desistió. No podía convertirlo en su cómplice porque él mismo iba a ser una víctima indirecta si Josefina lograba su objetivo. El padre de Leo, Norberto, llevaba meses trabajando en la campaña del candidato y si Josefina lograba denunciar a Trinche con las pruebas suficientes, terminaría acusando también al candidato Arturo Pozo, y Norberto perdería todo el esfuerzo de meses.

No podía involucrar a Leo porque, de hacerlo, estaría enfrentándolo a su propio padre.

—Por más que trato de entender, Josefina, no lo consigo. Tú no puedes estar interesada en Trinche, por favor. Tú y él están a millones de años luz, y no me refiero solo a la edad, él debe tener veinticinco o por ahí, hablo de que no puedo imaginar alguien más lejano a ti que él. Lo conozco, Josefina, lo conozco desde hace mucho tiempo y sé por qué te lo digo. Tú no puedes elegirlo a él.

El timbre que anunciaba que debían volver a clases sonó, Josefina bajó la mirada y dijo:

—Lo siento, Leo. Ya lo elegí.

Y con los ojos llenos de lágrimas se marchó.

CAPÍTULO XXXI

Los días siguientes se contagiaron del aire enrarecido por la tristeza de ambos.

Leo no se cambió de sitio por evitarse a sí mismo un papel lamentable ante el resto de compañeros. Seguía junto a Josefina, pero sus codos ya no se tocaban.

La miraba y aunque quería odiarla un poquito, no le salía. Quizá por eso una mañana llegó y le entregó un sobre.

-Te lo envía mi padre. Es su carta de recomendación para tu beca. Supongo que la otra carta, la del candidato, se la pedirás a tu amigo Trinche. Mi padre ha dicho que cuando quieras

pases por casa para que hablen de tus textos. Le han gustado mucho, dice que tienes buena madera. Yo también los leí, te pido disculpas por eso.

—¿Te gustaron?

—Mucho. Ojalá te den esa beca.

—¿Quieres que me vaya?

—Eso es lo que tú quieres, ¿no? Entonces te deseo suerte.

Josefina abrió el sobre, leyó la carta y dijo:

—Por favor, dale las gracias también a tu padre, es un tipo genial. No sabes lo afortunado que eres.

Leo la miró y sintió que Josefina era una extraña que no imaginaba ni lo más elemental de su vida. No pudo contenerse y le contestó:

—No es genial, maltrata a mi madre desde hace años. Una vez lo denuncié en una comisaría. Es vanidoso, egoísta, pero es mi padre... Cada uno tiene sus batallas personales, Josefina. Ahora ya lo sabes. Detrás de un escritor no siempre hay un ser sensible y feliz, a veces pasa que te encuentras a un cínico.

Josefina se quedó perpleja. No supo qué decir y sintió que en esas palabras finales había un reproche para ella.

—Leo, lo siento... yo no...

Pero Leo se levantó sin darle la mínima oportunidad de agregar nada más y fue a charlar con el Gordo.

En las dos semanas siguientes, Josefina vio a Trinche casi a diario al salir del colegio e hizo esfuerzos sobrehumanos para estar cerca de él, para poder hablar con él y reírle los chistes malos.

—¿Sabes? Tu cara me resulta conocida, pero no sé de dónde —le dijo una tarde Trinche.

Josefina, que cada vez iba asemejándose más y más a su hermana, se puso nerviosa y le cambió de tema:

—Una vez soñé que tenía una hermana gemela idéntica. Debe ser muy divertido tener alguien igual a ti, ¿no crees?

—Sí, me gustaría que hubiera otro Trinche que hiciera las cosas que a mí no me gustan.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

Él se quedó pensando y contestó:

—No sé.

Trinche, que físicamente había cambiado muy poco del que Josefina recordaba junto a la piscina del hotel, se había convertido en la sombra de su padre, en un tipo sin luces y con una afición extrema a exhibir todas las marcas de moda. La universidad de un compadre del candidato le había favorecido con un título de regalo: Diseñador de páginas web, aunque en realidad las únicas páginas que visitaba con frecuencia eran las de apuestas y las de citas a ciegas.

Josefina logró que él se interesara en ella de la manera más fácil: le hizo creer que era guapo e inteligente. El ego no falla. Se inflama y se regodea en las zalamerías.

Cada tarde Josefina mentía a sus padres que estaba trabajando un proyecto en casa de una amiga, y quedaba con Trinche en una plaza en la que había cines, cafeterías y pequeñas tiendas coloridas. En una ocasión en que él le preguntó por su familia ella inventó una vida: «Tengo dos hermanos menores, mis padres están

divorciados y me llevo fatal con ellos... ya sabes, dicen que soy rebelde y yo les digo que son unos aburridos».

Él intentaba acercarse, tomarle de la mano, pero Josefina lo esquivaba y le decía que ya llegaría el momento.

—¿Cuándo? ¿Cuándo llegará el momento?—le preguntó una tarde Trinche—. Me gustas mucho y creo que ya va siendo hora de que pasemos al siguiente nivel, ¿no?

—Paciencia, Trinche, no hay nada más excitante que saber esperar. Te aseguro que no te arrepentirás. Mañana hay una fiesta, en la discoteca Zuluah, si tú quieres nos vemos ahí a las diez, tendrán tu nombre en la puerta, podemos estar ahí un rato y después nos vamos juntos a otro lugar, tengo permiso hasta las dos.

—De acuerdo —dijo él con su risa de encías excesivas—, mañana nos veremos en Zuluah, y después...

Tras despedirse, Josefina caminó rumbo a casa, triste y asqueada. Entró al Parque del Norte, se sentó con las piernas cruzadas frente a la laguna y, agotada, se quedó mirando el agua por unos minutos. No sabía si necesitaba pensar o detener su cabeza para que no pensara más. Recordó a Leo y se sintió inmensamente triste.

Cerró sus ojos.

No lo hagas, creyó escuchar al viento.

«¡Tengo que hacerlo, Analuisa! ¡No me digas eso ahora! Cuando escribo un cuento siento que la parte más difícil es encontrar el final adecuado, y mientras no lo haga me parece que los personajes me miran y me interpelan todo el tiempo: ¿y ahora?, ¿qué más quieres de nosotros?, ¿qué estamos haciendo aquí?, ¿hasta cuán-

do? Esas son las preguntas que me he hecho desde que te fuiste. Al principio estaba pequeña y nadie quiso contarme detalles. Pero no soy tonta... fui armando poquito a poquito tu tragedia y un día encontré una copia de los interrogatorios que te hicieron en la comisaría: “¿Alguna vez le han dicho que va de *mosquita muerta*?”.

Tengo vivas tus lágrimas, tu beso de despedida, tu canción. Tú me enseñaste a cruzar las avenidas, Analuisa, “mira para un lado, ahora mira para el otro, siempre por el cruce de peatones”. Sé que no fue el camión, sé que fuiste tú, que decidiste volar antes de que acabaran contigo. Así es que no me pidas que no lo haga, porque te lo debo. Porque se lo debo a mamá que tiene la piel de las manos destruida de tanto fregar. ¿Te conté que un día veíamos juntas un programa de televisión? Era sobre un derrame de petróleo cerca de la orilla del mar. Todo negro, Analuisa, la arena, el agua, las rocas, y entre todo ese horror, un pelícano como un enorme murciélago moribundo, intentaba sin fuerzas y sin éxito mover sus pesadas alas manchadas de negro. Mamá se puso a llorar y supe que se sentía así, que el mundo para ella era esa mancha oscura de la que no podía librarse. Se lo debo también a papá que contigo perdió la alegría. Ya sabes que yo siempre he sido la cascarrabias de la familia, y no sé hacerle reír como lo hacías tú. Papá se ha hecho pequeñito, Analuisa, ya no es ese señor grandulón que te cargaba a ti en un brazo y a mí en otro...».

El viento sopló y el agua de la laguna voló hasta el rostro de Josefina.

«Me lo debo a mí, Analuisa –y las lágrimas comenzaron a salir–, que era muy chica cuando te fuiste, que no

María Fernanda Heredia

te acompañé aquella noche a la cafetería con el Trinche, y que, de haber estado ahí, podría haber cambiado esta historia. Déjame que lo haga ahora y que sea la guardaespaldas de tu memoria».

CAPÍTULO XXXII

El día de la fiesta del Gordo, Josefina se puso una blusa blanca que tenía un bolsillo en el lado derecho. El tamaño era el perfecto, en él cabía su teléfono celular y dejaba al descubierto el espacio justo para el lente de la cámara.

Lo tenía todo planificado.

Se sentaría frente a Trinche con una distancia suficiente para que el micrófono del teléfono captara su voz, y lo grabaría en un video.

La única dificultad, que no era menor, estaba en cómo conseguir que él confesara, que él dijera exactamente lo que Josefina necesitaba que dijese para que ese video sirviera como prueba y

así poder reabrir el caso de violación. Ella lo había visto en las películas, incluso en los noticieros, cuando gracias a un video se había podido acusar a maltratadores, policías que recibían coimas e incluso a algún presidente.

Las horas pasaron y ella estaba cada vez más nerviosa. Su padre le dijo:

–Yo te llevo a la fiesta y a las dos en punto te recojo.

–No es necesario, papá, puedo regresar con alguien.

–¡Ni pensarlo, Josefina! Si no es así, no hay trato. Tienes diecisiete y aunque creas que te las sabes todas, sigues siendo una niña.

–¡Es increíble! Casi puedo elegir presidente, el Estado me ve como a una adulta y para ti sigo siendo una niñita de guardería.

–Para el Estado todos somos números, votos. Tú eres mi hija y me importas más que nadie, te recojo a las dos. Y punto.

Durante toda la tarde estuvo nerviosa en su habitación. Solo salió un momento a pasear a General MacArthur y mientras caminaba pensó en Leo.

Habría dado lo que fuera por entrar en su cabeza, y saber qué pensaba de ella... aunque en realidad lo que más ansiaba era saber si algún día le perdonaría.

«Un día te lo contaré todo, Leo –dijo en voz baja–, ojalá entonces quieras escucharme y puedas entenderme».

A las diez en punto llegó a Zuluah, quiso ser puntual para hacerse una idea del lugar. Una discoteca es siempre un lugar ruidoso y eso dificultaría el audio que ella debía grabar. Por eso necesitaba localizar

el sitio adecuado, quizá una zona más distante de la pista.

Al rato vio a algunos de sus compañeros y los saludó de lejos. El Gordo estaba vestido todo de negro, con una camiseta que llevaba un mensaje estampado: "dieciocho años, ahora puedo hacer legalmente todo lo que hago desde los quince".

Había gente un poco mayor, eran los invitados del primo del Gordo que cumplía veinticinco y el lugar comenzó a llenarse.

De pronto, Josefina vio a Leo. Él estaba sentado en la barra, con una cerveza en la mano, y la estaba mirando. Josefina levantó su mano para saludarlo y él respondió al saludo alzando levemente la botella. No hubo sonrisa. Su perfecta ortodoncia de cuatro años, esa noche estaba oculta.

Miró el reloj, eran las once y Trinche no llegaba. Temió que se echara para atrás y que su plan fracasara. Bruna y Kevin bailaban en la pista un *mix* interminable de música *techno-trance*. El águila debajo del ombligo de Bruna saltaba y se movía irrefrenable. El humo y las luces intermitentes se habían encargado de crear el ambiente de otro mundo en el que todos se sentían.

Pasadas las doce y harta de dar vueltas sola por el lugar, Josefina se dio cuenta de que Trinche no llegaría y no supo si sentir alivio o decepción. Todo su plan se desvanecía. Se acercó a la barra con la intención de hablar con Leo, pero él no le dijo ni una palabra.

—¿Estás bien? —le preguntó ella y se sintió como una tonta, preguntado algo tan inapropiado.

Él levantó la botella vacía de cerveza, la dio vuelta hasta ponerla de cabeza y respondió:

—Estoy así.

El *bartender* se acercó y le preguntó si le servía otra, Leo contestó que sí. Después miró a Josefina y le preguntó si quería algo. Ella le respondió que un té helado. Él sonrió y le propuso: «Tengo unos cocteles sin alcohol que te pueden gustar, ¿quieres probar?», y cuando ella le iba a decir que no, sintió dos manos que le tomaban de la cintura y un susurro pastoso en su oído: «¡Hola, guapa!». Volteó y era él. Había llegado.

De un tirón Trinche la condujo a la pista de baile y Leo la miró con rabia y tristeza. Estaba tan linda, con el cabello oscuro suelto derramándose por su espalda. Levantó la botella de cerveza y se la bebió en tres tragos.

En medio de esa música que taladraba sus sentidos, Josefina se dejó llevar. El único pensamiento que vino a su cabeza fue: *Llegó el momento, Analuisa.*

CAPÍTULO XXXIII

Mientras Trinche iba a la barra por unas bebidas, Josefina acomodó el celular en el bolsillo de su blusa, lista para accionar el botón que diera inicio a la grabación.

El lugar que ella había elegido era uno de los cubículos de forma semicircular que rodeaban la pista. Era el que se encontraba más distante de los altavoces.

Al rato, Trinche volvió con dos copas. Josefina le sonrió y por un instante sintió miedo. Miró esa copa con una bebida de colores y no pudo evitar que la memoria la condujese a su hermana y a esa noche en que no debió confiar,

pero lo hizo, y aquella bebida exótica fue el principio del fin.

Se sentó muy cerca de él, cruzando los dedos para que la cámara estuviera apuntando al lugar preciso y entonces ella le dijo:

—¿Qué es?

—Bueno, un coctel, algo suave, no tienes por qué preocuparte. Algo para que nos vayamos relajando.

Desde lejos, al ver a Josefina sentada tan cerca de Trinche, Leo desistió y pensó que ya había tenido suficiente. Se levantó de la barra dispuesto a marcharse, pero alguien se cruzó en su camino.

—¿Te vas, Leíto?

—Sí —dijo él sin dar explicaciones.

—No seas aburrido, quédate un rato más, apenas va a ser la una.

—¿Y Kevin? ¿Dónde está?

—Ahí, despatarrado —y le señaló una de las mesas en las que se veía a una persona dormida—, se las da de experto en desmadres y con dos tragos ha caído.

Bruna se acercó a Leo y le dijo:

—¿A ti también te han dejado solo? Qué mal nos va en el amor, ¿no? Pensé que Josefina y tú andaban juntos, pero ahora la veo acompañada de ese... señor.

—Me voy, Bruna.

—No, espera, no seas antipático. Vamos a bailar.

—No quiero bailar, lo siento.

—Está bien, está bien, solo dime algo...

—¿Qué quieres?

Ella lo miró como si buscara leer en sus ojos y le preguntó:

—¿De verdad te enamoraste de ella?

Leo no entendió qué pretendía. No supo si lo que Bruna estaba buscando era reírse de él o que alimentara su ego y le dijera que no se había enamorado de nadie más, que ella seguía siendo su único amor, que no la había olvidado, que...

—¿Qué quieres, Bruna?

—Saber quién eres, Leito, y una de las formas de conocer a la gente es según de quién se enamoran. Ya sabes el refrán: «Dime con quién andas...».

—Y según eso, Bruna —y Leo miró a Kevin que dormía como un bulto muerto—, ¿quién serías tú?

—¡No estoy hablando de mí!

Leo la miró, esos ojos, ese hoyuelo en la mejilla, esa nariz manchada con pecas, esos labios perforados con un *piercing*. La miró y le dijo:

—Sí. Me enamoré de ella.

Bruna no pudo controlar una mueca de disgusto, casi mecánicamente miró su reloj y dijo:

—Bueno, creo que yo también me voy. Iba a regresar a casa con Kevin, pero se ha quedado dormido, ¿me prestas tu teléfono? Llamaré a mi hermano para que me recoja. Él también salió de rumba.

Leo sacó su teléfono, se lo entregó y le dijo:

—Voy al baño, ahora regreso. No te lleves mi teléfono, por favor.

Leo se alejó y Bruna hizo la llamada. Después de eso, se le ocurrió dar una mirada a sus mensajes recientes,

pero todos estaban vacíos salvo el del grupo de chat de la clase, aquel que compartían entre alumnos, maestros y la directora. Tenía cuatrocientos ochenta y cinco mensajes sin leer. No era de extrañar, Leo era una especie de bicho raro que odiaba la hiperconexión. En realidad ninguno de los compañeros prestaba demasiada atención a ese chat que, al ser compartido con profesores, padres y autoridades, estaba lleno de información formal y aburrida. Entró al buscador de internet y en el historial encontró el video *High School Fight!!!*, iba a ignorarlo, pero en vista de que Leo no regresaba lo abrió.

La sorpresa que se llevó la dejó pasmada. Volteó a mirar en dirección al baño de hombres y vio que Leo caminaba en dirección a ella. Bruna movió sus dedos con agilidad y segundos después los sesenta y ocho teléfonos de los miembros del grupo recibirían una notificación: «Leo ha compartido un video».

—¿Hiciste la llamada? —le preguntó él guardando el teléfono en su bolsillo.

—Sí, Leo, gracias. Esperaré a mi hermano afuera, adiós.

Antes de marcharse, Leo volteó y miró de lejos a Josefina. Trinche y ella estaban muy cerca el uno del otro, ella se veía nerviosa y él apoyaba su brazo en el respaldo del asiento. Con un mínimo movimiento le tocaría el hombro y si se inclinara un poco, quizá lograría besarla.

«Bueno, me ahorro el espectáculo. ¡Me largo!», se dijo a sí mismo.

CAPÍTULO XXXIV

Llevaban más de una hora en Zuluah y Trinche se percató de que Josefina estaba algo nerviosa.

—¿Te pasa algo?

—No, nada. Es que hay mucho ruido aquí y es demasiado oscuro.

—Él soltó una carcajada.

—¡Es una discoteca, no una matiné infantil! Pero si prefieres podemos irnos ya.

—Josefina vio la hora, era la una y quince, tenía que darse prisa porque su padre llegaría puntual a recogerla. Trinche se acercó aún más, tanto que ella podía sentir su aliento a alcohol y el olor intenso de su colonia. Él continuó:

–Había pensado en llevarte a otro lugar más tranquilo. Un lugar donde podamos estar a solas, ¿qué te parece? –al decirlo, acercó sus labios y le dio un beso cerca de la oreja, su brazo le rozó el hombro.

Josefina dio un respingo, su cuerpo se estremeció de repugnancia. El animal que había abusado de su hermana siete años atrás estaba entrando en su espacio. La estaba rondando. Se puso en guardia y, aunque le temblaban las manos, agarró el teléfono que estaba sobre la mesa, presionó el botón para activar el video y lo colocó en el bolsillo de la blusa. El momento había llegado.

Él siguió acercándose y ella echó su cuerpo hacia atrás.

–¿A dónde vas a llevarme? –le preguntó-. ¿A un hotel?

–No lo había pensado, pero si tú estás dispuesta...

–Quizá podríamos ir al Hotel Condado –dijo ella temblando–, ¿lo conoces?

Trinche se apartó sintiéndose inesperadamente incómodo, movió su cabeza, y dijo:

–No. No sé cuál es el Hotel Condado.

–¿Estás seguro? ¿Nunca has estado ahí?

–¡Ya te dije que no! No conozco ese hotel.

Josefina tomó aire, y con el corazón latiendo a mil por hora le dijo:

–Tengo que decirte algo. Hace unos años, cuando yo era solo una niña...

–Sigues siendo una niña –interrumpió Trinche–, una niña que me gusta mucho.

Y repentinamente se abalanzó sobre ella y la besó. Josefina lo empujó mientras le gritaba que la soltara, pero Trinche era un hombre grande y más fuerte que

ella. «¡Déjame! ¡No me toques!», le gritaba, mientras que él, agotado por el juego de seducción que no tenía fin, le decía: «¡Pero si esto era lo que estabas buscando! No te hagas la inocente».

Cuando al fin logró quitárselo de encima recuperó el teléfono que había caído durante el forcejeo y se dio cuenta de que no había grabado nada.

Josefina lo miró con todo el odio que había conocido en su vida y sin poder contener las lágrimas le dijo:

—Me llamo Josefina Abelán, ¿mi apellido te suena de algo, miserable? Hace siete años violaste a mi hermana, hace siete años tu padre pagó a la justicia para librarte de la cárcel y acusarla a ella.

Trinche se levantó como un huracán.

—¡Estás loca! ¡No sabes quién soy! ¡Eres una zorra disfrazada de mosquita muerta! No conozco a tu hermana, pero me imagino que debe ser igual a ti.

—¡Te odio! ¡Te odio con todas mis fuerzas, eres el ser más despreciable y tu presencia me repugna! Por tu culpa ella murió —le gritó en la cara.

En ese momento apareció por ahí el Gordo, que de lejos había percibido la discusión.

—¿Está todo bien? —preguntó.

Trinche sonrió, se acercó a Josefina y con sus habituales formas torpes y bruscas le dio un beso en la mejilla.

—¡Todo bien, cumpleañosero! Una pequeña pelea de novios... pero todo está superado, ¿verdad, princesa?

—¿Estás bien, Josefina? —preguntó el Gordo.

Y ella, que no quería arruinar la fiesta de su compañero, agotada contestó:

—Sí, perdona.

Josefina agarró su bolso lista para marcharse. No podía soportar un segundo más junto a Trinche. Su plan había fracasado, se limpió los labios con el brazo y sintió que no podría contener el llanto.

Entonces, él le dijo en voz bajita y con los ojos desorbitados: «Claro que la recuerdo... estuvo muy bien esa noche. Pero está mucho mejor donde está ahora».

Josefina regresó. Sintió que la música se detenía, que la gente del Zuluah quedaba congelada y que el único sonido que la acompañaba era el del viento. Lentamente se acercó a donde estaba Trinche y con toda la fuerza del dolor acumulado en años le lanzó una trompada que le movió dos milímetros el tabique nasal.

Dio media vuelta, caminó hacia la puerta, la cruzó y al salir el frío la golpeó. Vio el reloj, faltaban cinco minutos para las dos de la madrugada.

Avanzó unos cuantos metros hasta un callejón, se apoyó en la pared y sintió una arcada incontenible.

Vomitó la vida. Vomitó la rabia y la impotencia. Y lo único que repetía entre vómito y lágrimas era: «Fracasé, Analuisa, perdón... perdón».

Entonces sintió unas manos que la sujetaban en la oscuridad. Asustada, pensando que se trataba de Trinche, se incorporó con violencia y vio a Leo.

—¿Qué te pasa, Josefina?

Se dejó caer, casi de rodillas con él. Y lloró como nunca antes.

CAPÍTULO XXXV

Leo había decidido regresar al Zuluah porque tenía un mal presentimiento y gracias a eso encontró a Josefina. En apenas unos minutos ella intentó explicarle todo lo que jamás había compartido con nadie. De su voz entrecortada y de sus lágrimas fue surgiendo una historia:

—Trinche... violó a mi hermana. Su padre... pagó jueces... y testigos falsos. Las pruebas desaparecieron misteriosamente y... la acusaron a ella. Analuisa... no lo soportó y se quitó del medio, Leo,... mi hermana escapó de la vida porque el dolor era más grande que sus fuerzas.

–¡¡Y qué hacías con él!!! –preguntó Leo, temblando de la impresión, sin salir del asombro–. ¿Por qué lo buscaste?

–¡No lo busqué, Leo! ¡Lo reconocí en tu casa hace unas semanas! Y hoy quería... quería grabar un video. Qué estúpida soy... como en las películas. Lo preparé durante semanas, intentaría que él confesara y con esa prueba iría de nuevo ante el juez para reabrir el caso de Analuisa. Pero no ha funcionado. Nunca hago nada bien. Perdí la única oportunidad que tenía. La perdí, la perdí...

Josefina se incorporó, acomodó su flequillo mecánicamente y entonces escuchó una llamada a su teléfono.

–¿Papá? Sí, ya estoy en la puerta, te espero.

Leo la abrazó y lo único que hizo fue repetir:

–Lo siento, lo siento tanto.

Leo volvió a entrar a la discoteca y ahí vio a Trinche junto a la barra con un tapón de servilletas en las fosas nasales para controlar la hemorragia.

Sintió tanto odio que le habría gustado tener el coraje para moverle dos milímetros más el tabique. Apretó los puños y respiró hondo. Nunca se había agarrado a trompadas con nadie... quizá esta sería la primera vez.

Desde niño Leo había aprendido la lección del «no te metas, no digas nada, deja las cosas así, no las empeores». Su madre le había enseñado a mantenerse al margen, y en los momentos de bronca su padre había encontrado todos los sinónimos para recordarle que era un débil sin arrojo.

Miró sus puños, se acercó con ímpetu, pero entonces una certeza lo hizo desistir.

No podía. Así no.

–¿Qué te ha pasado, Trinche?! ¿Necesitas ayuda?

–La tarada esa de tu amiga... toda la noche se ha portado como una buscona y cuando me acerqué para darle un beso, respondió como una pantera. Creo que me rompió la nariz.

–Vaya... eso está horrible, Trinche. Vamos, te llevo al hospital, es mejor que te atiendan pronto. Esa Josefina es... de lo peorcito que hay.

–¡Pero es tu amiga, Leo!

–¿Mi amiga? ¡Qué va! Se pegó a mí solo porque quería que la ayudara a conseguir una carta de recomendación de mi papá para una universidad. Ella solo se mueve por lo que puede conseguir de los demás. Es un bicho. No la soporto.

Trinche le entregó la llave de su auto a Leo y juntos fueron a un policlínico cercano. Tras una radiografía, el médico de guardia dijo que habría que llamar al traumatólogo de turno para que hiciera la corrección del tabique y lo escayolara.

–¿Cuánto tardará en llegar ese médico? –preguntó Trinche enfurecido.

–Al menos media hora.

–¡Pero qué clase de hospital de porquería es este! –dijo Trinche gritando–. ¿Acaso no hay siempre un reumatólogo de turno?

El médico joven meneó la cabeza, lo miró con sorna y le dijo:

–Tranquilícese, señor. El reumatólogo no puede hacer nada por su nariz, por eso hemos llamado al TRAUMAtólogo.

–¡Lo que sea! Y vaya borrando esa risita, por si no lo sabe soy Carlos Pozo, hijo de Arturo Pozo.

El joven médico evidentemente no tenía idea de quién era Arturo Pozo y ante eso contestó:

–Pues lo felicito y le recomiendo que espere con paciencia a que llegue el médico. Ya está en camino.

Leo tomó del brazo a Trinche y le dijo:

–Tranquilo, *brother*, vamos a esperar en aquella sala. Cualquier ignorante con bata blanca ahora se cree un Premio Nobel, no le hagas caso.

Avanzaron hasta una salita contigua y Leo preguntó:

–¿Quieres un café o una botella de agua? He visto una máquina por ahí.

–Café, gracias.

Leo se acercó hasta la máquina y sacó su teléfono del bolsillo. Cruzó los dedos para que la cámara funcionara y pensó en Josefina.

Al rato, con el teléfono en una mano y un vasito con café en la otra, regresó a donde estaba Trinche, cuya nariz estaba tan hinchada que parecía un salchichón.

–¿Me contarás lo que pasó con Josefina? –le preguntó Leo–. Ahora me siento mal contigo porque debí anticiparte qué clase de animal venenoso era.

Trinche lo miró y le dijo:

–¿Puedo confiar en ti, Leo?

–Claro... somos amigos.

–Es una vieja historia que yo había dado por cerrada y hoy ha reaparecido como un fantasma.

–¿De qué hablas?

–Hace unos años conocí a una chica en un hotel, me gustó, quise pasar un buen rato con ella y el asunto se me fue de las manos.

Leo miró discretamente a la pantalla de su celular que tenía apenas un quince por ciento de batería y confirmó que estaba grabando.

–Dale, te escucho...

CAPÍTULO XXXVI

A las seis de la mañana, mientras el traumatólogo escayolaba la nariz salchichón del Trinche, Leo en la salita de espera, con su mano temblorosa y un dos por ciento de batería, verificó que su anciano teléfono sí había grabado la confesión del Trinche. Lo había contado todo, paso a paso, regodeándose en las escenas más obscenas.

Leo sentía que el corazón se le salía del pecho. Lo había conseguido, sin puños, con neuronas. De inmediato marcó el número de Josefina.

—Contesta, contesta, por favor...

Un timbrazo, dos, tres, cuatro... Y cuando el teléfono de Leo vibró para anunciarle que estaba a punto de quedarse sin batería, él escuchó la voz de ella:

—¿Sí?

—¡Josefina! ¡Soy yo!

—¿Quién habla? Son las... las cinco o las seis de la mañana.

—¡Josefina soy yo, Leo!

—Leo, ¿por qué me llamas a esta hora? ¿Qué pasa?

—Escúchame bien, no quería esperar más, necesito verte, tengo el video.

—¿Qué video?

—¡¡El video Josefina!! —y mientras estaba hablando volvió a sentir la vibración del aparato que agotaba su energía, pero él continuó—: ¡Tengo la confesión de Trinche! Lo he grabado. ¡El maldito lo contó todo! ¡Lo tengo, lo tengo!

Leo miró a la pantalla del teléfono y se dio cuenta de que estaba apagada, Josefina no había alcanzado a escuchar lo más importante. Entonces se dio vuelta, dispuesto a salir en un taxi rumbo a la casa de ella, pero a cinco centímetros de distancia se encontró con Trinche que, quién sabe desde cuándo, estaba detrás de él escuchándolo todo.

Leo dio tres pasos hacia atrás dispuesto a salir corriendo, pero Trinche fue más rápido, le arrebató el teléfono y lo empujó con tal fuerza que lo derribó. Después lanzó el aparato al suelo con violencia y lo pisoteó hasta convertir la carcasa en pequeños fragmentos inservibles, recuperó la tarjeta SIM y de un mordisco la rompió

en dos pedazos que depositó en un vaso de café frío que alguien había olvidado en una mesa.

Miró con desprecio a Leo y le dijo: «Corrección: no tienes video ni cerebro, Leo».

CAPÍTULO XXXVII

El lunes por la mañana, cuando Leo llegó al colegio se encontró con el revuelo y todas las miradas apuntaban a él. Eran miradas diversas, algunas complacidas y otras reprobatorias.

Bárbara se acercó y enfadada le dijo:

—Mira, Leo, no tengo idea de por qué no funcionó tu relación con Josefina, pero lo que hiciste es muy bajo.

—¿De qué hablas? No entiendo nada.

—No te hagas el sorprendido, ¿creías que no iba a haber consecuencias? Llegó al colegio hace unos minutos y ni siquiera pudo entrar al

salón de clases porque la directora la condujo inmediatamente a su despacho.

—¡No sé de qué estás hablando, Bárbara! ¿Me puedes explicar?

Lola abrió en su teléfono el chat interno del colegio y lo puso frente a su cara:

—Esto es lo que pasa. Esto es lo que hiciste.

Cuando minutos atrás Josefina cruzó la puerta, vio que la directora se acercaba y le pedía que la acompañase a su oficina de inmediato, imaginó que los documentos que había solicitado para su beca al fin estaban listos.

Entró contenta, sintiendo que su objetivo estaba cada vez más cerca y se encontró a varias personas en la sala de reuniones.

—Lo que ha ocurrido es muy grave, Josefina —dijo la directora sin poder ocultar su preocupación—. Las personas que estamos aquí reunidas conformamos la Junta de administración del colegio y, así como tú, todos hemos recibido a través del chat oficial un video que, verdaderamente, nos ha dejado perplejos.

—No entiendo —respondió Josefina—. No he abierto desde hace algunos días ese chat.

En la pantalla de la sala de juntas apareció entonces el video de la pelea, aquella que un año atrás le había costado la expulsión del colegio anterior.

Josefina se puso pálida, abrió su teléfono, entró al chat y se dio cuenta de que la persona que lo había compartido era Leo.

–Hemos llamado al colegio y hemos confirmado que fuiste expulsada por este acto de agresión salvaje. Hemos revisado la solicitud de ingreso que firmaron tus padres y en ninguna parte mencionan este incidente. En el casillero que pregunta a los postulantes si han tenido algún problema disciplinario, tú y tus padres mintieron. Tengo al comité de padres como una olla de grillos. No se explican cómo hemos recibido a una alumna nueva con esos antecedentes de violencia. No sé si entiendes la gravedad del problema, Josefina.

–Puedo explicar...

–No, Josefina, no lo puedes explicar, porque nada justifica ni el engaño ni una actitud casi delincuencial. ¡Mira el video, por favor! ¡Es un horror!

El profesor Julián interrumpió y dijo:

–Es indudable, evidente e incuestionable que los hechos que muestra esta grabación son muy impresionantes, pero creo que no debemos guiarnos solo por un fragmento de la historia. Para juzgarla deberíamos conocer todo el contexto de la misma.

–Profesor Julián, ¿cree usted, de verdad, que puede haber un contexto que valide la reacción de la alumna Abelán contra ese pobre muchacho que tiene el rostro ensangrentado? –preguntó la directora–. Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Nuestra institución fomenta valores de convivencia y respeto, y somos absolutamente intolerantes con la violencia y la mentira. Josefina, hace una semana viniste y me hablaste de tu postulación a una beca en el exterior y me sentí emocionada de poder ayudarte con una recomendación,

pese al pequeño incidente que protagonizaste el primer día de clases. Estuve dispuesta a olvidarlo para apoyarte en un proyecto académico tan importante. Pero ahora me encuentro con una persona que es capaz de mentirnos y que, además, es un muy mal ejemplo para sus compañeros. Te he pedido que vinieras esta mañana para comunicarte que no te entregaremos la carta de recomendación ni la documentación de tus notas y que recibirás un castigo severo. El primer paso, de acuerdo con la normativa, es un llamado de atención, el siguiente es la expulsión por una semana e inmediatamente se te notificará la expulsión definitiva por decisión unánime del comité.

–No únanime –interrumpió el profesor Julián–, yo me manifiesto en contra de una sanción tan severa si antes no hemos escuchado lo que la alumna Abelán tiene que decir. No estoy de acuerdo con un juicio en el que el acusado no tiene la opción de defenderse.

La directora dio un golpe en la mesa y dijo:

–No somos injustos, profesor Julián, estamos reaccionando ante una evidencia, no es un chisme o un rumor, la alumna y sus padres mintieron en su solicitud de ingreso. El video también es una prueba irrefutable, ninguna, NINGUNA diferencia se resuelve con los puños. ¿Cómo vamos a justificar ante los padres de familia, entre quienes ha circulado este video como un virus, el mantener a una alumna que puede suponer un riesgo o un mal ejemplo para el resto de estudiantes?

–Si me permite, señora directora –agregó el profesor–, el mayor riesgo que corre una institución es perder la

comunicación e insisto que aquí no hemos escuchado la versión de la señorita Abelán.

La directora y el resto de miembros de la mesa movieron la cabeza:

-Tomamos nota de su opinión, profesor, pero la decisión está tomada. Josefina llama a tus padres para que te recojan. Me gustaría que en el transcurso de esta semana vinieran para hablar de esta difícil situación, mi secretaria se comunicará con ellos. Ahora tengo que ocuparme de calmar los ánimos de alumnos, maestros, padres de familia... y quién sabe si esto ha llegado ya al Ministerio.

Josefina dio media vuelta y abandonó la sala vencida.

CAPÍTULO XXXVIII

El candidato del futuro, Arturo Pozo, llegó como un animal embravecido a casa de Norberto.

—¡Has puesto en riesgo mi candidatura, mi prestigio, mi futuro político! ¡Eres un malnacido! —le increpó mientras lo agarraba de la camisa.

—Norberto no entendía de qué estaba hablando y no salía del asombro.

—Esa amiguita de tu hijo, ¿sí, recuerdas cómo se llama? ¡Abelán! Su apellido es Abelán. Déjame que te refresque la memoria. Es la hermana de la fulana esa que hace años intentó involucrar a mi hijo en una violación. ¡Tú mismo redactaste

la nota de prensa y te presentaste como testigo! ¿No lo recuerdas?

–Lo recuerdo, ¿pero eso qué tiene que ver? –preguntó Norberto asustado– ¡No entiendo nada!

–¡Que tu hijo y esa estúpida han querido ponerle una trampa a Trinche, para grabarlo confesando la violación!

–¡No puede ser!

–Sí puede ser, Norberto. Por fortuna, mi hijo es listo y se dio cuenta de todo. ¡Desde este momento estás fuera de la campaña! No existes y olvídate de cobrar un centavo, porque no pienso pagarle a un mediocre y perdedor como tú.

El candidato del futuro dio un portazo y salió de aquella casa acompañado de sus secuaces. Norberto se quedó sin palabras. Pasmado. Un año entero de trabajo y todo se escapaba de sus manos.

–¡¿Qué ha pasado?! –preguntó Beatriz que había escuchado los gritos desde su habitación. Y Norberto, desbordado de ira y de frustración, respondió de la única manera que sabía, le dio un empujón y le gritó:

–¡Tu hijo! ¡Tu hijo que es un imbécil como tú!

Beatriz trató de calmarlo, intentó defenderse, pero entonces sintió el primer golpe en el pómulo. Cayó al suelo y una patada en las costillas le dejó sin aire.

Todas las miradas apuntaban a Leo y él, que se había quedado sin teléfono porque Trinche se lo había destruido, no tenía manera de comunicarse con Josefina desde el colegio.

Se mordía las uñas pensando qué había ocurrido, no entendía cómo ese video se había disparado desde su te-

léfono. Imaginaba todo lo que Josefina estaría pensando de él y se desesperó. Le pidió al Gordo en varias oportunidades que le dejara su teléfono para llamarla, pero el sistema lo enviaba directo al buzón de voz que ya estaba completo.

A la hora del recreo vio al profesor Julián y le preguntó por lo que esa mañana había ocurrido en el despacho de la directora. El profesor lo miró con decepción y le dijo:

–Esa es información confidencial, Leonardo. Pero aprovecho que te tengo cerca para decirte lo decepcionado, sorprendido y desengañado que estoy por tu actuación. Ignoro qué tipo de relación tenías con Josefina Abelán, pero difundir masivamente entre toda la comunidad educativa un video con el que tú sabías que afectarías seriamente su imagen o responde a una gran irresponsabilidad o a una tremenda maldad. Y soy honesto al decirte que prefiero que sea la primera opción. Prefiero un ser humano que cae en la torpeza y no uno que tiene dañado el corazón.

–¡Yo no lo hice, profesor! Se lo juro. No sería capaz de hacerle daño a Josefina. Créame, por favor. No entiendo qué pudo pasar.

–El video salió de tu teléfono, Leonardo, eso es indudable. Fue el día domingo a la una y veintiocho de la madrugada. Mira, aquí lo tengo.

Leo hizo memoria, paso a paso, minuto a minuto, y entonces, agarrándose de la cabeza, lo entendió todo.

–Ya sé quién lo envió, profesor.

No lo negó. De hecho sonrió con gusto cuando Leo la enfrentó.

—No sé por qué la defiendes tanto —dijo Bruna—, va con cara de buenita, pero en realidad es una víbora. Además te hizo alimentar ilusiones y a los dos días se metió con ese tipo que la acompañó a la fiesta del Gordo. ¡Abre los ojos, Leo! ¡Josefina se estaba burlando de ti! Es una mala persona, es una peleona de barrio. Lo único que hice fue cobrarle su canallada. ¡Lo hice por ti!

—¡No sabes lo que dices, Bruna! Lo que has hecho es...

—¡Es una muestra de amor, Leo! ¿No te das cuenta? Te he abierto los ojos y de paso se los he abierto a todos quienes creían que Josefina era una santa paloma.

Él dio dos pasos hacia atrás y le dijo:

—Quiero un mapa, Bruna... quiero que me lances el avioncito de papel con el mapa que me lleve lo más lejos posible de ti.

Se dio media vuelta y, sintiendo que el frío le congelaba el alma, se marchó.

Esa tarde, de regreso a casa, encontró a la vecina en la puerta. La señora Ofelia, una anciana de manos bondadosas, mostraba su gesto de angustia. Al verlo llegar, le dijo con su vocecita temblorosa:

—Lo volvió a hacer, Leo. Norberto lo volvió a hacer. La ambulancia se ha llevado a tu madre. Ve a verla, por favor.

CAPÍTULO XXXIX

Sentada en el salón frente a sus padres, Josefina lo contó todo, no se guardó ni un detalle.

Comenzó por decirles a sus padres la verdadera razón por la que había salido del colegio anterior, la pelea que había tenido con aquel compañero no había sido solamente por la patada que le había dado al cachorrito de la portera. «Ofendió a Analuisa, y yo no lo pude soportar. Me cansé de seguir aguantando esta roca que nos ha tocado cargar sin gritar que ya estuvo bien. Y cuando ese infeliz llamó zorra a mi hermana yo quise romperle el alma. Hace unas semanas, por una casualidad del destino, me

encontré con Trinche. Aproveché que no me reconoció y decidí acercarme a él y conseguir una prueba de su confesión, intenté grabar un video. Pero fracasé. Todo siempre me sale mal».

–¿Te hizo algo?! ¡Por qué no me lo dijiste! –preguntó el padre caminando angustiado por la cocina.

–No me hizo nada, descuida, pá, y no creo que nos volvamos a ver.

–Su padre va a postular por la alcaldía del distrito, lo he visto en las noticias, es un tipo peligroso.

–Precisamente por eso no creo que se acerque, no le haría bien estar en medio de un escándalo.

Josefina se levantó, tomó una foto de Analuisa que reposaba en una mesita con pequeños adornos y dijo:

–Desde que Analuisa se fue, los tres hemos sobrevivido con las manos en la cabeza, tratando de cubrirnos de la avalancha que no ha dejado de caer, hemos descubierto que después del dolor hay más dolor todavía, más oscuridad y más maldad. El pozo no tiene fin. Y hoy, cuando quise hablar, cuando quise explicarles a la directora y a todas las personas que también existen las víctimas silenciosas, como nosotros, no me quisieron escuchar. Aguantar la tormenta y callar. Ya me cansé. Hace dos meses envié una postulación para una beca en una universidad en el exterior. Sí, ya sé que no lo aprueban, pero quiero que sepan que recibí una carta porque estoy en una fase de preaprobación. Eso me puso feliz, y he estado buscando las palabras para hablarlo con ustedes, para decirles que necesito irme, que necesito alejarme de esta nube negra porque quiero escribir sobre

Analuisa, sobre nosotros, sobre el viento o sobre lo que sea... Necesito tomar distancia y convertir el dolor en otra cosa que no sea más dolor. ¡Debe haber una manera de romper este círculo, maldición!

La madre de Josefina se secó los ojos apenas húmedos y la abrazó. No pudo llorar ni decir nada. Los años de sufrimiento le habían secado las lágrimas y le habían robado hasta las palabras.

–No me iré, mamá. Al menos no por ahora. Con el video que se divulgó el colegio no me dará la documentación necesaria que la universidad exige. El plazo para enviarla termina mañana.

–¡Quiero hablar con esa directora, con el comité y con quien sea! –dijo el padre en un arranque de rabia.

Se levantó indignado y se acomodó el pantalón que le quedaba grande. Era una prenda que tenía varios años, y en ese tiempo él había ido perdiendo peso. Caminó de un lado a otro, masticando su furia y la tristeza macedada por años, caminó intentando recuperar las fuerzas que se le habían desvanecido. Siete años de cargar con el peso de no haber defendido mejor a una hija, de haber bajado la cabeza por miedo, y ahora, con Josefina, nadie se lo impediría. La miró, levantó su delgado dedo índice y aunque quiso mostrarle su gesto más firme y enérgico, le traicionó la voz que se le quebró:

–No te voy a dejar sola, ¿me oíste? –las lágrimas se le desbordaban y concluyó–. Esa gente me va a oír.

La imagen era estremecedora. Tenía un ojo casi cerrado por el hematoma, le habían colocado un collarín, y tenía una costilla fracturada.

—Ya está consciente y se pondrá bien —aseguró la doctora a Leo. E intentando ser discreta agregó—: Nos ha contado que resbaló por las escaleras. No sé si tú estabas ahí, pero por experiencia te digo que su cuadro se acerca más a un episodio de violencia que a un accidente. Yo tengo la obligación de reportarlo internamente con fines estadísticos. No puedo hacer nada más.

Leo entró a la habitación del hospital, besó en la frente a su madre, la sujetó de la mano y lleno de rabia le prometió: «No lo volverá a hacer, no volverá a ponerte un dedo encima».

CAPÍTULO XL

Durante toda la semana Josefina no asistió al colegio por exigencia expresa de la directora. Después regresaría para recoger sus pertenencias, y no volvería más. Durante aquellos días apagó su teléfono y se abstuvo de prender su computador, no quería más habitantes en su planeta que sus padres y General MacArthur.

Se refugió en el silencio y pensó en lo grandioso que sería si la vida ofreciera un botón MUTE. Miró por la ventana e imaginó que dejaba de escuchar los motores de los camiones y de los autos que circulaban, las voces de los vecinos, los gritos de los vendedores ambulantes, las sirenas

y las alarmas cercanas o lejanas que se activaban y le recordaban que siempre había alguien pasando un mal momento.

Abrazó a General MacArthur y le dijo: «Yo lo sabía... sabía que solo podía confiar en ti. Pero ya ves. A veces una cree que ha comprado el boleto ganador de la confianza, y lo único que gana es un saco lleno de decepción».

Aprovechó el tiempo para ordenar sus libros, sus cuadernos de apuntes y todas las cartas que durante años le escribió a la hermana ausente.

Ya era hora de que arreglaras ese desastre –le habría dicho Analuisa–, no se puede ir tan tranquila sin tener en orden las páginas de la vida.

¿Quién te ha dicho que la vida tiene un orden? Hay gente que se enamora a los setenta. Hay gente que muere a los dieciocho. La vida es un caos, Analuisa, la vida es un autobús sin GPS.

El día viernes la Junta de Administración y un grupo de padres de familia representantes del comité general se reunieron en el auditorio del colegio y recibieron a los padres de Josefina como mero trámite previo a la expulsión.

El discurso institucional fue breve y contundente. Cinco minutos de argumentos sólidos en los que la directora pronunció tres veces la palabra *intolerable* y cuatro veces *lamentamos mucho*. El padre escuchó sin interrumpir, asintiendo de vez en cuando. La madre, con las manos cruzadas sobre su regazo, intentó mantenerse entera.

Al terminar, la directora sacó un folder con el documento administrativo que formalizaba la expulsión

definitiva y solicitó a los demás participantes que lo firmaran en el sitio correspondiente.

Solo entonces llegó el turno del padre de Josefina. Se puso de pie, se acomodó lo pocos cabellos que le quedaban y con tono firme dijo:

«He escuchado atentamente sus palabras, señora directora. Usted y este comité han tomado una decisión y yo no la voy a rebatir. Solo les pediré unos minutos para contarles quién es Josefina Abelán Pérez, la persona a quien hoy ustedes le abren las puertas para que se marche.

Hace siete años, cuando Josefina tenía diez, mi familia sufrió un episodio de horror. Mi hija mayor, una niña tan buena e íntegra como Josefina, fue violada por un miserable cuyo padre es un hombre de poder. De nada nos sirvió acudir a la justicia porque las influencias y la corrupción pudieron más. Tras meses de golpear las puertas de los juzgados y ser tratada con desprecio e indiferencia, mi hija se dio por vencida. Tenía dieciocho años y decidió renunciar a la vida.

No es mi intención intentar conmoverlos con la historia de dolor que vivió mi familia, eso solo lo entendemos nosotros. Iré más allá en el tiempo y les hablaré de Josefina.

¿Alguno de ustedes se ha preguntado el porqué de la reacción de mi hija en ese video? ¿Acaso se lo preguntaron? ¿Intentaron escucharla?

Supongo que no. Pues yo les explicaré la razón, no justificación, por la que Josefina actuó así. El joven, a quien no culpo porque se trata de un chiquillo, ofendió la memoria de mi hija mayor, y la llamó zorra. Usó una palabra similar a las que utilizaron para referirse a ella el violador, el padre

del violador, algunos de los agentes de policía que la interrogaron, sus abogados y muchas personas que decidieron convertir a mi hija, que era la víctima, en culpable.

Josefina fue expulsada del colegio anterior por defender la dignidad y la memoria de su hermana. No lo hizo de la manera correcta, de acuerdo. Pero defendió eso que usted, señora directora, ha repetido en sus palabras hace un momento: la verdad, la justicia, la integridad.

Hace siete años la justicia no quiso escuchar a mi hija Analuisa. Hoy ustedes hacen algo similar con Josefina. Valoran un video de menos de dos minutos y cierran los ojos ante una vida de coraje y de verdad.

En estos siete años mi esposa y yo caímos en un foso profundo de angustia y desesperación, y en el momento de mayor oscuridad una mano nos rescató: fue la de Josefina.

No son ustedes quienes la expulsan, ahora somos nosotros quienes la rescatamos de un lugar que no está hecho para ella, para sus virtudes.

Y por último, nosotros no mentimos en la solicitud de ingreso. Si usted lo verifica, señora directora, la pregunta en el formulario dice: "¿El postulante ha propiciado algún hecho de violencia?".

Josefina no propició jamás aquel incidente, solo se defendió. Y yo me siento orgulloso de tener una hija que defiende sus valores y que no se acomoda en la injusticia ni en la sumisión. Gracias a todos por su atención. Buenas tardes».

Los padres de Josefina, delgados, casi fantasmales, salieron del auditorio caminando despacio sin mirar atrás.

CAPÍTULO XLI

Querida Analuisa:

Hace unos días intenté cambiar el final de la historia y no lo conseguí. Quise encontrar la pócima mágica para que el monstruo se hiciera pequeño y pudiéramos encerrarlo en una jaula, para que nunca más hiciera daño a nadie, quise llevarlo al despeñadero, pero fue más listo que yo.

María Fernanda Heredia

Soñé con venir aquí y decirte que lo habíamos conseguido, que la vida sí nos había dado la oportunidad de tener un final justo. Pero no lo logré y maldije mi torpeza y mi incapacidad. Sentí que te había fallado y que, con el monstruo libre, seguiríamos atemorizados por siempre.

Pero después de eso hablé con papá y mamá. Creo que nunca lo habíamos hecho. Han sido demasiados años rehuyendo de las palabras porque aún teníamos la piel adolorida.

Hablamos de todo lo que ocurrió y de todos los pantanos tenebrosos que cada uno ha debido atravesar desde que te fuiste. Y lloramos. Lloramos tanto, Analuísa.

Entonces mamá me abrazó y después papá nos abrazó a las dos. Y así nos quedamos por unos minutos. Como si fuésemos uno solo, con nuestros brazos atados, cada uno intentando proteger al otro, llevarse un poquito de su pena, infundirle algo de valor.

Y me di cuenta de mi error.

Ese abrazo era nuestro final feliz.

El final feliz somos nosotros y tu memoria luminosa.

¿Sabías que Trinche sigue siendo un tipo tonto y simplón? ¿Sabías que nunca estudió y que vive a la sombra de su padre? Es la mala copia de un hombre sin alma. Y tampoco tiene amigos. Ni amor. Ni tiene paz.

Entonces, Analuisa, me di cuenta de que quien vive la vida sin paz... nunca tendrá un final feliz. Cada vez me acerco más a los dieciocho, la edad que tendrás por siempre. La gente dice que me parezco a ti, y eso es lindo, no somos iguales, pero quiero que estés en mí... en lo que miro, en lo que siento, en lo que me acelera el corazón. ¿Lo harás?

El día en que te fuiste me cantaste aquella canción, la que tanto te gustaba. Ayer después de mucho tiempo la volví a escuchar. Whitney Houston tampoco está ya. Si no tuviera tan mala voz, te la cantarí... pero quédate con la última frase, esta vez te la dedico yo a ti: *I will always love you*

Ah... y por favor, vuelve siempre, déjame que te encuentre cuando despierte el viento.

Josefina

CAPÍTULO XLII

Leo y la señora Ofelia ayudaron a Beatriz a subir al taxi. Aún tenía dolor y el médico había recomendado que el traslado fuese cuidadoso.

Leo se sentó junto al conductor, le dio la dirección de su casa y antes de que pudiera extenderse con las indicaciones, Beatriz lo interrumpió:

—No, no... señor, disculpe. Antes de ir a casa ¿podría llevarnos a la comisaría?

—Enseguida miró a Leo e intentando una sonrisa triste le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo:

—Se acabó, hijo... no más.

La señora Ofelia, con sus setenta y cinco años de sabiduría y desparpajo, resopló contenta y dijo:

—¡Ya era hora, Beatriz! ¡Que Norberto se vaya a freír espárragos!

Con la denuncia y la orden de alejamiento emitida por el juez, Norberto hizo maletas y se marchó maldiciendo.

Antes de irse lanzó una mirada de desprecio a Leo, e intentando un agravio, levantó el labio y le dijo:

—Estarás contento, ¿no? Lo echaste todo a perder, mi esfuerzo de meses. Nunca serás más que un inútil como tu madre...

Leo, con el corazón agitado, por primera vez sintió que podía enfrentarse a ese hombre, a ese padre que lo había ninguneado desde niño, se acercó a la puerta y lo llamó por su nombre:

—¿Sabes, Norberto? Ya va siendo hora de que te hagas cargo de tus errores. Cuando era niño escuchaba a mis amigos de la escuela decir que cuando crecieran querían ser como sus padres. Yo nunca pude decir eso, y crecí intentando cambiar esa verdad. Me esforcé para que te sintieras orgulloso de mí y también me esforcé para encontrar razones para admirarte. Ninguna de las dos cosas las conseguí. Ya no soy un niño y ahora, al fin, acepto la verdad: No soy como mi mamá... y afortunadamente tampoco soy como tú. Soy como yo. Y eso me gusta.

Cerró la puerta, aliviado.

El sábado por la mañana y tras una semana en la que había ido a clases apenas dos días por todo lo ocu-

rrido, Leo llamó a Josefina desde el teléfono de Beatriz. Lo había hecho varias veces y en cada oportunidad el buzón de mensajes se activó y la grabación le anunció que estaba lleno.

Le devoraba la ansiedad.

Encendió su computadora y aunque no era muy diestro en el género del correo electrónico, decidió entrar a Gmail y escribió su dirección: josefinayelviento@gmail.com.

Durante diez minutos escribió y borró sistemáticamente todo lo que se le ocurría. Cada frase le resultaba más torpe y patosa que la anterior. Necesitaba explicarle lo que había pasado aquella noche en la discoteca, lo de Bruna, y también lo que había ocurrido después con Trinche.

Necesitaba decirle que si no había ido a buscarla hasta ese momento en su casa se debía a todo lo que se había desencadenado entre sus padres: el hospital... la denuncia... la ruptura...

Necesitaba contarle que estaba dispuesto a hablar con la directora y con quien fuese necesario, que movería cielo y tierra con tal de que la readmitiesen. Y necesitaba decirle: «Que te echo de menos, Josefina, y que no hay Salvavidas que sirva para aliviar la falta que me haces».

Leyó la frase y enseguida la eliminó. «Soy patético», se dijo a sí mismo y cerró su Gmail.

A punto de apagar el portátil, se fijó en algo, en sus archivos recientes... dio varios *clicks* y se puso pálido, sintió que le temblaban las manos. ¡Cómo no se había dado cuenta antes!

Bajó corriendo las escaleras y Beatriz le preguntó a dónde iba con esas prisas. «A tirar la basura», respondió y salió como un vendaval en su bicicleta con la mochila al hombro.

CAPÍTULO XLIII

Para llegar a casa de Josefina solo tuvo un inconveniente: no sabía la dirección. La única referencia que ella le había dado era un parque cercano en el que solía pasear a General MacArthur. Fue hasta allá e inició la búsqueda con el GPS que toda persona ha utilizado desde tiempos inmemoriales: preguntando: «Perdone... ¿la familia Abelán?».

Tras una hora de preguntar en farmacias y tiendas, dio con un chinito amable que le señaló una casa sencilla de dos pisos a la que le hacía falta una buena mano de pintura.

Eran las once cuando tocó y quien salió a la puerta fue una mujer delgadísima, con el cabello oscuro y los ojos ligeramente rasgados.

–Soy Leonardo, soy compañero de Josefina.

La mujer meneó la cabeza y le dijo:

–Lo siento, Josefina no está –y enseguida cerró la puerta.

Leo volvió a tocar e insistió:

–Por favor señora... necesito...

En ese momento, por detrás de la mujer apareció quien Leo imaginó que sería su esposo.

–¿Pasa algo? ¿Quién es? –preguntó con curiosidad.

–Leo, un compañero de Josefina, ya le dije que no está, pero insiste –y ella se retiró.

El padre recordó su nombre, lo había visto cuando la directora conectó su dispositivo al proyector en la sala de juntas para revisar por enésima vez el video del escándalo. El nombre de Leonardo estaba ahí, era él quien lo había difundido.

–Vete, muchacho, no tienes nada que hacer aquí –le dijo displicente, dispuesto a cerrar la puerta y olvidarse de él.

–¡No! ¡Por favor, espere! En realidad con quien quiero hablar es con usted.

–Mira, Leonardo, no te conozco ni sé por qué hiciste lo que hiciste. Quizá solo pretendías hacer una travesura, pero no mediste las consecuencias y perjudicaste a mi hija.

–¡Yo no lo hice, se lo aseguro! Josefina es mi amiga. Pero no he venido a convencerlo.

Entonces Leo sacó de su mochila el computador portátil, lo encendió, le mostró la pantalla y le dio al botón PLAY.

Si bien Trinche había destruido el teléfono ni él ni Leo habían reparado en que los archivos se guardaban automáticamente en la nube y serían visibles en todos los dispositivos que estuvieran asociados a la misma cuenta. Destruyó el teléfono, pero no la información que contenía.

La confesión y el culpable estaban ahí.

Leo se dirigió al padre de Josefina y le dijo:

–Creo que usted sabrá hacer lo necesario con este material.

Antes de marcharse Leo pidió:

–¿Puedo verla?

–No está. Salió con General MacArthur hace un momento. Dijo que necesitaba desconectarse y que volvería antes de las tres.

Leo avanzó hacia el parque imaginando que en algún momento ella podría pasar por ahí, pero en el lugar solo había cuatro niños jugando con la patineta y un par de ancianas charlando en una banca.

«¿Dónde te has metido, Josefina? ¿Dónde, dónde?», se preguntó y a punto de darse por vencido, lo supo.

Se montó en la bicicleta y pedaleó con todas las fuerzas de su alma. En menos de media hora, agotado y con las mejillas coloradas, había llegado, estaba en la puerta del Parque Nacional a pocos metros del Gran Lago, el lugar en el que años atrás habían depositado las cenizas de Analuisa.

CAPÍTULO XLIV

Leo caminó durante unos minutos y de pronto la vio a lo lejos. Josefina estaba ahí, caminando por la orilla del lago, mientras General MacArthur corría de un lado a otro.

En un momento ella se detuvo, de su bolso sacó un sobre, lo abrió, levantó sus manos y lanzó al cielo cientos de pedacitos de papel como mariposas blancas que, volaron con el viento, después se posaron sobre el lago y finalmente desaparecieron.

Leo no quiso interrumpir. Se sentó en una roca hasta encontrar el momento de acercarse y

explicarle todo el malentendido con el video que, según todos, él había propagado.

La vio caminar mientras el viento le revolvía el cabello y pensó que si él hubiera llegado al mundo tan solo para ver a Josefina caminar con su perro por la orilla del lago, eso solo ya habría valido la pena.

En ese momento General MacArthur, que había detectado su presencia, puso sus orejas en punta y comenzó a ladrar al intruso. Josefina se dio vuelta y reparó en su presencia.

Cuando estuvieron cerca, Leo se puso tenso y no supo cómo comenzar a explicarlo todo.

—No quería interrumpirte, pero es que no me contestabas al teléfono y yo... bueno yo... quería... necesitaba decirte... que...

Ella sonrió y le dijo:

—Ya sé que no fuiste tú, Leo.

—Pero...

—El profesor Julián. Tú se lo contaste y él te creyó. Fue el único que no firmó el documento de mi expulsión y además me dio una carta de recomendación.

—¿Él te dio una carta?

—Sí. ¿Sabías que es el presidente y fundador de la Asociación de Observadores de Estrellas?

—Ni siquiera sabía que había observadores de estrellas.

—Pues sí, y aunque ya no me sirva la carta, porque el plazo venció, me alegra que crea en mí una persona que mira siempre hacia arriba.

Se quedaron en silencio y entonces Leo dijo:

-Josefina tengo dos cosas que decirte.

-Dime primero la buena, por favor.

-Las dos son buenas.

-Entonces dime primero la que me vaya a hacer reír.

-Uff... qué responsabilidad. No sé si lo consiga...

-Inténtalo, Leo.

Él la miró, tomó aire, recordó esa vieja conversación en el autobús, cuando don Eulogio Medardo falleció, y le dijo:

-¿Sabes, Josefina? Tú me caías mal...

Ella sonrió:

-Leo, esa es la frase más...

-Sí, sí, nada romántica lo sé, pero tu hermana tenía razón cuando te dijo que hay historias de amor que comienzan con un: «Tú me caíste muy mal cuando te conocí». Porque de verdad me caíste muy mal, y pensé que eras loca, rara y gruñona...

-Si esta es una declaración de amor, te digo que no está funcionando, ¿eh?

-Lo que quería decirte es que eres la loca, rara y gruñona más genial que he conocido. Para mí el amor bonito empezó contigo, Josefina. No sé a dónde va a ir a parar esto, pero si es contigo sé que estaré feliz de averiguarlo.

Josefina lo miró, se acercó y puso sus manos en su rostro. Con los dedos recorrió sus mejillas, su nariz y sus labios e imaginó lo que Analuisa le diría: *¡Qué esperas!*

Y lo besó.

Una suave brisa los despeinó y después todo quedó en calma.

CAPÍTULO XLV

-¿Y la segunda?

-¿La segunda qué?

-Me dijiste que tenías dos cosas que decirme, Leo.

-Ah... era la misma que la primera, pero quería decírtela dos veces, por si en el primer intento me salía mal.

Josefina sonrió, lo miró y ante ella se reveló un rostro que hasta ese momento no conocía, el del amor sin miedo.

Epílogo

Josefina perdió definitivamente la oportunidad de postular a la beca por falta de documentación. Sin embargo, la universidad la invitó a participar una vez más el siguiente año.

Días después de cumplida su expulsión de una semana, la Junta de Administración del colegio y la directora se retractaron en su decisión y readmitieron a Josefina tras pedirle disculpas por no haberle dado la oportunidad para explicar razones. El discurso honesto y contundente de su padre había sido determinante para que la decisión fuera revisada.

Una semana más tarde, en medio de un escándalo mediático, el caso por la violación en contra de Carlos Pozo Palacio alias Trinche fue reabierto.

Lucía Faicán, la periodista hermana de Bárbara, reportó en el noticiero de la noche que el acusado había fugado del país y que su padre, el candidato Arturo Pozo, había sido expulsado del partido político y, por tanto, su candidatura había sido suspendida.

Doña Ofelia, frente a la pantalla miró al candidato vociferando, presionó la tecla MUTE y le dijo: «¡Vete a freír espárragos, sinvergüenza!».

El último día de clases, tras la ceremonia de graduación, Josefina y sus padres se fueron a celebrar. Llevaban demasiados años sin que esa palabra, *celebrar*, tuviera espacio entre ellos y ahora había razones suficientes para hacerlo: la justicia.

Comieron, brindaron y rieron.

Al final de la cena, el padre le entregó un sobre a Josefina y le dijo:

–Tengo un regalo para ti.

–¿Qué es?

–No nos alcanza para pagarte un año sabático en Europa, ¿crees que tres meses estarán bien? Aquí están los boletos.

Josefina lo abrazó y entonces su madre le entregó la otra parte del regalo: Una libreta en blanco.

–Llénala, hija. Llénala de vida –le pidió.

Y Josefina dijo que sí.